Caer es como volar

MANON UPHOFF

gatopardo ediciones

CAER ES COMO VOLAR

MANON UPHOFF

Traducción de Catalina Ginard Féron

gatopardo ediciones

Título original: *Vallen is als vliegen*

Copyright © 2019 Manon Uphoff
Published in the Spanish language by arrangement with Sebes & Bisseling.

This publication has been made possible with financial support from the Dutch Foundation for Literature.

Nederlands letterenfonds dutch foundation for literature

© de la traducción: Catalina Ginard, 2021
© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2021
Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: septiembre de 2021

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Halloween Kids* © Mercedes Helnwein (2019)
Imagen de la solapa: © Frank Ruiter

eISBN: 978-84-124199-5-5
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,

www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para los muertos
H.R., E.U.
Para los vivos
T.R., J.M.U., A.M.U., M.M.U., F.U.,
I.M., Z.B.
Y para las almas de
P.E.H.U., A.U.S.

Hemos de mantener elevado el ánimo y ver pasar confiados lo que ocurra; siempre tuviste el más recio valor. Ahora va a pasar algo espantoso, el mundo y la posteridad lo negarán, pero tú anótalo fielmente en tus anales.

Fausto

1. EL LARGO INVIERNO DE NUESTRO DESCONTENTO

Lector:

Yo no quería contar esta historia. Durante mucho tiempo me aferré a la idea de mi huida milagrosa, mi «salto cuántico», con la esperanza de poder llevar una existencia tranquila y controlada en un mundo de ficción. Un mundo propio del que poder entrar y salir libremente.

Desde que me alcanza la memoria, siempre me han gustado las historias y he deseado que me contaran cuentos, con avidez desmesurada y con una vista, un oído y un olfato especiales para la tragedia. Entonces pataleaba y resoplaba como un caballo…, con curiosidad e ilusión. ¡Por fin sucedía algo, por fin quedaba todo claro! Historias bíblicas, mitos, sagas, cuentos atroces se me clavaban en el corazón y despertaban mis sentidos. Mira, una mano atravesada por clavos, un niño con un carámbano hundido en el corazón, una ciudad castigada con la destrucción. ¡Qué horrible es todo, y tan real!

Mi mayor deseo era, algún día, poder añadir algo a esta gran construcción de la experiencia humana. Sin embargo, ¿quién puede predecir lo que un día se separará de la oscuridad para perseguirnos como un perro asustado?

En el invierno de 2009, este amor por las historias, que tanto me había reconfortado hasta entonces, se desvaneció y su lugar lo ocupó la desazón.

Sucedió poco después de la publicación de un libro en el que había sacado a escena a mis amigos, a mi familia e incluso a mi marido Oleg. Pero él rechazó el papel de musa, tras lo cual nos sumimos en una profunda crisis. En aquel mismo periodo, mi mejor amigo me hizo saber que padecía una enfermedad incurable y que ya no podríamos vernos a menudo, y menos de forma despreocupada.

Así que era invierno. Anochecía y yo estaba delante de la ventana de mi despacho en la «cabaña del bosque» en la que nos habíamos instalado temporalmente, una casa de la que Oleg había sido nombrado administrador. Un edificio feo y desangelado, una renovación barata de la granja que había antes en el lugar, que quedó

desprovista de personalidad (solo se habían conservado los establos), por lo que podía decirse sin temor a equivocarse que allí éramos los únicos objetos originales.

Yo apenas había trabajado desde mi Libro Maldito, mi Libro Perverso, mi Libro Infame, escribiendo «sin moral ni conciencia».

Las semanas anteriores habían sido duras. Con días seguidos de reproches, silencios amargos, comentarios crueles y mi llanto impregnado de una asfixiante autocompasión. Después, intenté curarme viendo documentales de National Geographic y dando largos paseos por la nieve que había caído copiosamente en ese periodo. ¡Había nevado muchísimo! Tanto, que me quedé vacía de ideas después de hacer muñecos de nieve, sacar la lengua para atrapar los copos y mirar cómo nuestro joven gato *Jevgeni* regresaba sobre las huellas que él mismo había dejado en el campo blanco. Copo tras copo tras copo…, con los que el viento formaba torres delante de la casa. Y nadie con quien hablar desde que había dejado de escribir, salvo las cartas al amigo moribundo, de las que nunca hablé. Al menos una persona a la que le gusta saber algo de mí y recibir noticias mías desde mi Nueva Zembla, me decía a mí misma. Al fin y al cabo, aquello era una Nueva Zembla y mis raciones de comida apenas bastaban para sobrevivir. Es cierto que Oleg me dejaba compartir su cama, sin embargo, era tan gélida como una tundra. La abandonaba a mitad de la noche para escabullirme a la habitación de enfrente. Mi estudio, qué risa: allí no daba ni golpe, me limitaba a sentarme desnuda, como un enano o un antiguo buda chino, sobre el suelo de tarima de pino que Oleg había colocado tres meses antes (cuando aún soñábamos con lo que podía acabar siendo este lugar), y arrancaba una a una las páginas del libro, mientras dejaba que se me cayeran los mocos. Arranqué capítulos enteros del monstruo que había creado, incluso mechones de pelo de mi cabeza, hasta que empecé a sentir un dolor lacerante en la muñeca.

¿Qué me había aportado la escritura (me preguntaba) aparte de la pérdida de calor, cuidado y ternura?

¡Cuánto tuve que defenderme!

Incluso hubo un caricaturista que en una revista me dibujó con ojos turbios, sin luz en las pupilas, como si no fuera humana. Y no había nada de amor, ni una pizca de placer para la pobre escritorzuela, ni siquiera dinero para salir adelante.

No había ni rastro del otrora cautivador aroma de los libros, del placer y del gozo de escribir.

«*Per aspera ad astra*…, me has traicionado, traicionado…»

Estas palabras de Oleg seguían escociendo. Eres una impostora. Te mueves entre las personas, entre tus amigos y familiares, pero debajo del brazo, o en una oscura cavidad, ranura o rendija, escondes tu

ratero bloc de notas… Como una criatura siniestra, una arpía, recorres los pasillos de nuestro mundo compartido. (*There's a killer on the road, his brain is squirming like a toad.)*[1]

Verás, el caso es que había conseguido enfurecer a todo el mundo. Y los que no estaban furiosos, estaban muertos.

Así que pasé al duelo y al dolor, y a la autolesión, y me dediqué a desvencijar y a romper los libros. Treinta y dos ejemplares, y solo me queda uno. Y al hacerlo me sentía como una de las esposas condenadas a muerte por Enrique VIII.

> El rey Enrique con seis mujeres
> se casó.
> Una murió,
> una sobrevivió,
> de dos se divorció
> y a dos decapitó.

Qué solos y amargados están los agraviados.

¿Quién era esa criatura, ese Sméagol[2] de la habitación? Era yo, el último día del año delante de la ventana de mi estudio observando las ramas cimbreantes de los árboles y las dos figuras oscuras que estaban fuera. Oleg, delgado y erguido, clavando a ambos lados del sendero las antorchas que había hecho él mismo, y Max, mi hermano diez años mayor, que atizaba el fuego en el brasero (feliz, como lo era yo siempre, de poder estar cerca del fuego y ver cómo las llamas se agitaban y crecían, relamiéndose).

Sí, desazón desde el momento en que me llamó Libby, mi hermana menor, para decirme que aquel día no vendría a celebrar la Nochevieja con nosotros, porque se había producido un accidente con los fuegos artificiales, y ella y su mujer tenían que irse al hospital con su hijo. Y yo escuchaba el palpitar de mi corazón al inicio de lo que ahora considero el largo invierno de nuestro descontento, cuando todos los miembros de nuestra familia nos convertimos en pacientes, aquejados de enfermedades difusas y síntomas complejos, mientras vivía en esta casa al borde del bosque que no era una casa, sino más bien una guarida, un refugio entre los árboles, donde yo me escondía, igual que los conejos se esconden del gato *Jevgeni*. En vano, porque él conseguía sacarlos sin dificultad de entre los arbustos. Luego los metía en casa a través de la gatera, los mordisqueaba a sus anchas en el vestíbulo y nos dejaba una pata de amuleto. O un trozo incomestible de las tripas. Por la mañana, Oleg siempre era el primero en entrar en el matadero, y armado de Cillit Bang se esmeraba en dejarlo de nuevo como la entrada de un hogar, pero, como he dicho, no era un hogar.

Un tiempo en el que se rompieron todos los vínculos, se violaron

todas las promesas de fidelidad. Un tiempo en el que Libby tomaba pastillas («Quiero otro diazepam, otro diazepam») y Dana Kidd, su mujer (que se había acostado en otras camas de otras casas), se había sentado a la mesa de Navidad con un ojo morado.

Y en el que mi hermano Max se había instalado en mi despacho, donde dormía desde Nochevieja en una cama estrecha. Después de más de veinticinco años, habían prescindido de él en el trabajo y en el matrimonio. Su mujer lo había reemplazado por el adiestrador de perros.

Un domingo por la noche llegó con la cara cubierta de escamas por la psoriasis que los genes de mi madre habían pasado con precisión aritmética a su segundo, cuarto y octavo hijo. Una enfermedad que disminuía cuando el sol pelaba una capa tras otra de su piel, mientras que en tiempos de adversidad («¡Quién me querrá ahora!… ¡Ya he cumplido cincuenta y nueve!») se expandía incandescente hasta convertirse en una máscara escarlata con copos plateados que a veces incluso le cubrían los párpados y le procuraban crueles inflamaciones. Sin refunfuñar dejó su maletín (cepillo de dientes, portátil, ropa interior) y la caja del telescopio contra la pared inclinada y fue a tumbarse sobre el lecho.

Por la mañana lo despertaba con una taza de café instantáneo y eso me procuraba una sensación cálida y maternal; pero, por lo demás, no entraba en esa habitación, que estaba amueblada con una mesa de madera oscura con patas Luis XV (una pieza de segunda mano que había encontrado en una tienda de la Fundación Emaús, encima una lámpara blanca, detrás, una silla de oficina de IKEA). Sin embargo, al principio me gustaba acercarme a la ventana de ese cuarto escasamente iluminado para mirar las coníferas que había en la parcela. A un lado, nuestro jardín quedaba cortado y aislado del mundo por la carretera provincial sobre la que los coches trazaban serpentinas de luz rojas o blanco amarillentas al atardecer, con neumáticos silbantes si la calzada estaba húmeda o mojada; al otro lado, por los altos arbustos y abetos que formaban la entrada del bosque. Y sentirme tranquila, satisfecha o solo un poco agradablemente aislada. (Aunque en aquel entonces todavía no lo estuviera.)

Un tiempo en el que no escribía, pero sentía la necesidad física de rodearme de libros que compraba en grandes cantidades en Amazon y en Bol, mientras Oleg se inclinaba ante sus pequeños invernaderos caseros en los que cultivaba acelgas (*blitva*), tomates, rábanos y lechugas. Y un tiempo en el que Libby llamaba, Libby llamaba. Para decirme que esta vez habían usado de verdad su corazón como un vertedero… Que esta vez la habían colgado de verdad de un clavo oxidado…

Me la imaginaba siempre como aquella vez después de Navidad, sentada en el suelo en medio de nuestra habitación, cubierta con las cenizas de su destrozado matrimonio. Retorciéndose las manos, el rostro hueco, la boca como el agujero negro de una máscara nō. Delante de la mesa del comedor donde Oleg y yo nos habíamos lanzado velitas de té encendidas después de la cena de Nochebuena, que habían dejado rastros llorosos sobre la pared pintada de carmín (¡menudo ambiente!) y dos xilografías japonesas. «¿Cómo era posible tanto engaño? Mentiras y engaño, ¡ambos!»

Creía que todo seguiría igual, que Oleg me gruñiría y Libby me llamaría para decirme: «La he visto, a Dana Kidd..., en esa casa..., su coche, estaba allí, con la otra». O que mi móvil vibraría en plena noche: «Me lo he pensado; ¡ella no se merece vivir!...».

Un tiempo en que murió mi buen amigo y la partida de ajedrez que estaban jugando Oleg y él se quedó inacabada sobre el piano. Y en que las grandes estanterías grises, montadas con prisas, se iban llenando de libros; sin embargo, yo no escribía nada salvo anotaciones (melodramáticas) en mi diario y canciones de arenques, que publicaba en Facebook.

Canciones de arenque

Una buena mañana
un arenque silencioso,
tímido y sedoso
llegó a la orilla
con una maleta atada
a su cintura delgada,
una expresión de
languidez
en su cara de pez,
un tierno atisbo
de melancolía
en la mirada tenía,
todavía viril. —Busco
cobijo —murmuró,
con una voz
bastante suave—.
Una casa o un piso,
un espacio privado,
una nave,
soy un pez rico y
estoy dispuesto a pagc
siempre que me ofrezc
un lugar seguro y
silencioso en el que es
—Bien, vamos —le
dije—. Ven conmigo,
si eres capaz, si puede
he estado sola y
llevo un tiempo
buscando un hombre.
—No soy un hombre,
sino un pez —dijo
en tono amable.
—Bueno, en tal caso,

gentil pez, no me dejas
más opción, serás mi
tierno manjar, y esa será
nuestra relación,
descansa en mi boca,
dulce al paladar.
Oh, qué bien sabía,
un sabor sencillo y fértil y,
¡oh, había estado tan sola,
había estado tanto tiempo
tan sola!...
Era realmente bueno,
y lloré amargamente
cuando se fue,
dejando solo un sabor
salado en mi lengua,
un residuo tenue
y salado, como el de
un hombre amable..., y
ahora me quedaba
el regusto amargo
de haber desperdiciado
a un ser bueno y honesto,
con mi prisa y mi avidez
me había comido a mi pez,
y ahora camino sola
hacia la orilla porque
un fino pez plateado
como ese solo aparece
una vez en la vida...
Sí, tendría que haberlo
sabido y no haberlo
confundido con un plato,
y por una vez lloro
amargas lágrimas
por mi tierno pez.

Por lo que ahora, en retrospectiva, parece haber sucedido todo en una sola temporada alargada en la que todos nos fuimos volviendo más duros, más tenaces y menos amables, mientras la nieve caía sobre nosotros, gruesa y densa, y la Gran Recesión reclamaba nuestros corazones, hígados y riñones.

Aunque, en realidad, todo el país estaba en movimiento y en guardia, la indignación se inflamaba rápidamente y corría como un reguero de pólvora, para luego sofocarse sin dejar nada más que los papelitos rojos de los cohetes que no habían prendido del todo y que constituían un gran peligro para los que se paseaban entre los restos en busca de lo que aún no había estallado. Algunos sucesos provocaron una conmoción, un momento compartido de temor y preocupación, pero esos miedos también acabaron aburriendo rápidamente y resultaban agotadores una vez pasado el momento. Te acostumbrabas a ellos, mientras pasabas de un estado de ánimo al otro, y mirabas a los demás con los ojos entornados como los pistoleros, esperando de ellos un cálculo y una astucia que negabas en ti.

La única interrupción fue la visita del último amigo que nos quedaba, el canoso surfista Sebastiaan (al que en este contexto no se le dará más espacio), un lingüista jubilado que salió del bosque como una flecha, inclinado sobre el manillar de su bicicleta, precedido por sus pequeños palafreneros, los conejos que saltaban a los lados para

escapar de sus neumáticos. Nos traía regalos en una bolsa de plástico. Algunos DVD, así como poemarios y opúsculos en prosa autoeditados que me entregó galantemente, con ambas manos, y que yo arrinconé, para abrirlos solo años más tarde.

Disculpa que haya hablado tanto rato de mí. Siento que debo contar quién era y lo que quería ser antes de poder descender peldaño a peldaño hasta nuestra primera casa, que me vino a la memoria en aquellos días (tenebrosos) en los que resonaba cada vez más fuerte un tambor viejo y familiar.

Sí, desazón y alarma… y después deflagración.

2. HENNE FUEGO

El 13 de noviembre del año 2015, Henne Fuego se cayó por las escaleras y murió, unas horas antes de que en la sala Bataclan de París un grupo de jóvenes celebraran su última noche de juerga inocente.

Henne Fuego era mi hermana. La primogénita de mi madre.

Se quedó tirada al pie de la escalera y rechazó la ambulancia, pese a que su médico y los enfermeros insistieron en que debía ingresar en el hospital, dado que estaba extremadamente desnutrida y deshidratada.

Hacía años que no la veía, y ni siquiera sabía cuál era su dirección. En mi vida, ella no era mucho más que un momento recurrente de burla en nuestra reunión familiar anual del día de Todos los Santos. Hay que ver: la madre cargando siempre con el inútil de su hijo en ese cochecillo de inválidos, chaca, puf. ¿No os recuerda a *Psicosis*? ¡Menuda pareja hacen esos dos!

Henne Fuego tenía sesenta y nueve años cuando se cayó por la escalera. Ya no era una jovencita, y, por utilizar las palabras de mi padre (fallecido catorce años antes), «tenía un pie en la tumba». Hacía una eternidad que llevaba una existencia oscura en su vivienda-nueva-de-dos-habitaciones en la que todavía quedaban restos de cemento. Una vivienda para personas de la tercera edad a las afueras de Nieuwegein, que en su momento se concibió como un lugar de ensueño. Un suburbio sin violencia ni dolor, con un césped tan verde como el de *Terciopelo azul*, donde nuestra madre se había refugiado (con nosotros) a mediados de la década de los setenta.

Cuando vi a Henne después de su desafortunada voltereta, parecía un pájaro, con la nariz huesuda apuntando hacia arriba y las manos como garras. Llevaba un vestido verde.

Me apresuro a decir que mi hermana no representaba ningún valor económico y hacía años que no contribuía a la hacienda pública. Su herencia consistía en una cuenta bancaria con unos cientos de euros, algo de ropa (de baile), figuritas de porcelana, un puñado de muebles y un cenicero con colillas de Pall Mall y Belinda. La casa se vació en una mañana. Incluso el espacio que ocupaba físicamente había

quedado reducido a un mínimo.

En mi niñez, Henne Fuego (que me llevaba dieciséis años) era un símbolo evidente de feminidad. Una urraca que adoraba el oropel, con el pelo encrespado y adornado con pañuelos. Ella, su hermana Toddie (un año menor) y nuestra madre formaban un baluarte: *The Holy Trinity of Smoke*. Cuando nosotros, los pequeños, volvíamos a casa del cole, nos las encontrábamos sentadas en su palacio de nicotina, mientras que sus hijos, nuestros sobrinos, correteaban por la habitación trasera. En los días de escuela, en la plaza Schimmelplein de Utrecht, mi hermano pequeño Kaj y yo nos «hospedábamos» en casa de Henne. Ella nos preparaba gachas. «Si quieres una manzana, paf, aquí la tienes.»

En verano, nos hacía bocadillos vestida con un bikini. Después se acostaba en una tumbona de lona naranja que cabía justo en el patio, que olía a moho y musgo, y viéndola así daba la impresión de que la hubiesen desterrado de Nápoles a este país húmedo.

Estoy segura de que, de joven, Henne no fue más que «una cara bonita», igual que Toddiewoddie. En cierto sentido creo que mi madre, a la que habían echado a la calle, las aportó a su nuevo matrimonio como si fueran dos pedazos de fruta. Cuando mis padres se casaron a finales de los años cincuenta, Henne tenía cinco y Toddiewoddie cuatro años. Mi padre, HEHH, Henri Elias Henrikus Holbein, artista aficionado, seminarista frustrado, creyente y (ex)convicto, se convirtió en el padrastro de ambas, años antes de engendrarnos a nosotros, los más pequeños, y de transformarse, gracias a sus estudios nocturnos, en matemático, científico y estadístico; en un ciudadano respetado y *pater familias* con un excelente empleo.

Asimismo, era un hombre atormentado y profundamente dañado (ahora puedo y me atrevo a decirlo), aquejado de ataques de ira, que buscaba una vía de escape impúdica para descargar todas sus emociones y deseos, todo su dolor y vergüenza en sus hijas y en sus hijastras.

Mi padre creció en los años de la crisis, durante la Gran Depresión después de la Primera Guerra Mundial, en una familia que no veía con malos ojos las simpatías e ideologías fascistas. Aunque sus progenitores nunca abrazaron abiertamente el fascismo, debieron de dejar en el pensamiento de mi padre la impronta de cuáles eran las vidas que importaban y cuáles no. Tenía una idea muy clara sobre las mujeres. Ellas representaban los cuerpos, la belleza y la seguridad que él buscaba. HEHH echaba de menos una madre afectuosa, y era devoto de la Virgen María de un modo que nos desesperaba. Sus ojos brillaban de emoción cuando hablaba del milagro: de cómo había sido

concebida sin pecado y había dado a luz a Jesucristo siendo virgen.

Los niños de la casa éramos suyos. Él nos vestía, nos alimentaba, ganaba su dinero para nosotros y nos ignoraba. Cuando llegó a una edad avanzada, Henne cuidó de él con afecto. Considerándolo todo, HEHH tuvo una muerte bastante apacible. Nada que ver con la de Henne Fuego. En el momento de fallecer mi padre, ella tenía la misma edad que yo ahora. Estaba divorciada, pero su hijo aún no se había quedado inválido. Estaba flaca, pero aún no horriblemente esquelética. Era una mujer hermosa que se teñía el pelo del negro más negro. En ocasiones se quedaba afónica. Había semanas en las que apenas articulaba sonido alguno. Nadie echaba de menos su voz, aunque también nos veíamos privados de su risa, que ahora recuerdo muy bien. Encorvada, con las manos sobre las rodillas, emitía un sonido profundo. Sea como fuere, en los últimos años de vida de HEHH, ella lo trató siempre con mucha consideración, y se enorgullecía de ello. Supongo que estaba dispuesta a concederle dignidad a mi padre.

A Henne no le hubiese gustado saber que la menciono y que escribo esto.

«No le temo a nadie», dijo, y se encerró en su casa. Y con orgullo: «Lo he hecho todo yo sola».

Henne Fuego me dio mi primer sujetador. Yo tenía doce años y estaba debajo de la lámpara de mi flamante cuarto. Ella había ayudado a mi madre a elegir el papel pintado y la moqueta de alegres colores de los años setenta, naranja y violeta (íbamos a empezar una nueva vida), y me entregó aquella maravilla azul oscuro para la cual yo todavía no tenía suficiente pecho. Después de su divorcio —su marido tenía una amante—, sus ingresos se desplomaron. Carecía de formación, pues nadie la había considerado nunca necesaria en su caso. Se mudó a una vivienda para ella sola, donde más tarde cuidó de su hijo. Esto tiene su historia. Nuestro sobrino se quedó inválido en la casa de su madre. Había regresado a ella siendo adulto después de divorciarse, deprimido y necesitado de cuidados maternales, sin trabajo y sin un carácter afable, aunque el derrame cerebral cambió eso. Sufrió una trombosis porque se pasó meses enteros sin moverse, tumbado en la cama de la primera planta. Un buen día, se oyó un golpe y lo encontraron en el suelo entre la cama y la pared. Después empezamos a llamarlo «pera en almíbar», porque era blandito y dulce. Todas las noches, ella lo empujaba escaleras arriba, peldaño tras peldaño.

Fue engordándose y volviéndose más carnoso, mientras Henne adelgazaba poco a poco. Y eso que siempre había sido flaca. Del tipo de delgadez que les gusta a los hombres como Trump. Ya se sabe, una

mujer no debe tener demasiada carne, salvo unas tetas de gelatina, nunca debe ocupar demasiado espacio, ni armar demasiado barullo.

Rabia; a veces siento que nunca se apagará, que siempre será una antorcha encendida. Un año después de que se instalara su hijo, le redujeron la pensión, porque a partir de entonces podía compartir con él la opulencia de su hogar. Sin embargo, él no se sentía en absoluto obligado a aportar un solo euro. Él cenaba fuera. En el restaurante Van der Valk. Iba allí con su vehículo adaptado y no se saltaba nunca el postre.

La noticia no tardó en ser motivo de chismorreo.

Henne Fuego no decía nada. Tenía una capacidad formidable para callar.

Callaba sobre HEHH, que también debía de visitarla disfrazado de Minotauro cuando aún era una niña. Y callaba sobre su padre biológico, que en una ocasión le pidió a Toddie que le enseñara las braguitas.

Henne fumaba como un carretero y comía como un pajarito.

Tras su divorcio, aún se pasó unos años riendo y bailando, mientras persistía en su silencio con expresión misteriosa.

Era vieja, *me parecía* vieja. Era pobre, vivía sola y no tenía empleo.

Era mi pesadilla viviente.

«Por favor, Jesusito, no permitas nunca que me vuelva como Henne.»

Su risa podía ser como la de una hiena. Pero, no era una bruja como la llamaban a gritos los niños en la calle.

Era reservada, introvertida.

¿Acaso eso no está bien? ¿Quién va a querer a una histérica? ¿A una guarra?

La noche de su muerte, noventa jóvenes fueron masacrados en la sala Bataclan, y yo no era capaz de asimilar el horror de la simple muerte de mi hermana.

Estoy de pie con el ramo de rosas blancas delante de su tumba lila de gitana, que es pequeña y estrecha y, ¡oh, padres de la patria!, mi rabia es tan grande que podría calentar el mundo entero.

«*Grab 'em by the pussy.*»[3]

Échalas de sus empleos.

Haz que se ocupen de sus padres seniles, de sus hijos.

Mételes la picha.

En mi interior, siento la rabia crecer y adquirir infinidad de formas como un cuadro de El Bosco. Cálmate. Sé dueña de tus palabras. Observa tu rabia, naranja y dorada, azul gélido. Así está en lo más candente, se podría fundir hierro en ella…

Henne Fuego consumía la suya internamente, como un trozo de carbón pardo. La última vez que quise parecerme a ella fue en 1975, cuando acababa de regalarme el sujetador.

Después debí de echar a correr.

A pesar de que desde el largo invierno de nuestro descontento, en 2008-2009, se habían producido suficientes sucesos dramáticos y desagradables en nuestra familia y en nuestro círculo de amigos, y a pesar de que yo, como escritora, había tenido que aceptar la sentencia del ministro Halbe Zijlstra, creo que fue tan solo en 2015 cuando nos dimos cuenta de que nosotros, «los pequeños», tampoco habíamos conquistado el mundo y que de alguna manera estábamos formados por un montón de imposibilidades. Oleg, mi esposo extranjero, los marginados económicos de nuestra familia, el hermano con discapacidad mental, el enfermo que no se atrevía a quedarse en casa para no perder su empleo y para evitar los controles de la aseguradora médica, yo con la boca llena de implantes que resultaron ser obra de un chapucero, y la pobre Toddiewoddie, sola y sin marido, aunque con un vibrador conejito lila, llorando por la pérdida de su hermana.

Bueno, todos nosotros: los inadaptados, los bichos raros.

No veía mucho a Henne, solo en contadas ocasiones: una vez al año, el día en que recordábamos a HEHH en un restaurante de Nieuwegein.

—Si no comes, sabes lo que sucederá —sentencié.

Eso fue lo último que le dije a mi hermana. Ella se limitó a esbozar una sonrisa enigmática, y no probó la sopa. Llevaba años reduciendo su ingesta de alimentos. Nos preocupábamos por ella, pero de una manera apresurada e irritada. Verás, la cuestión es que teníamos que lidiar con nuestras propias decepciones. No me hacía ninguna gracia ser un parásito.

—Come, maldita sea, si no comes te morirás.

Entonces ya habíamos dejado de decirle que encontraría trabajo, que todo le iría mejor, que conocería a un hombre, que tendría una segunda oportunidad.

Además, no nos gustaba demasiado nuestro sobrino, ni toda aquella situación.

Henne Fuego esperó su recompensa hasta que cumplió sesenta y ocho años. Creo que entonces comprendió que esta no llegaría nunca.

Apenas hablé de la muerte de mi hermana con otras personas. Ni con amigos. Ni con otros escritores.

Vergüenza.

Además, ¿qué les importaba a ellos Henne? Dios, incluso yo llevaba años sin visitarla. Tal como le sucedía a Scrooge, para mí era

un fantasma del pasado que no me apetecía ver en absoluto. Una remembranza de la que quería mantenerme alejada. Negra, consumida, una arpía.

Sin embargo, soñaba con ella. La veía con la melena suelta sentada en lo alto de un árbol, sobre una rama desnuda.

«¡Chissss!»

Intentaba ahuyentarla.

Por supuesto, Henne Fuego no es su verdadero nombre. Isaac Bashevis Singer le puso ese nombre a uno de sus formidables personajes que se inflamaba de cólera, y yo la bauticé así porque es lo que ha hecho: encender una llama. Aquel 13 de noviembre echaba chispas en cada peldaño de aquella escalera, como una cerilla.

Sí, Henne Fuego se cayó por la escalera, y aunque la escritora que hay dentro de mí recurrió a todas sus fuerzas para reprimir este relato —creo que incluso intenté retorcerle el pescuezo, exprimirle todo el aire con mis propias manos—, no me quedó más remedio que regresar a una historia de la que creía haber escapado y que nunca fue solo la mía, sino la de todos nosotros. Como si fuésemos las raíces de una planta, una criatura cambiante.

Verás, la cuestión es que soy uno de los retoños Holbein.

Hija de Henri Elias Henrikus Holbein.

El brillante arquitecto de nuestro miedo y nuestra excitación, y gran maestro y director de nuestros momentos de éxtasis y temor extremos.

3. ESCENARIO Y CONTEXTO

Ya de niña me sorprendía la tortuosa franja de dolor y violencia que atravesaba nuestra vida familiar. Desde los pájaros que se desplumaban unos a otros en la jaula de Memo, nuestro hermano mayor (lo que nos permitía ver sus corazones palpitantes, como frijoles debajo de su piel virolenta), hasta las innumerables erupciones y creaciones llenas de olor, color y contraste que almacenábamos en nuestro cerebro infantil como *tableaux vivants*. Luminosas pompas de cristal que, fijadas en nuestra memoria familiar, aún pueden reventar con fuerza en nuestro interior y que me exigen, a mí, su autoproclamada archivera, que incluya los fragmentos en nuevas narraciones y constelaciones para, como diría Nabokov, poder librarme del «lujo de su riqueza».

Había una cierta rendición al miedo, tanto a la hora de provocarlo como de sufrirlo.

Por ejemplo, durante los juegos tenebrosos. El del escondite en la más completa oscuridad: nuestra madre Anna Alida se quedaba abajo fumando en la casa bien iluminada mientras HEHH nos buscaba a tientas, golpeando con las manos cada peldaño de la escalera. Los tres pequeños (Kaj, Libby y yo) siempre nos escondíamos en el mismo lugar: el rincón lleno de pelusa detrás de la cama de Memo. El primero al que tocara moriría. Había movimientos nocturnos en el pasillo, respiraciones, sollozos, gruñidos…

Los rituales de Memo: un paso adelante, dos hacia atrás. Sus conjuros: golpearse el pecho con los puños, morderse con fuerza los antebrazos. Después nos mostraba orgulloso las marcas de sus dientes, al rojo vivo, en la carne blanca. («Mirad, es bonito, ¿verdad? Lo he hecho yo.») Las frases de Henri («*Vanitas vanitatum, omnia vanitas*», «¿Cómo encontraré, a través del ciego y ardiente basalto, el camino hasta Lete? ¡Oh, olvidarlo todo…, antes de que la noche llegue!») y sus pulgares que nos apretaban con fuerza los lados del cráneo cuando nos contaba que el punto más débil del ser humano se encuentra en las sienes. Sin embargo, aunque me daba que pensar y no dejaba de darle vueltas, lo hacía con ese tipo de asombro que desarrolla un niño como parte de sus ansias de conocer el mundo. Igual que uno puede

reflexionar sobre las acciones y los actos en un escenario, pero no necesariamente sobre el fenómeno «escenario» o «acto» en sí.

A ello hay que añadir que estaba preparada para una existencia marcada por la fantasía. Nací en 1962, en el gélido mes de diciembre de un invierno legendariamente frío («Se heló todo el mar del Norte»), apenas ocho meses después del fatídico accidente de tráfico en el que mis padres perdieron a su hijo menor (un varón llamado Tobias, que murió a los seis años, en el paso de cebra de nuestra calle comercial, atropellado por una hormigonera que daba marcha atrás). Mi nacimiento fue un suceso que HEHH, mi padre y procreador, consideraba tan excepcional y maravilloso que lo convenció de que él estaba vinculado con el Creador Todopoderoso, el Eterno Inspirador y Resucitador. Al tiempo que me predisponía a mí, la nueva criatura, para una vida en un entorno tan opresivo como cautivador.

Unos años más tarde, cuando nosotros, los benjamines (Kaj, Libby y yo), llegamos al mundo Holbein y lo poblamos, este ya se había convertido en el podio de un mago. Un fantástico laberinto de espejos en el cual HEHH afirmaba a menudo amar «ardientemente» a nuestra madre Anna Alida, con una entrega y una pasión que ya quisiéramos experimentar nosotros.

Era muy estricto a la hora de distribuir su amor.

—Primero está vuestra madre, después otra vez vuestra madre…, luego no hay *nada*… y de nuevo, durante un tiempo, nada…, y *entonces* llegáis vosotros.

Aunque creo que sobre todo la amaba como hacían muchos hombres en aquella época y algunos siguen haciendo hoy. Como se quiere a una bonita obra de artesanía. Un objeto bien hecho y de calidad. No sé si la conocía ni si sentía la necesidad de descubrir quién era realmente. Lo que le gustaba o no. Cuáles eran sus necesidades, deseos o inquietudes, y dudo mucho que ella misma los conociera.

En aquella época, las paredes de nuestra casa ya estaban llenas de ilustraciones y óleos. Pertenecían a HEHH y, en su mayoría, eran reproducciones de grandes artistas. *Olympia* de Manet. *El baño turco* de Ingres. *La muerte de Sardanápalo* de Eugène Delacroix (inspirado en la obra de teatro de Lord Byron). En la escena se ve cómo el rey, que acabará suicidándose (siempre he pensado que estaba incurablemente enfermo), ordena destruir todas sus posesiones; incluidos su harén, sus esclavos y sus caballos. Él mira indolente desde un diván, sin inmutarse. La mujer a la que un esclavo negro está degollando era el vivo retrato de mi madre.

De niños, nunca cuestionábamos por qué crecíamos entre representaciones de este desnudo cambiante que, siempre y nunca, en una repetición interminable, era nuestra propia madre. Y que más

tarde seríamos nosotras, las hijas Holbein. Nuestros rostros pegados sobre el único cuerpo idealizado. Sé que estábamos acostumbradas a la mirada ávida del ojo de cabra y hacíamos todo lo que podíamos para merecerla.

En aquel tiempo, ya no quedaba ni rastro de Henne y Toddie. Era como si siempre hubiesen sido adultas, y su infancia fuera una pompa de jabón. Un breve juego de luz y resplandor, escondido a la vista del mundo exterior, que había reventado mucho antes de que nosotras ocupásemos su viejo cuarto en la parte posterior de la casa. Se habían casado, tenían hijos, nadie parecía echarlas de menos. Sé que mi padre las consideraba tontas.

«No sirven ni para limpiarse el culo» y «Son tontas de capirote» eran las típicas frases sobre Henne y Toddie que, si bien no respaldábamos, al menos acarreamos hasta bien entrada nuestra edad adulta y hasta muy tarde en nuestra madurez.

Según mi madre, Henne había sido una niña reservada, llena de secretos. Nerviosa y asustadiza como un conejo y aquejada de continuos achaques que requerían constantes cuidados. Y Toddie (de labios carnosos, ojos redondos y pelo oscuro y rizado) ya era coqueta a una tierna edad.

Mi madre era el segundo comienzo de mi padre y seguramente supo que no habría un tercero. Era una mujer rebosante de vida y hermosa como una flor demasiado pesada, una amarilis, que mi padre encontró y descubrió como algo especial y secreto. La rosa sobre el estercolero. Una valiosa pieza de porcelana de la que se había desprendido una esquirla. Tal vez, mi madre fuera esa esquirla. Él la había conquistado, se la había llevado consigo, le había quitado la suciedad, la había instalado en la casa de su primera familia, en compañía de Henne y Toddie. ¿Qué más podía pedir?

* * *

Sobre el primer encuentro de mis padres, cómo se habían conocido y habían empezado a salir juntos, circulaban diferentes historias. En cada una de ellas desempeñaban un papel las apariencias, el dinero, la posición social y (el posible acceso a) un mundo de arte y belleza. El relato más persistente era que mi padre, que a la sazón trabajaba para la agencia de cobros de su suegro, había sido enviado a confiscar los bienes de mi madre y de su primer marido.

Era el año 1949.

Bien vestido, calzado con unos excelentes zapatos y llevando en la mano una carpeta oscura, Henri Elias Henrikus Holbein, que había

salido bastante bien parado de los años de la guerra, acudió a la dirección indicada y llamó a la puerta. Le abrió Anna Alida, que, ni sorprendida ni abrumada, lo hizo entrar en el modesto salón, donde las dos niñas que se convertirían en mis hermanas jugaban sobre una alfombra. Ella le dijo que, tal como podía ver, no había gran cosa que embargar. Le brillaban los ojos grises. Su voz era agradable y estaba impregnada de una rabia contenida; y él la invitó a almorzar. Dejaron a las niñas al cuidado de una vecina. Se dirigieron a una cafetería del centro donde ella le explicó su vida con todos sus pormenores. El padre ausente, la madre analfabeta, sus abuelos fallecidos (la abuela a causa de una enfermedad cuando ella acababa de cumplir los catorce, el abuelo de un delirio, mientras atacaba con cuchillos a demonios invisibles ante la estufa de carbón). La minúscula vivienda en el barrio de Utrecht Ondiep (durante años durmió con su madre en una cama), el circo de Toni Boltini: («de haber querido, podría haberme ido con ellos de gira») y la guerra (su madre, que trapicheaba y mendigaba por comida en la misma calle donde a los dieciséis años se había paseado del brazo de un joven soldado alemán de la Wehrmacht). Finalmente, el bombardeo, la herida en la pierna, y el precipitado matrimonio con el estafador, que había sido el único que fue a visitarla al hospital. («Ese se piensa que todas las ideas que se le ocurren son oro puro.»)

Un lienzo grisáceo sobre el cual mi madre con su rostro de virgen debió de resaltar; una manzana de Navidad recubierta con una fina capa de cera (incomible, pero con la promesa de salud y dulzura).

Dudo mucho que HEHH se percatara entonces de lo profundo que era el abismo social que los separaba. O quizá lo supiera muy bien. La joven Anna Alida, de veinticinco años, sin duda se quedó maravillada ante este caballero con su abrigo de lana cardada. Un hombre que se expresaba con elocuencia y que apartó gentilmente los papeles del embargo, que se ofreció, el día después del almuerzo, a comprarles zapatitos a las dos niñas; atento y observador como era, había visto que se paseaban por la casa con calcetines sucios…

Sospecho que después de unas cuantas semanas de vivir secretamente con mi madre (horas robadas en una habitación de hotel, cenas bajo globos de luz blanca), los años con su primera mujer se esfumaron por completo y ya no parecían formar parte del juego al que él, Henri, se había entregado para matar el tiempo mientras llegaba esta vida nueva y más emocionante, Anna Alida, el caos hecho carne en el cual él podía refugiarse de las garras de un universo que lo asfixiaba. Una obligación de la que quiso librarse antes de que la soga le apretara demasiado el cuello.

Más tarde, cuando mi padre recordaba los años con su primera

esposa (algo que casi nunca sucedía, igual que tampoco nos hablaba de sus primeros retoños), lo hacía con frialdad y asombro. Como si también a él le pareciera imposible haber vivido con una mujer sin cintura, primogénita de un hombre de negocios con recursos, y haber mantenido largas conversaciones masculinas —coñac, puros— en su casa imponente. O haberla abrazado torpemente en una cama de matrimonio de una madera tan pesada que no podía desplazarse y que recordaba a un ataúd. Sin embargo, entonces conoció a Anna, nuestra hermosa madre, la bella Anna.

¿Cómo llegó exactamente mi madre Anna Alida con sus dos hijitas a la vivienda de Henri de suelos finos y paredes de papel, donde cualquier movimiento hacía que las lámparas tintinearan y el yeso del techo se desprendiera? Existen dos versiones. Según la versión de Henri, les unían un amor y una pasión ardientes que les permitieron sortear todos los obstáculos. Según la otra, Anna Alida, a la que su marido había echado de casa con las niñas, se vio obligada a instalarse en el hogar de Henri y de su primera esposa, antes de que esta se largara. Tras lo cual se convirtió en la madrastra no especialmente solícita de los hijos de mi padre. En los años siguientes, mi madre parió a otros seis. En 1951 a Memo (que nació dos meses antes de tiempo y con un déficit intelectual), en 1952 a Max, en 1956 a Toby, y por último a nosotros, los más pequeños: la que esto escribe (1962), Kaj (1963) y Libby (1967).

Juntos empezaron una nueva vida que, tras el despido fulminante de Henri de la empresa de su decepcionado suegro, estuvo marcada largo tiempo por la lucha para salir de la temible pobreza. Una vida en la que el sueño de libre creación e inspiración ininterrumpido de mi padre (disponía de una musa) se estrellaba a diario contra las rocas de la nueva realidad.

En aquellos años de posguerra, esa época corroída poblada de participantes, espectadores silenciosos y testigos de una realidad mucho más terrible, no había muchas personas que sintieran la necesidad de cavar y hurgar en su propia vida interior. Cuánto deseaba mi padre ser artista. Cuánto quería mi madre desempeñar otro papel (uno importante) en la sociedad. Pese a que los Procesos de Núremberg acababan de concluir, el hermano mayor de Henri le puso a su hijo recién nacido de segundo nombre Adolf.

Henne de seis, pálida y delicada, y Toddie de cinco, rolliza y risueña (rebelde y fanfarrona, por lo que parecía la mayor), se perseguían por las habitaciones desordenadas y se escondían debajo de las camas. Miraban fijamente al hombre alto y majestuoso de ojos azules que hablaba francés y latín y citaba párrafos enteros de la

Biblia y de novelas. Y que les había comprado unos bonitos zapatos de charol.

Quizá a Henri lo confundiera la rapidez con la que las dos niñas empezaron a llamarlo «papá» y se amoldaron a él, y pensara que estaban corrompidas. Una entrega demasiado rápida, una confianza traicionera e incluso despreciable. El rasgo que más debió de sorprenderlo de ambas niñas era su encanto casi celestial, que reconocía de una manera más elaborada, terrenal y madura en nuestra madre. Como si ella se hubiese traído consigo dos billetes de lotería. Dos bulbos de tulipán que no tenían otro objetivo más que brotar algún día y seguir creciendo para parecerse a ella. Me imagino que durante un tiempo se sintió atraído por ellas y no se hartaba de mirarlas.

Las observaba cuando estaban sentadas en sus sillas delante de un plato, con una rebanada de pan en la mano. Mientras movían las piernecillas desnudas, los brazos con la delicada curva de los hombros. La glotonería con la que Toddie comía y el lento masticar de Henne. La forma en que exploraban su nuevo hogar; Toddie, la comandante, la directora y capitana; Henne, recelosa, vigilante, pero siempre sumisa. HEHH no debió de esperar mucho, antes de iniciar la (re)educación de las pequeñas. Nada lo irritaba más que el ruido, las «risitas tontas y absurdas» y el desorden. Para él, todo eso perturbaba las condiciones mínimas para poder crear. Era un hombre de la época en que el genio era sagrado y la genialidad un santuario, y no toleraba que lo corriente, lo humano, lo infantil y lo banal lo profanara. La única persona a la que se lo consentía era Anna Alida, nuestra madre.

En comparación con ella, Henne y Toddie apenas debían de parecer reales. Al ser tan niñas, él debía de considerarlas difusas y poco definidas. Como si los contornos de sus vidas hubiesen cambiado demasiado pronto. A HEHH le gustaba considerarse un esteta, alguien que buscaba la belleza y la armonía en todas partes. Que aspiraba a encontrar un equilibrio que se escondía en fórmulas y códigos que había que descifrar.

Sin embargo, Henne ceceaba y solía tener mocos. Y Toddie todavía no sabía leer su nombre.

Al principio, a él mismo debió de sorprenderle su propia irritación. El ardor que sentía en sus mejillas cuando no lo entendían, cuando remoloneaban o no hacían lo que les pedía o cuando seguían armando jaleo a pesar de haberles pedido silencio. Blancos destellos de cólera si no lo tomaban en serio. Henri no tenía mucho sentido del humor y no soportaba la burla. Si detectaba algo parecido a un desprecio, empezaba a rugir y a retumbar por dentro, y éramos testigos de la explosión. Entonces se ponía a zurrar rítmicamente a una de nosotras hasta que mi madre gritaba: «¡Para ya, que la vas a matar a golpes!».

A lo que él replicaba con un lúgubre «Me-importa-un-rábano», que a nosotros nos resultaba casi cómico.

Y al igual que nosotras, Henne y Toddie debían de mirarlo inquisitivamente cuando, de pronto, levantaba la voz. O cuando expresaba su descontento mediante frases incomprensibles. Con el tiempo debían de reaccionar casi antes que él. Cada cual a su manera. Henne en silencio, chupándose el labio. Toddie, desafiante, con la mano abierta apoyada sobre el muslo izquierdo, la barbilla alzada.

¿Quién sabe si HEHH estudiaba su propio comportamiento, como buen analista que era, y examinaba los efectos con interés? ¿Acaso la mano que moldeaba y presionaba a Henne y Toddie (y más tarde a nosotras), que cortaba aquí algo superfluo, mientras resaltaba algo allá, le devolvía a él su forma primigenia?

Existe una anécdota familiar que he contado a menudo, que, como un diamante, hemos ido puliendo y ha ido adquiriendo cada vez más facetas, sin que quede claro cuál de nosotras es su protagonista. Según Toddie, Henne había sido el objeto directo, pero Henne, a su vez, sostenía que era la incontrolada Toddie, mientras que otros miembros de nuestra familia afirmaban que me había sucedido a mí. Lo que unas décadas más tarde me ha llamado la atención es la frecuencia con la que mi padre rememoraba esta escena, que él mismo dirigió, y nos la presentaba como una parábola edificante.

El piano en la nieve

Un balcón verde oscuro, copos dispersos.

Una calle larga y gris, y la nieve que cae.

Empecinada, vestida en ropa interior, sobre un escenario helado: una de las niñas Holbein.

Mi madre sentada a la mesa, retorciéndose las manos:

—Déjala entrar…, déjala entrar, Henri.

Mi padre:

—Un minuto más, Anna. Sé lo que piensas, pero si no presto atención *ahora*, si no pongo límites *ahora*… Toda la tarde peleando y en lo único que piensa es en: «Mío, mío».

Bettina, la hermana de mi padre, había enviado el pequeño piano: un instrumento rojo de la firma alemana Schoenhut, y se lo había regalado a una de nosotras, después de que otra lo rechazara. Sin embargo, esta última no tardó en ser asaltada por una envidia corrosiva y en reconsiderar su decisión.

Así se inició la pelea.

Ruido, jaleo, agitación. Una niña aporreaba las teclas, mientras la otra gimoteaba porque también quería tocarlo.

—¡Dámelo, lo quiero, yo también puedo tocar!

¡Clang! ¡Clang! ¡Clang!

—Mío.

—Mío.

—Mío.

Él le arrancó de las manos el Schoenhut, con sus treinta y siete teclas de gran resistencia (rango de tres octavas).

—¡¿Mío?!… Ni siquiera el aire que respiras es tuyo.

—Es mío… ¡Me lo han regalado a mí!

—¿En serio? ¿Es tuyo? ¿Quieres que hablemos de lo que es mío? ¿Quieres que lo examinemos a fondo? Veamos…, ese jersey y esa falda que llevas… y los leotardos… te los he comprado yo…, los he pagado yo. Y la diadema, los zapatos…, quítatelo todo.

(Éxodo.)

La niña se queda en braguitas entre las bolsas de basura en «el llano» (versión de Henne).

O desnuda y descalza, en el portal mojado de casa (versión de Toddie).

En ambos casos, la imagen es preciosa: la niña delante de las botellas de leche y yogur espolvoreadas de nieve (que están contra la verja como un coro), la niña, fuera, junto a la gran puerta verde de la casa. Con las mejillas pálidas, los labios oscuros, el instrumento musical escarlata apretado contra el vientre y el estómago.

La nieve que se dispersa, la nieve que se arremolina. No hay dos copos iguales.

Y el cineasta que lo observa todo y que sabe que está creando un recuerdo intenso e imborrable. Una pequeña obra maestra de cristal.

—Henri, se pondrá enferma…

—Me importa un rábano-me importa un rábano.

O en una versión más tierna:

—Un minutito más, no le pasará nada.

Poco después de mudarse al gélido piso, nuestra madre debió de entrar en una fase de letargo, como le sucede a un gato vagabundo que ha encontrado un lugar donde descansar. Al igual que muchos artistas, a HEHH le gustaba considerarla su musa, «conservarla» en una modesta jaula (dorada), que él podía girar para admirarla e inspirarse. Eso no significa que él no se comportara de forma cortés, a veces incluso sumisa o servil. Aunque era como en *La Venus de las pieles*, la novela de Sacher-Masoch: formaba parte de un juego teatral

sadomasoquista en el que ella «dominaba» y él se «dejaba dominar», sin que ella tuviera margen de maniobra ni libertad de elección. Quizá, eso sea mucho menos habitual de lo que esperamos o creemos.

En los primeros años de su matrimonio, Henri quiso exhibir a Anna Alida. Sin embargo, ella estaba dotada de un tipo de belleza poco ilustrada que no hacía sino poner en evidencia su falta de formación, de desarrollo y de experiencia. Precisamente porque no era tonta —era más inteligente, y mentalmente más ágil y rápida que él—, mi madre puso al descubierto la esencia de los deseos eróticos y la falta de justicia social de mi padre. Mientras que, en los años siguientes, él se acostumbró (con mayor rapidez y facilidad de lo esperado) a que lo llamaran «señor Henri Holbein» y se convirtió en un hombre con despacho propio y secretarias que llamaban tímidamente a la puerta preguntando si podían molestar al señor, de ella se esperaba que se contentara con su vida de ama de casa y con la nueva oportunidad de ir de compras. Tras la (inicial) degradación social de Henri, la casa iba llenándose de baratijas a medida que su ascenso era imparable: figuritas, jarrones, espejos, un set de tocador plateado. Una bata de raso para mi madre. Y de libros: lomos de Mauriac, Diderot, una edición ilustrada con acuarelas de *Les Fleurs du mal* de Baudelaire, y ediciones artísticas (que más tarde formarían parte de mi herencia). Cuando él le leía la cartilla, mi madre lo miraba de soslayo, se estiraba los faldones de la bata verde, exhalaba el humo de su cigarrillo y se regodeaba hablando en el dialecto vulgar de Utrecht. Esa «lengua de la calle» que ella dominaba y de la que Toddie se apropió con avidez.

Así pues, mucho antes de que mi existencia fuera una realidad, en nuestro hogar se libraba una vieja lucha de clases.

Nada se compartía. Por la casa corría una senda que solo recorría mi padre y que les estaba terminantemente prohibido pisar a Henne y Toddie. Según cuenta la leyenda, a ellas les traían sin cuidado los libros, el arte o la música clásica. Así que no se los daban. Tenían que ganárselos, pero ellas no demostraban ningún interés. «Criaturas descerebradas, ignorantes a más no poder.»

Les encantaban los dulces.

Observo la escena asomando la cabeza por la ventana. Cómo al principio debió de instruir a las dos niñas. Un comportamiento civilizado y decente: las rodillas juntas. Cómo debió de rechazar sus besitos pegajosos (los suaves brazos alrededor de su cuello, sus cuerpos compactos) ¡ya en la primera semana! Cómo rodaban por la casa como dos pequeñas mandarinas, y se subían a su regazo. Se apretaban contra él. (¡Él podría haber sido cualquiera!) Lo dispuestas que estaban a delatarse a la más mínima y a echarse la culpa de pequeños delitos, de daños a la propiedad Holbein. Huellas dactilares

en una mesa limpia. Pelos en un lavabo. Las sucias manos en sus valiosos pinceles.

«¡Mira, papá! (Un pelo suelto del pincel.) Yo no he sido…»

Infracciones de normas con las que él regulaba la vida cotidiana. A pesar de estar bajo su mando y enseñanza, no podían evitar divagar, y sus ideas se desviaban hacia sus insignificantes deseos y anhelos. Virutas de chocolate en el pan (preferiblemente más que la otra). Ropa, un juguete…

Mi madre siempre decía, no sin resoplar, que el primer padre de Henne y Toddie había sido un error ridículo. También en la memoria de mis hermanas parecía haber quedado de él poco más que la imagen de un hombre con orejas de soplillo y el pelo peinado hacia atrás que brillaba a causa de la gomina. O de un cuerpo sin cabeza (puesto que HEHH la había tachado con tinta y había dibujado encima) en algunas fotos.

Aunque Henne insistía en que en una ocasión su padre había ido a buscarla en plena noche una vez que estaba muy enferma, la había envuelto en una manta y se la había llevado a la costa. Habían contemplado juntos la luna en una playa. Hacía mucho viento y ella vomitó, pero él se mostró muy cariñoso. Según mi madre no era más que una invención de la «embustera patológica» que Henne siempre fue desde niña. Del mismo modo que la reacción de Toddie (que a veces se sumaba a ella y afirmaba que también había estado allí, para negarlo en otros momentos) era una prueba de sus incomprensibles celos y su patente rivalidad.

¿Cuándo sabemos quiénes somos? ¿E importa eso?

Se sabe poco de la infancia de HEHH, y lo único que sí se sabe son fragmentos sueltos: un montón de astillas, restos de lo que se ha contado en la familia.

Era el primogénito del segundo matrimonio de un católico estricto que, en 1912, un año después de la muerte de su primera mujer, se casó en segundas nupcias con su ama de llaves. Una señora a la que le gustaba hablar francés, que coleccionaba proverbios y refranes, y que cuidaba con mesura del huérfano de madre de nueve años, fruto del primer matrimonio de su esposo. Nacido en 1914, en una época viril, patriarcal y dominada por la Iglesia, mi padre maduró entre las dos devastadoras guerras mundiales. *Grands guignols* de violencia que, visto en retrospectiva, parecen estar tan vinculados entre sí que el tiempo intermedio se me antoja a veces poco más que el espacio entre las piernas con botas de un gigante destructor, tambaleándose sobre la

tierra y pisoteando todo lo humano que queda de este siglo, calificado por el historiador Johan Huizinga como «el más amargo de todos los siglos».

Mi padre hablaba poco de sus primeros años. En una ocasión dijo que no pasaba un día en que no pensara en sus padres. Sin embargo, no sabíamos en qué pensaba, pues no nos contaba sus recuerdos. Su padre, un abuelo al que nunca conocimos, fue uno de los primeros holandeses en dedicarse a la compraventa de automóviles, y poseía su propio taller mecánico. Después del crac de la bolsa en 1929, la empresa se fue a pique varias veces. Cada nueva quiebra provocaba una nueva mudanza, y la familia al completo, que en aquel entonces estaba formada por cinco niños, se veía obligada a trasladarse a otro municipio huyendo de los acreedores.

Por las escasas anécdotas, cabe deducir que nuestro abuelo era un hombre irascible y poco coherente, que prohibía a sus empleados blasfemar blasfemando él («Me cago en Dios: si alguien tiene que jurar, seré yo quien lo haga, ¡maldita sea!»), y que nuestra abuela por parte de padre, cuyo elegante apellido francés era Lambremont, tenía una bonita letra.

Verdaderamente desesperante.

De esta manera busco a tientas por la niñez de Henri Elias Henrikus Holbein, y es como si metiera la mano en un estanque del que hace años que desapareció la vida. Un pez de colores pasa flotando panza arriba, y de las aguas turbias no extraigo más que ramitas y hojas podridas. Sin embargo, si veo *Ludwig* de Luchino Visconti, *La cinta blanca* de Michael Haneke o *La celebración* de Thomas Vinterberg, es como si la mampara de cristal que separa la niñez y la juventud de mi padre de las mías saltara en mil pedazos, y me parece observar con tanta nitidez lo que debió de suceder que tengo la sensación de haber estado allí. En aquella casa de regias librerías de madera oscura y puertas de cristal, tras las que había libros encuadernados en cuero. Una niña y cuatro niños (con la nuca rapada) están sentados muy tiesos alrededor de una pesada mesa de madera encerada que a la hora de cenar se cubre con un mantel de un blanco inmaculado. Siento la corriente de aire, como un aleteo, cuando se extiende el mantel adamascado. En la cabecera de la mesa está sentado un hombre con un traje a medida, una cara larga y un bigote cortado con esmero (y cuyos bordes amarillean debido al tabaco). Su mirada es penetrante, controladora. Este hombre que se halla ante el umbral de la nueva *Herrenkultur*,[4] no tolera que lo contradigan. En el cuarto de baño con lavabos de mármol huele a musgo y menta, y en el hueco para el jabón hay un cepillo de cerdas para las uñas. Todos los pensamientos, sentimientos y actos (secretos) de este hogar están cubiertos por la capa de cera de un catolicismo

sombrío y oscuro que prohíbe a los seres vivos verse o tocarse y que considera cualquier muestra de afecto una debilidad. Un mundo que a los ojos de muchos de mi generación resulta caricaturesco, encorsetado e hipócrita. La convulsiva fantasía de una existencia. ¿Reían alguna vez? ¿En aquel edificio modernista de 1906 con dos esvásticas en el mosaico de la fachada cabían los arrebatos y las ideas? ¿De quién heredó HEHH su talento para el dibujo? En la casa de uno de los hermanos de mi padre (que solo visitamos en una ocasión, porque al casarse con Anna Alida, mi padre había sido proscrito y desde entonces apenas mantenía contacto con su familia), también había cuadros en las paredes. Pintorescos paisajes en ocre y verde, pintados por nuestro tío, que se había casado con una monja que había colgado los hábitos y que, unos años después de la muerte de HEHH, se negó a recibirme porque yo escribía libros «sucios».

Esto es todo lo que sé con seguridad. Después de varios años en el seminario mayor de Rijsenburg, en aquel entonces un bastión del catolicismo holandés, y tras diferentes empleos (vendedor de zapatos, representante, vendedor de helados) y un matrimonio que se celebró poco después de declararse la Segunda Guerra Mundial gracias a un anuncio clasificado en un diario, el cobrador de morosos Henri Elias Henrikus Holbein, de treinta y seis años, se refugió en los brazos de Anna Alida, la mujer que se convertiría en nuestra madre. A partir de aquel momento, él fue levantando su universo erótico. Una construcción críptica. Su fantasmagoría sexual.

¿Cuándo se convirtió HEHH en el Minotauro?

Por muy difícil que resulte acceder al joven que debió de ser mi padre, y por fácil que sea olvidar que su juventud fue un espacio abierto, una tierra que no había sido plantada todavía, comprendo que él también fue un producto de su época y el resultado de lo que hizo posible la sociedad, tal como lo es ahora Donald Trump, el empresario presidente.

Era siempre HEHH el que se ocupaba de nosotros, quien reprobaba nuestros modales en la mesa y después de cenar nos metía en la bañera, en un cuarto iluminado por una luz lechosa, donde nos mostrábamos ante él con despreocupada familiaridad y ausencia de pudor, y le tendíamos nuestros resbaladizos pies. Como defensa añadiré que tras el terrible accidente que destrozó el cráneo y la vida de nuestro joven antecesor Toby, fue mi padre quien tuvo que identificarlo y quien se convirtió para nosotros, los «cachorros», en padre y madre. Cuidaba de nuestro cuerpo y parecía apreciar su presencia, mientras que nuestra madre se mostraba irritada por nuestras continuas necesidades (de comida, de limpieza, de caricias, de oxígeno), y su duelo por lo que le había sido arrebatado le impedía

atenderlas.

Apoyado contra la puerta, con una toalla áspera en las manos, el hombre que fue nuestro padre debió de preguntarse sin duda si no había algo obsceno en la forma en que nosotras, pequeñas criaturas humanas, nos inclinábamos en la bañera, dejando al descubierto nuestro sexo, mientras buscábamos una pastilla de jabón o nos deslizábamos riendo espalda contra espalda en el agua turbia, escurridizas como las anguilas. Al hacerlo, el agua sobresalía por encima de la bañera y le mojaba los pies.

En aquella casa de aspecto tan poco atractivo, una vivienda sencilla de ladrillos con solo una estufa de gas en la parte delantera del salón, y sin calefacción en la parte trasera y en las habitaciones de arriba, con una zona exterior que llamábamos «el llano» y dos escaleras empinadas (que en mis sueños ricamente adornados aparecen y desaparecen como en los cuadros de Escher en un azul insondable desprovisto de oxígeno), no tardamos en conocer al Minotauro.

En una combinación tan extraña como posible en su época del cristianismo con el hombre divinizado y el Artista como fuerza creadora, HEHH se convirtió en amo y señor de los caballos, los peones, las torres y los alfiles… y de vez en cuando de la reina. Nuestra casa se transformó en un tablero en el que todas las ideas, deseadas y temidas, podían hacerse realidad.

* * *

A diferencia de mi madre o de mis hermanas, a mí nunca se me excluyó del mundo del conocimiento, del arte y de la ciencia. Al contrario, se me invitó a participar en él. Ataviada con el velo del relato de mi nacimiento («en plena noche de invierno se abrió el cielo», «que suenen las cítaras y las flautas, las campanillas y el tambor, y que se oiga la pandereta…», «blanca cuna, blanca sábana, blanca Navidad»), siendo la hija «más deseada, profundamente deseada», muy pronto me hallé en un estado de agitada espera sobre los dones que me corresponderían en este lugar al que Henri Elias Henrikus Holbein regresaba a diario procedente del mundo exterior, portando niebla y lluvia en el abrigo. Entonces dejaba de ser el estadístico que se había pasado de nueve a cinco en la oficina haciendo correlaciones para transformarse en benefactor que me traía tesoros y regalos (muñecas, libros), en chamán y mago que, antes de dormir, nos contaba, a nosotros los nuevos vástagos de la estirpe Holbein, cuentos extraídos a veces de la realidad (el hermanito muerto, tan atrozmente hecho pedazos en la tierra, pero un ángel en

el cielo) y otros inventados según la ocasión.

La Doncella Traslúcida… que a media noche se paseaba, transparente como una telaraña, por las almenas de un castillo en ruinas. ¿Quién era?, ¿de dónde venía? ¿Por qué vagaba todas las noches a las doce extendiendo los brazos con manos de dedos finos como las patas de una araña? *¡Uuuuuuuuh!*

O, después de que hubiese arropado a Kaj, HEHH entraba en el cuarto de las niñas, donde se sentaba en el borde de la cama y contaba historias del Antiguo Testamento con mucho dramatismo.

El patriarca Abraham, a quien Dios Todopoderoso había ordenado sacrificar a su hijo único, como un cordero. José, el undécimo hijo de los doce que tuvieron Jacob y Raquel, y su favorito (bueno, *yo también era una favorita*). Sus envidiosos hermanos no lo soportaban, pero un día tendrían que inclinarse ante él. Y David y Betsabé (primero ella había sido la esposa de Urías el hitita; sin embargo, Urías tenía que morir, porque David deseaba a Betsabé como mujer).

Después, HEHH se inclinaba profundamente para poder trazar con sus uñas el signo de la cruz sobre mi frente, «en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», y pedía a los ángeles que me protegieran, antes de acabar con el ritual plof de su pluma, su peine de bolsillo y sus tijeritas curvas, que se le caían del bolsillo de la chaqueta sobre la cama y que él buscaba a tientas con las manos frías («Diablos, ¿dónde están?») debajo de la sábana y de la manta.

Así vivía yo en un mundo de magia y lenguaje en el que (todavía) no necesitaba un «yo», y la palabra (de Holbein) era la ley y, a la vez, la entrada en un matorral en el que brillaban las bayas rojas. (*Papá…, mamá…, más tarde…, noche…, CÁLLATE. Tanto amó Dios al mundo que nos entregó a Su único Hijo.*) Mucho antes de que aprendiera a leer las primeras palabras en la escuela de nuestra calle, entraba y salía de este matorral, con los brazos arañados llenos de tesoros, y me sentía afortunada y orgullosa.

Quizá todos abriguemos el temor de lo que puede llegar a cobrar vida un día en nuestro interior, incluso antes de que sepamos que esa tónica tan banal de nuestra existencia es el miedo.

El niño desea la magia, el niño desea educación.

Las muñecas que corren en lo más oscuro de la noche por los pasillos, que bailan sobre las camas, las sillas y las mesas, ¡y que cuando amanece en el este resultan estar encima del armario del dormitorio paterno!

(«¡Oh, menudo jaleo! ¡Ay, menudo follón han armado otra vez esta noche tus muñecas, Bella, Stella y Corrie!»)

Las tazas de estaño debajo de las que desaparece algo, te quitan la

punta de la nariz y te la vuelven a poner.

Y por la mañana, cuando Anna Alida aún duerme (y ella siempre duerme, duerme hasta que dan las nueve, hasta que dan las diez, duerme hasta que dan las once y las doce): el tierno pan blanco que Henri corta en rebanadas largas y finas y que unta generosamente con mantequilla y espolvorea con azúcar.

Así que no podemos excluir que, por lo pronto, la niña que se encuentra a cierta distancia de los demás niños que habitan la casa Holbein o que la visitan con empecinada regularidad no se opone a ser la elegida para entrar en este universo con una sagrada escritura rúnica (y una lengua como la luciérnaga dorada que ilumina la cueva).

Debía de tener unos seis años cuando HEHH me entregó un tomo encuadernado de tela roja que contenía los cuentos de Hans Christian Andersen, con las irresistibles e incomparables ilustraciones en acuarela del artista polaco Janusz Grabiański (un nombre que yo pronunciaba susurrando: Januszzzzz…, januszzzzzz… Solo más tarde comprendí que era la abreviatura de Januszoon).

Fue mi primer libro de verdad. Tenía un peso, existía y era más real que yo, que todos nosotros en el mundo de fantasía holbeiniana.

Estaba enferma, tenía mucha fiebre. Cuando empecé a leer (*El ruiseñor*: «En China, como sabes, el Emperador es chino, y chinos son también todos sus súbditos…»), me sumergí enseguida en la maravilla descrita por Nabokov en *Curso de literatura europea*: «En cierto modo, todos estamos sufriendo una caída mortal desde lo alto de nuestro nacimiento a las losas del cementerio, y nos vamos maravillando con la inmortal Alicia ante los dibujos de la pared. Esta capacidad de asombro ante fruslerías —sin importarnos la inminencia del peligro—, estos apartes del espíritu, estas notas a pie de página del libro de la vida, son las formas más elevadas de la conciencia». Ardiendo bajo las mantas, llevada de la mano por el escritor de Odense, leía sobre las historias de príncipes y princesas, sobre las de vendedores ambulantes, porqueros, soldados y animales de granja. Y sobre árboles y plantas u objetos inanimados como una peonza, sobre personajes que aún no tenían voz, ni una forma definida o que la perdían temporalmente o incluso la cedían. Como la pequeña Karen, que se hizo cortar los pies para dejar de bailar hacia la tumba de la anciana. O la sirenita. («Le preguntó el príncipe quién era y cómo había llegado hasta allí, y ella lo miró dulce y tristemente con sus ojos azules, pues no podía hablar.») La malvada bruja le cortó la lengua y la cola, y, aunque le dio piernas humanas, cada paso que daba «era como si anduviera sobre agudos punzones y afilados cuchillos». Ay, se arrojó a las olas convertida en espuma antes de reunirse con el coro de las hijas del aire y no llegó a casarse con el príncipe. La pequeña cerillera que

murió de frío. Sin embargo, por muy trágicos que fueran los sucesos, y por duras que fueran las privaciones que sufrían las criaturas sobre las que leía, y por abrupta o efímera que fuera su manifestación, tenían siempre un alma, un carácter propio. A quien se las daba de importante, se lo ponía en su sitio; quien se aferraba a un mundo falso e ilusorio, se las tenía que ver con el bueno, el real, el verdadero. «Yo arrearé los caballos por ti», dijo Claus el Grande. Y tomando una maza le dio en la cabeza al único caballo de Claus el Pequeño, de manera que el animal cayó muerto. «¡Oh, ahora ya no tengo ningún caballo!», exclamó llorando Claus el Pequeño. Y acto seguido desolló al caballo muerto (tenía sentido práctico) y colgó el pellejo al aire libre para que se secara. Luego lo metió en una bolsa, se la echó al hombro y emprendió el viaje hacia el pueblo más próximo para venderlo.

Deseo, enfermedad, hambre, muerte, violencia, pobreza, carestía…, muchos asuntos aterradores, puro afán de supervivencia (y estrategia), con Andersen pasaba de todo, igual que pasaba y seguiría pasando en nuestro hogar Holbein. Los mundos sobre los que leía y el mundo en el que vivía se entrecruzaban, coincidían. Era como si yo, la muy miope (una graduación de diez dioptrías y solo me pusieron gafas a los siete años), consiguiera mis primeros ojos, y un reflejo blanco surgiera de la oscuridad espumante y efervescente con la que ya estaba familiarizada.

Sobre la repisa de la chimenea del salón había una foto de nuestro difunto hermanito en un marco plateado. (Llevaba un pantalón corto, un jersey a rayas y unas gafas.)

Memo (parto con fórceps, falta de oxígeno) llegó a casa y quiso saber por qué Dios lo había apretado tanto al nacer, si algún día se pondría bien y si algún día podría aprender. (*Puede que este se haya malogrado, señora, señor, este es un poco distinto, a este puede que le falte un hervor, a este le faltaba madurar un poco más…*)

¿Os acordáis? Pregunta Memo, pregunta también Max. *Nos acordamos, nos acordamos*, coreamos nosotros. ¿Cómo ponían un mantel blanco los domingos? Síííí. ¿Cómo en el salón ardía la estufa de gas? Síííí. ¿Cómo el pollo crepitaba en el horno? Síííí, oh, síííí. ¿Y cómo, aquella vez por Navidad, el majestuoso árbol con velas de verdad (!), fue quemando las cortinas?

Sí. ¡Síííí, oh, síííí!

¡Henri Elias las arrancó de los rieles con sus propias manos y bailó encima de ellas hasta que se apagaron todas las chispas!

Sí, eso hizo. ¡Oh, sí, oh, sí!

Y todo estaba bien. De verdad. Tanto dentro como fuera.

Mi padre dice que soy la más lista, que los demás (en casa) no

pueden rivalizar conmigo en inteligencia.

¿Sabía HEHH lo grandioso que era el regalo de la lengua, el dibujo y la lectura con el que me preparaba y amasaba para que satisficiera sus necesidades y deseos (físicos)? En cualquier caso, yo no tenía ni idea del impacto de ese talento. Del mismo modo que durante mucho tiempo no fui consciente del veneno, la infección desde la raíz.

La puerta del dormitorio de mis padres se abre… Tendré seis, quizá siete años. Allí está el gran ropero con espejo que capta toda la alcoba, que la refleja y la hace existir otra vez, pero de forma distinta. La cama con la colcha estampada, sembrada de flores pálidas. Sobre el alféizar, la imagen de porcelana de la Virgen María, en colores pastel, amarillo y azul, engalanada con el collar de Anna Alida, hecho de perlas sacadas del mar.

Entrar allí, entrar de verdad… en este impresionante gabinete, como The Royal Society of Science. Estar sentada allí como la única niña, sobre la chirriante silla de cuero, y fumar el viejo tabaco de pipa de la sabiduría y la excelencia. Para disparar a los titís en los árboles (como Humboldt) y estudiar su comportamiento. Para lanzar a los caballos al agua con las anguilas (como Humboldt). Separar al niño de la madre. Tener un propio Kaspar Hauser para enseñarle palabras.

Tener, ser, permanecer, parecer, aparentar, llamarse, creerse y hacerse pasar por guía, camarada, un acompañante nietzscheano.

«Hoy hablaremos de los astros, de las órbitas de los planetas, de la proporción áurea…» «No debes empezar nunca un dibujo por el centro y no debe ocupar toda la hoja…»

«No muevas la mano con tanta fuerza…, más suave, con suavidad, maldita sea…»

Con una triste sonrisa y no sin pesar, envío a esta niña bien educada por los pasillos mal iluminados de vuelta al lugar donde tocaba el flautista y el conocimiento no se conseguía sin pagar la imposición de un IVA especial. Y donde ella fue una cerdita, igual que las demás.

4. EL NIDO DE LA ARRIERA

Nuestro barrio de Lombok era un típico suburbio obrero, construido entre finales del siglo xix y principios del siglo xx en torno a la Real Fundición de plomo y zinc Hamburger en la zona oeste de Utrecht. Las calles principales estaban destinadas al personal de oficina, mientras que las viviendas de los obreros se encontraban en las calles intermedias, más estrechas, donde posteriormente también se mudarían Henne y Toddie. La Kanaalstraat atravesaba el centro del barrio como un auténtico canal, y las calles tenían nombres relacionados con las antiguas Indias Orientales. Así, las bocacalles llevaban el nombre de islas y territorios indonesios (Bandoengstraat, Balistraat, Borneostraat). Los edificios, sobre todo en Lombok Este, eran casitas para trabajadores construidas con ladrillo duro y oscuro (cocido a altas temperaturas en hornos continuos), colocadas en largas hileras perpendiculares a la Kanaalstraat, que, como «nuestra» Damstraat, tenía más esplendor y unos edificios más altos con fachadas de ladrillo blanco, cornisas y soportales de granito. En la Kanaalstraat había unos baños públicos construidos en 1915 (ya que, en torno a 1900, la Asociación de Baños Públicos había salido en defensa de una mayor higiene nacional, sobre todo para las clases bajas) y en el canal Muntkade se hallaba el Museo del Dinero, que cerró en 2013. Nosotros vivíamos en el número 11 bis, encima de una tienda de pinturas y un establecimiento de colchones (que incomprensiblemente se llamaba La Casa de las Camas y el Bebé); nuestra calle se encontraba al principio de la Leidsekade y la concurrida Westplein, y al final de la Vleutenseweg, y llevaba el nombre de la antigua granja Damlust. Era un lugar real, con coordenadas de tiempo y espacio: GD (grados decimales) Latitud 52.0910451, Longitud 5.104154600000015 / GMS (grados, minutos, segundos) Latitud (N) 52°5’27.762”, Longitud (E) 5°6’14.956”.

Lo busqué hace poco porque tengo miedo de olvidarlo.

El vuelo nupcial de la Arriera (Anna Alida) marcó el inicio del ciclo vital de nuestra colonia. La (hormiga) reina inseminada se posó en esta zona en torno a 1950, se arrancó de forma indolora sus alas membranosas y empezó a peinar el terreno. En un trozo de suelo

mullido y abierto cavó un túnel vertical que amplió en la parte inferior hasta convertirlo en un pequeño alojamiento. Este retiro pasó a ser el primer elemento de nuestro nido, que estaba destinado a crecer hasta alcanzar un tamaño enorme, además de ser el lugar donde nuestra madre pasaría la mayor parte de su vida fértil.

Probablemente fuera un lugar poco seguro ya desde el principio.

Mis primeros recuerdos de la Reina Arriera son olfativos y están llenos de sinestesia: pañuelos que desprendían una pequeña nube de polvo, medias de nilón, el vago olor a pescado, el de la trimetilamina, en una ligera concentración en su regazo, humo de cigarrillos, una voz oscura (de contralto) (*Unforgettable, that's what you are*, Dinah Washington), sus ojos grises que brillaban en los lunes fríos, húmedos y melancólicos cuando recorría, agitada, el laberinto de este nido.

Algunos días, estos recuerdos me transportan justo delante de la valla que cierra una zona en la que yo no era solo la hija de HEHH, sino que pertenecía a la Reina Arriera y ella a mí, y donde el ritmo de nuestros latidos andaba a la par.

Yo tenía cuatro años cuando en 1966 se cerró la bóveda. Dentro estaba Anna Alida, muy enferma: sufría preeclampsia y trombosis. Yacía inmóvil en el lecho matrimonial como en un sepulcro, en el dormitorio de la planta superior, embarazada del que sería su último bebé. Protegida de mí y de mi hermanito Kaj y de nuestras manos pegajosas, de nuestros mocos y nuestro pelo revuelto, resultaba imposible llegar a ella si no era bajo la supervisión de HEHH, guardián de la torre. Podíamos ir a verla una vez al día, por la noche, después de cenar, en la penumbra. El álbum de fotos que me dio Anna Alida un año antes de morir (cada uno de nosotros recibió el suyo) lleva pegada la hoja fibrosa de un cuaderno. *Querida mamá, te quiero muchísimo, espero que te mejores pronto.*

Recuerdo haber escrito esa nota en la mesa redonda, HEHH estaba detrás de mí y me controlaba para que no cometiera errores, y me acuerdo de que en las habitaciones flotaba una oscuridad mugrienta que se extendía cada vez más, difuminando todos los contornos, incluso los de mi madre. A ella, la recuerdo hinchada, con los tobillos hinchados y la barriga hinchada, abultada, distinta. La casa sombría, y Libby, cuando nació, una esfera luminosa. («Esta es vuestra hermanita, es muy pequeña, podéis venir a verla si no hacéis ruido, tenéis que lavaros las manos y ni se os ocurra tocarla…») Algo inexplicable y de una ternura inigualable. Tambaleante y agitada, llena de risitas y de luz. Una pompa de jabón del más puro amarillo pastel, mi hermanita. Otro recuerdo que surge borboteando de la oscuridad es este de Libby, dulce, rolliza, en la trona junto a la mesa del comedor, bien sujeta en su arnés de cuero azul, que, conforme a las normas, estaba forrado de

lana blanca como la nieve, y la recuerdo hundiendo la punta de los dedos en los pedacitos de pan sin costra sobre el platito de plástico con la imagen de la locomotora valiente. Se quedaba allí sentada (mientras Max, Memo, Kaj y yo nos marchábamos uno tras otro a nuestras respectivas escuelas y mi padre se iba a la oficina) hasta que Anna Alida se despertaba a eso de las diez o las once y bajaba al salón. Habitualmente solo después de que Henne o Toddie llamaran, llamaran y llamaran al timbre o se abrieran ellas mismas tirando de la cuerda que asomaba por la ranura del buzón de la puerta y que accionaba el pestillo, y subieran por la escalera con sus respectivos bebés en un cochecito.

Ambas fueron madres jóvenes. Su primer embarazo coincidió con el último de mi madre. Cuando volvía de la escuela, me las encontraba fumando y hablando por los codos. Los bebés en el parque o sobre una mantita del cuarto trasero, Libby todavía en su sillita, con los dedos grasientos de la mantequilla cubiertos de virutas de chocolate aplastadas.

Si en aquella época hubiese visto en la gran pantalla a las estrellas temperamentales del neorrealismo italiano, como Sophia Loren, seguro que habría reconocido a mi madre y a mis hermanas en las mujeres a las que aquellas daban vida. Al igual que las innumerables marginadas de nuestra ciudad —la ciudad de las iglesias—, aparentemente tan serena. Como las madres solteras que vivían a la vuelta de la esquina en la Kanonstraat, en sus viviendas sin ducha ni lavadero. O las «mujeres del lunes» en la misma calle, que tenían en sus escaparates figuritas de porcelana blanca y rosa de bailarinas de cancán y tortolitos de estilo rococó (las mujeres con abanicos en miniatura entre sus dedos de porcelana y los hombres con calzones rematados con un lazo a la altura de la rodilla) y que sin duda recibían también en otros días, pero más el lunes tras el decepcionante fin de semana. De mañana temprano, antes de que las tiendas se animaran, Kaj y yo nos las encontrábamos en la panadería, desmejoradas y despeinadas, como muñecas de feria con las que hubiesen jugado con rudeza unos niños malos.

O nuestro hermano Memo, el idiota de la familia que escuchaba a los Beatles con una radio sobre las rodillas, sentado en su silla de madera, escondido en el pasillo, debajo de los abrigos que colgaban del perchero. Ya se sentaba allí cuando yo era una niña, con la misma naturalidad que Úrsula Iguarán, la anciana centenaria de *Cien años de soledad* de García Márquez. Hace poco me pregunté cómo había acabado mi hermano en ese reino de las sombras, debajo del montón de capas y pieles malolientes. ¿Era un lugar de descanso elegido por él mismo? ¿O acaso Memo (el único de nosotros que había visitado a Henne en su último cumpleaños y que —varón de dolores— se echa a

sollozar cuando pronuncia su nombre) había sido enviado allí por mi padre, quien, al fin y al cabo, no soportaba a los bobos y al que le gustaba rodearse de cosas limpias y erguidas, o por mi madre (totalmente exasperada)? Pero estoy divagando. Entre la historia (juvenil) de Sophia Loren y la de mi madre había notables semejanzas.

Al igual que la Loren, mi madre se había criado sin un padre (y en la pobreza), en un entorno que la despreciaba y en una Europa marcada por la guerra. Al igual que la Loren, pasó de ser una niña flaca y muy tímida a una belleza despampanante, y al igual que la Loren se refugió en los brazos de un hombre mayor.

El año en que nací, esta actriz, que parecía personificar por sí sola la reconstrucción de Europa, ya era una estrella (había recibido un Oscar por su papel de madre en *Dos mujeres*). Ella sola parecía la reconstrucción hecha carne y se convirtió en el símbolo de todas esas mujeres que habían sido oprimidas por regímenes autoritarios en esta turbulenta Europa.

Sí, mi madre y mis hermanas se parecían a Sophia, y, al mismo tiempo, diferían de ella. Se parecían a todos los papeles representados, antes y después, por Sophia, como la Antonietta de *Una jornada particular*. Había un no sé qué en la manera en que fumaban, reían, hablaban, se quejaban y se sentaban juntas que las hacía parecer fuertes y a la vez débiles. En aquel entonces, yo no podía saber a qué se debía, y no lo sabía. Al mismo tiempo parecían cercanas y lejanas. Algo precioso que yo no lograba entender. Aunque esas reuniones también me inspiraban miedo; había algo opresivo en el humo que llenaba la habitación, en las orugas de ceniza de sus cigarrillos, que ellas quitaban con un golpecito o que se caían solas porque se habían vuelto muy largas, demasiado largas. Y en la indiferencia y la ausencia en el caso de Anna Alida de cualquier otro sentimiento que no fuera rencor, irritación o una manifiesta aversión hacia las cosas vivas y suaves. Como hacía la gata *Jojo*, cuando le rozaba las piernas dándole amistosos cabezazos: «Bah, bicho asqueroso, lárgate, maldita sea…», y que se propagaba y extendía sobre nosotros. Aborrecía nuestras manos, nuestras voces y nuestra repetida presencia. Oh, aquí estáis otra vez, decía cuando volvíamos de la escuela, incluso cuando habíamos estado mucho tiempo fuera y habíamos comido en casa de Henne, ¿ya estáis aquí otra vez? Ni siquiera disfrutaba de Libby, que era dulce como un conejito. Anna Alida había cumplido los cuarenta, y a finales de los años sesenta, un pitido agudo avisaba a las mujeres (amas de casa) de que para entonces se había acabado la mejor parte de su vida.

De vuelta a la Loren. Con su sexualidad adulta y su belleza tan generosa como terrenal, te daba la sensación de que algo hermoso podía salir de la pobreza, la guerra y la necesidad. Por ello, tanto

dentro como fuera de la gran pantalla, se convirtió en el símbolo de todas esas vidas en las que, más que la elección política por uno u otro bando, lo que realmente importaba era el puro instinto de supervivencia. Precisamente durante los años de la guerra, las mujeres habían sido imprescindibles: amas de casa, obreras, secretarias, enfermeras, madres, mujeres que trabajaban fuera de casa. Luchadoras, perseverantes y contenidas, con pasiones y deseos ardientes. Habían tenido que velar por el mantenimiento y el cuidado de la Vida Normal, en circunstancias en absoluto normales.

Por mucho que fregaran, gruñeran, temblaran, calentaran, burbujearan e hirvieran entre las cuatro paredes… («Estate quieta o te destrozo», susurra una voz en la oscuridad), una vez fuera, estas defensoras de la idea de la casa impoluta se sacudían el polvo de las faldas y seguían adelante con la espalda erguida y la barbilla bien alta. Hacia el ideal —a menudo ridiculizado, también por mí— de una existencia limpia, ordenada y segura. O al menos una en la que el buen nombre y el honor no se vieran empañados por algún loco decidido a sacar toda la ropa sucia a la plaza del pueblo. (Entonces se obviaba convenientemente la pregunta de quién había ensuciado la ropa o la había metido apretujada en la parte inferior de la cesta de la colada.)

Avanzamos, 1968, 1969, 1970. Lunes por la mañana. Ahí va Anna Alida, el fin de semana ha pasado y su rabia y resistencia se perciben por el modo en que arrastra la aspiradora, beng-bang, como un armadillo con correa, por el piso de arriba salvando todos los umbrales y golpeando los zócalos. Desde la habitación de los chicos, donde Memo y Kaj duermen en su litera metálica, pasando por el pequeño cuarto de Max forrado de placas de corcho (en su momento fue un trastero), hasta nuestra habitación, que compartimos Libby y yo. Por la irritación manifiesta con la que limpia la cuna de Libby, quitando delante de mis narices la sábana bajera de franela y el hule azul mojado, y vaciando el orinal en el que flotan excrementos y cordones espermáticos (las huevas de Henri).

«Lunes. Todo el mundo se larga. ¿Y a quién le toca recogerlo todo? ¿Quién se queda con la porquería, y los trastos sucios y apestosos?» «¿Y a ti qué te pasa? Dios santo, ¡te duele otra vez la barriga! Siempre el maldito dolor de barriga. ¿Es que no quieres ir a la escuela? Si supieras lo que me duele a mí.»

Más vale que sea sincera, guardo pocos recuerdos de mi madre como un lugar cálido y acogedor. Aunque su desamparo y su cólera impotente sobre el cautiverio sentido (por ella) me han dado a menudo ganas de gritarle, sobre todo cuando era mayor: ¡entonces lárgate!, también hay una segunda realidad a la que debo enfrentarme. A cambio de su cólera moderada, ella recibía (pequeños)

privilegios y los aceptaba, los cogía.

Si hasta ahora le he dedicado mucha atención al mundo reluciente, casi inaccesible de HEHH (pues me parecía fascinante, mientras que el mundo de bayetas y orinales de Anna Alida no me lo parecía en absoluto), es porque olvidamos y vilipendiamos con facilidad lo que nos resultaba cercano, pero carecía de prestigio o categoría.

Hacia el final de su vida, mi madre hablaba de sus humillaciones en recuerdos que brotaban como gases de pantano. La mácula de no haber tenido un padre, y la consiguiente cruda pobreza y hostilidad, el perenne rictus de la dentadura de su madre en un vaso de agua sobre la mesilla de noche, como la mueca burlona de Yorick (*Aquí colgaban los labios que besé*). Y cómo mi padre en sus inicios no lograba elegir entre «sus» dos mujeres. El abuelo Holbein tuvo que pasarse un día por la casa para poner orden en el caos. Con gesto desabrido rompió su bastón golpeándolo contra el suelo. «¡Se acabó! ¿Con cuál te quedas: con esta o con la otra?»

«De pequeña, no tenía nada —decía mi madre—. Jugaba a ser carnicera con animales de azúcar duros como la piedra, "buuuu", les cortaba la cabeza, "buuuu", otro sin cabeza, o a ser maestra, y los alumnos eran botones —decía hojeando con avidez mis libros de texto —. De haber nacido ahora, lo tengo claro. Me habría ido hace mucho…»

A principios de los setenta, Lombok cambió drásticamente de aspecto. A raíz de la construcción del centro comercial de Hoog Catharijne, repleto de lustrosos establecimientos, la otrora centelleante calle comercial, donde Libby y yo nos asomábamos a la ventana del mirador para ver el escaparate de la juguetería De Poort en la otra acera, se convirtió en la calle mayor empobrecida de un barrio desfavorecido. A principios de los años ochenta y en torno al año 2000, cuando todas las grandes ciudades de Holanda iniciaron la renovación urbana, nuestro barrio también estaba en la lista para ser remodelado y reformado.

En el salón, HEHH está junto a la ventana, carraspea y se lima las uñas.

Era un señor, nosotros lo considerábamos un señor, mientras que nuestra madre, Anna Alida, solía ser banal y vulgar…

Aún siento respeto por el hermetismo, el brillo metálico o la cuidadosa alineación de objetos que, desde mi punto de vista, forman parte de los pertrechos de un «perfecto *gentleman*». El bolsillo interior de una chaqueta, de corte perfecto. Una corbata de seda con estampado de cachemira. El erotismo estilizado de los trajes masculinos (camisas recién planchadas y gemelos de metal noble con una rayita…, en el cuarto de baño jabón de afeitar, Aluin, De Vergulde

Hand, en el borde del lavabo de porcelana blanca), el teatro completo de masculinidad de guante blanco que tan a fondo se ha investigado en libros y películas como *Bright Lights, Big City, American Psycho, Éxito a cualquier precio, Wall Street, El lobo de Wall Street* y *Shame*.

Tengo nueve años y estoy junto al escritorio metálico de mi padre en su despacho del Varkenmarkt, totalmente fascinada por las cosas que hay allí; como una creyente que toca una falange de Moisés, unas pajitas de la cuna del niño Jesús o algunos pelos de la cabeza de Nuestra Señora. La agenda de cuero de color coñac marca Succes, la pluma Parker azul oscuro, la pila de papel blanco inmaculado formato DIN A4, sin las puntas dobladas. El archivador, alto y estrecho, con llavecita… Incluso la funda gris plateada de la máquina de escribir; todo denota orden, control, dominio.

Es el verano de 1972 y, muy lejos de la imprevisible Anna Alida y de sus amenazas («Un día acabaré con todo, saltaré de la ventana, ¡ya veréis, ya veréis! Y entonces os las tendréis que apañar solos con toda esta mierda»), escribo mis primeros cuentos en la Remington Rex, utilizando cosas extinguidas desde hace tiempo como el papel carbón y el Tipp-Ex. Mientras la señorita Nijssen, una mujer soltera que trabajaba en la universidad y tenía bastante influencia en el departamento del Centro para Análisis de Datos, me protegía contra «la energía sexual nómada» de los hombres.

No sé si 1972 fue también el año en que mi padre empezó a interesarse por su secretaria. En el archivo familiar (cajas de cartón que van rotando con intervalos cada vez más cortos de desván en desván entre Max, Kaj, Libby y yo) hay una foto de una mujer joven con el pelo rubio dorado recogido. Está sentada en el escritorio de mi padre y lleva un vestido de lunares azul celeste y medias: este cruce entre Peggy Olson y Joan, la bomba pelirroja de la agencia de publicidad Sterling Cooper en la serie de televisión *Mad Men*, no debía de ser mucho mayor que Henne o Toddie, unos veinticinco o veintiséis años.

En casa circulaban chistes sobre el altiplano donde se recogería dentro de poco a las mujeres como mi madre, Anna Alida, que habían sido hermosas y fértiles, y donde, privadas de cosas como el intelecto, la capacidad de relativizar y el sentido del humor, no harían más que esperar hasta que los buitres, que ya trazaban círculos sobre sus cabezas, descendieran para sacarles los ojos muertos y arrancarles las lenguas destetadas de frases.

Mi madre sentía una mezcla de odio y temor por la menopausia, que le habían vendido como una trenza de espacio y tiempo larga, fina y sumamente fuerte, anterior a un suceso terrible. Una quema de viudas o el abandono en un bosque desprovisto de cualquier sonido humano o animal.

En aquella época había peleas.

HEHH: «¡Cállate, cierra tu asquerosa boca de una vez por todas, *Aleid*!». (Mi madre odiaba que la llamaran Aleid.) «No te hagas la mojigata, antes no le hacías ascos.» Y por la manera en que él lo decía quedaba claro que se refería a todo lo vulgar de mi madre, y yo me avergonzaba al pensar en aquello a lo que antes no le hacía ascos y ahora sí, y a mí también me parecía ordinaria.

Todos formábamos parte de un sistema en el que desempeñábamos un papel (o coincidíamos con él) de acuerdo con unas órdenes y normas estrictas. Aunque esas reglas no estuvieran escritas en ninguna parte, permanecían tan presentes como las leyes del Código de Ur-Nammu esculpidas en las tablas de terracota o las del Código de Hammurabi grabadas en su estela de basalto. Y eran tan exigentes y monolíticas (y a veces tan monstruosas) que parecían encontrarse entre las leyes más antiguas de nuestro mundo (mujer, serás deseada, pero no desearás. Mujer, cuando envejezca tu seno y se inicie el deterioro, entrarás en el reino de las sombras que te haya sido asignado, en silencio y sin oponer resistencia).

Sin embargo, ¿y si todo lo que has aprendido y visto del amor, la ternura y el cuidado hubiera cobrado vida allí por primera vez (¡y con tanta fuerza!)?

La respiración suave y entrecortada de Libby… Kaj en su cama, rodeado de decenas de peluches, pues como decía la canción… «*If you go down in the woods today, You'd better go in disguise*». Toda esa casa en la que se escondía el poderoso mundo del mago. Fuera estaban las tiendas, la panadería con bebés de azúcar, de color azul y rosa, en sus cunitas de mazapán debajo de crujientes mantas de mazapán, y bollos de crema con azúcar glas, y mis dientes que se hundían en la masa tostada y se sosegaban en la cremosa capa de vainilla, la carnicería, con las carcasas abiertas y colgadas de ganchos, los trapitos Raké y los caramelos Raké, la tienda de bicicletas, la ferretería, la pescadería Van Vos, que también era una tienda de ultramarinos que vendía semillas de comino, jengibre y pan de gambas sin freír, durísimo, y donde los pescados plateados se amontonaban en recipientes debajo del mostrador de grueso cristal, los sonidos de los coches, camiones y autobuses, las temblorosas arañas de cobre que colgaban del techo como pulpos flotantes y solidificados, los cuadros de la pared, los pájaros tropicales en la jaula (diamantes cebra, camachuelos, bengalíes rojos, bengalíes cebra, dos capuchinos del Japón, un canario), y los muebles: el tresillo de escay con cojines de tartán turquesa, la mesa de salón de teca y el cenicero de pie —un recipiente de esmalte color crema con motivos de flores y un pulsador, donde todos los miembros de la familia Holbein echaban la ceniza (salvo nosotros, por supuesto, los tres últimos, los peques, los chiquillos)—,

en cuyo interior se escondía un genio que se daba un banquete con el suministro incesante de colillas. Los lunes (días fríos y deprimentes: dentro, el ruido de la aspiradora, fuera, el estrépito de camiones de la basura) le echaban agua hirviendo a la ceniza, un olor ensordecedor, y aparecían campos de exterminio de colillas que flotaban como orugas marrón grisáceo en un estanque de tabaco castaño fangoso.

Y Anna Alida y sus hijas Henne y Toddie alrededor de la mesa de espiritismo, como grandes cantantes del infortunio y la esperanza.

Por siempre jamás, por los siglos de los siglos…, periodos de abundancia, de atronador silencio y negación. Mira, aquí se hundían las rodillas de nuestras predecesoras en la esterilla de coco, aquí debajo de la escalera había una niña desnuda y expulsada en el rellano, apretando un piano infantil de color rojo contra el pecho, aquí cavaban y hurgaban los hijos de HEHH, sus primogénitos (de los que en este relato nos preocuparemos tan poco como de Sebastiaan, el apreciado amigo de la familia, pero abandonado rápidamente), en los cubos de la basura en busca de croquetas tibias o de un mendrugo de Lubro (el pan de fábrica que se endurecía hasta resultar incomestible con increíble rapidez), aquí, uno de ellos se golpeó la cabeza sin querer contra la pared. Aquí también se cantaba la gloria del sexo femenino, la cavernosa profundidad aterciopelada del coño goloso, la hucha, el trasero, y Libby y yo éramos las almejas («Niña, ven aquí con esa almeja…, ¿qué demonios estás haciendo?, venga, no te andes con remilgos…, soy tu padre»). Aquí ardían y bailaban las goteantes velas de cera de las temblorosas ramas de un majestuoso árbol de Navidad, cantaban los coros rusos el «Stabat Mater», mientras el nunca bien ponderado maestro HEHH grababa con un cuchillo las estaturas de sus numerosos descendientes en el marco de la puerta de pintura descascarillada, como hacían miles de padres. Aquí nacíamos, crecíamos y madurábamos los descendientes jadeantes, admiradores y meones, aquí las puertas de nuestros dormitorios tenían cerradura, un cerrojo de hierro en el marco, aquí trasteaban los ratones; cuando callaban, nosotros encontrábamos sus esqueletos detrás de un tubo de la calefacción o entre las hojas de metal de una tostadora de pan; si los apretabas con fuerza, se te pulverizaban en la mano.

Aquí también, alguna vez, excepcionalmente inaccesible, el calor del seno materno.

Y en la mesa, las mujeres.

—Me pica la raja, el chocho, la concha —dice Toddie.

—¡Ejem, ejem! —carraspea Henri.

—Me cago en todos mis muertos, no seas tan ordinaria —le dice Anna Alida.

Luego toma un sorbo de café y le da una calada al cigarrillo.

—Yo no soy así, soy muy distinta —repiquetea Henne—. Yo siempre he tenido mis bajos bien limpitos…

La que esto escribe, sentada con las piernas dobladas sobre el sillón con los cojines a cuadros, hace como si leyera, pero escucha. Puede que algún día llegue de verdad la comprensión.

¿Cómo desenmarañar y descifrar el tejido de la propia existencia, el código del propio cerebro? Sin tener conciencia aún de lo que un día se convertirá en un recuerdo insoportable: no la boca que aprende a cerrarse alrededor de lo que se le ofrece, un helado de corte Jamin, un caramelo que cambia mágicamente de color o el pene de Holbein (y, todo hay que decirlo, con un encanto asombroso y un talento realmente «natural»). Sino el triunfo sobre el hermanito muerto y Anna Alida. Y el desarrollo continuo, fuerte, aunque sesgado, de la capacidad de observación. Por ejemplo, para el ojo (azul grisáceo) de Príapo en su capucha textil azul claro, que en el caso de los mamíferos machos suele ser un pliegue (bolsa) que cuelga fuera del cuerpo y que *The Concise Gray's Anatomy* describe del siguiente modo: «De piel fina y arrugada, marrón o rosada, cubierto de folículos de grasa y algunos pelos ensortijados y rizados».

Recuerdo una resistencia como de caucho y con cierta regularidad también un cambio curioso y llamativo que en la ingeniería de materiales se denomina transición o transformación de fase, relacionado con variaciones mínimas de la presión y la temperatura.

En mi boca, el sabor de la cola blanca.

La historia en la que estamos presentes parece siempre la más genuina. Al mismo tiempo, es la que desde nuestra perspectiva se asemeja menos a una historia real.

Si alguien me preguntara un día lo que intento comprender y descifrar con mis obsesivas anotaciones en libretas Moleskine, con mi bolígrafo BIC azul y la tinta fluida del pulpo sobre la hoja llena de fibras de madera de color beis o del color de la orina (nunca del blanco más blanco, pues eso cortaría el aliento, se atascarían las palabras, y el bolígrafo se quedaría en el aire)…, si me preguntara lo que quiero decir con mis divagaciones en los márgenes (garabateando sin parar, con el mismo afán que el Lazarus de David Bowie en *Blackstar*, sobre el libro, fuera del cuaderno, sobre el tablero y sobre las patas de la mesa)…, si me preguntara por qué forro armarios y puertas, recorto insectos, seres articulables, flores carnívoras y *Obras de arte de la Naturaleza* de Ernst Haeckel, de los viejos libros de arte de HEHH…, o lo que pretendo con esta historia de la que formo parte, le diría que es una búsqueda continua de lo que significa «hogar», y para quién. Qué es, qué era y qué podría ser en el futuro. A lo que debería añadir que para ello debo representar y evocar *mi* casa, su patología,

en muchísimas historias y en una repetición (rítmica y ritual) que se parece a la de los fractales. Como el rompecabezas que era, un laberinto, la cara oculta de la luna.

Anna Alida:

—Dentro de poco no me volveréis a ver el pelo. Si de mí dependiera, dejaría toda esta miseria y me largaría hoy mismo.

HEHH:

—¡Venga ya! ¿Y adónde ibas a ir?

No, no creo que los Holbein fuésemos nunca una familia normal. Aunque tampoco creo que fuéramos tan excepcionales. Reinaba el caos y la confusión; nosotros y nuestras historias evidenciábamos cierta dislocación y alteración, teníamos una personalidad disociada.

Un día, siendo yo ya adulta e incluso madre de una niña, invité a mi madre Anna Alida a mi piso para exponerle mis sospechas y titubeantes descubrimientos sobre la causa de mis pesadillas no carentes de interés, pero sobre todo angustiosas —criaturas con tijeras en lugar de extremidades, una oveja con dientes resplandecientes, escaleras sin fin, carne cruda sobre los peldaños—: la vieja vida con el Minotauro. En aquella ocasión, ella se derrumbó entre sollozos.

Estaba sentada en el suelo delante del armario del contador (dentro había unas patatas con brotes que me daban miedo), las dos estábamos sentadas en el suelo, y ella se alejó cruzando el pasillo a gatas, de lado, como los cangrejos. Con su vestido de flores, medias beis y zapatos de tacón.

Dígame. *What is a girl to do*?

Esa fue la última vez que Anna Alida vino a visitarme. Después no volvió, me decía que no podía encontrar mi casa, que no lograba recordar en cuál de los cuatro bloques de pisos vivía. En aquella época, el puente entre nosotras ya estaba cubierto de hielo resbaladizo. Periódicamente, la dejaba acercarse a mi hijita, con la que se iba a comer *poffertjes* en el Victor Consael, en la época en que el famoso local de tortitas aún se encontraba en el centro de Utrecht. O al teatro de títeres de Nieuwegein, donde las marionetas de Jan Klaassen y de su mujer Katrijn se perseguían en un teatro de tableros y cartón piedra. Y cuando yo iba a recoger a mi hija a la hora convenida en pleno centro comercial, intercambiábamos miradas amables y educadas durante la entrega. «Ha sido muy divertido —me decía ella —, hemos comido unas *poffertjes* deliciosas.»

Hoy en día casi nunca digo que quería a mi madre. Me da miedo sonar demasiado sentimental o fingir un sentimiento o repetir que en

otro tiempo fue de verdad (y que, al igual que el emperador del cuento del ruiseñor chino, me conformo con una copia brillante, la falsificación de lo auténtico). A veces revivo ese amor cuando observo las vacas apelotonarse en un prado, o cuando Oleg y yo pasamos cerca de la vagabunda de la calle comercial. Es una mujer de unos setenta años cuyo rostro no se parece en nada al de Anna Alida. Sus rasgos son toscos y duros, carecen de belleza, no tiene nada de una dama, con su larga chaqueta de punto marrón y su pelo corto y canoso que amarillea en las puntas. Desprende un tufo apestoso y camina como un pato detrás de un carrito de la compra, un carrito de tela escocesa que está repleto de botellas tintineantes, y *siempre* me sonríe cuando me ve…, y la idea de que es mi madre es tan fuerte que, cuando me cruzo con ella, los ojos se me llenan de lágrimas y me escuecen, sí, allí está mi madre, mi vieja madre, y es una sin techo.

5. EL MINOTAURO

Hay unas cinco fotos de Henri de antes de que se convirtiera en el Minotauro. En la más antigua es un bebé sobre una alfombra peluda. En otra se ve a un niño sentado en un pupitre de la escuela. En las otras tres fotos, en las que debe de tener diecisiete, dieciocho y diecinueve años, se le ve siempre en medio de un grupo de hombres jóvenes, compañeros de clase, estudiantes de un instituto de formación: el seminario mayor, o quizá antes, la escuela secundaria en Nimega. Fueron tomadas en días soleados con sombras cortas y una luz dura en la que los ladrillos de los edificios se perfilan uno por uno. Mi padre, Henri, es alto, delgado y parece algo perdido. Sobre la frente, le cae una gruesa mata de pelo rubio castaño (qué sorpresa que tuviera pelo), mientras él mira la cámara con una débil sonrisa, que tal vez ni siquiera sea una sonrisa. Aunque se trata de imágenes en blanco y negro se ven enseguida sus ojos claros. En una de ellas sostiene un paño en las manos: acaban de fregar los platos. Delante de él, sobre una mesa, hay tazas blancas puestas boca abajo. En una gran tina de zinc hay botellas. Se le ve limpio, joven y fresco en estas fotos (en las que no aparece ninguna mujer). Lleva una camisa blanca, una corbata y, en la imagen con la vajilla fregada, incluso luce un gabán. Sí, todo está tan limpio…, las copas relucientes, las caras de los alumnos, las botellas enjuagadas…

Melancolía, duelo, un sentimiento de pérdida o de pesar no bastan para describir lo que me evocan esas fotos. Fueron tomadas a principios de los años treinta, ¡y aún tienen que pasar tantas cosas! Sin embargo, lo que sucederá ya se va posando en el tiempo y formando capas, como las conchas y los esqueletos de peces triturados que dan origen a montañas calcáreas con cumbres nevadas.

El 7 de enero de 1933, cuando el joven Henri de dieciocho años posa con su sonrisa torcida y su paño blanco en las manos, en los Países Bajos sale la primera edición de la revista *Volk en Vaderland* del partido fascista NSB. Antes de que acabe el mes, el presidente Hindenburg habrá nombrado canciller a Hitler. El 20 de julio, el Vaticano estampa su firma en el concordato con la Alemania nazi. Ese mismo año, en Dachau se completa la construcción del primer campo

de concentración para presos políticos.

Es como si estas fotos me hicieran oír una melodía. La llamada de un futuro próximo (en el que se reflejará un pasado lejano y aristocrático que se convertirá en un tótem). El tarareo de alguien con la boca cerrada que canta una canción entre dientes. Esta canción podría calificarse de aterradora, penetrante o incluso sublime. Sin palabras, esa voz cuenta de guerras y amor y cuerpos que se entrelazan; de arañas de techo, velas de cera y números primos; de tierra, fuego y viento, y de lo que desaparece en ese fuego: gente de ceniza que vive en casas de ceniza. De esas cosas que todavía no han sido inventadas y las fantasías que cobrarán vida. Es como si viera a los miembros de una orquesta antes de que suenen las primeras notas de una sinfonía inquietante. Y entre ellos, un miembro aislado —con el trazo fino y nítido del lápiz 9H (mucha arcilla, poco grafito)— y también el proyecto de su modesto laberinto. Con el polvo que se posará, la arena sobre el suelo y los libros que serán leídos y escritos…

Y Henne y Toddie, que un día serán las primeras en entrar cándidamente en el laberinto.

Creo que nunca averiguaré cuándo empezaron exactamente las visitas de HEHH a Henne y Toddie. Debían de ser muy niñas. La memoria se pierde en el tiempo, y lo que nos trae son más explosiones de olores, colores e imágenes que un lenguaje o una historia coherente (ahora lo sé).

Dudo que la existencia del Minotauro fuera una sorpresa para ellas. En cualquier caso, debieron de saber muy pronto que rondaba a su alrededor; un Dios viajero, por así decirlo, que les traía todo lo paterno que ellas han conocido en su vida (y que a veces podía resultar curiosamente consolador).

«El mes de cosecha es el último mes antes del invierno, el mes de la matanza es el primero del invierno, después llega el de las heladas, el del carnero, luego el mes seco, al que sigue el de las nieves y después el último mes del invierno. Entonces llega el mes del cuco y la época de siembra, luego el tiempo del huevo y el tiempo del cordero, y después el mes del sol o del prado cuando se inicia la siega, y le sigue el mes en el que se cosecha el trigo.» Al igual que en la *Edda*, nuestra casa tenía largos inviernos.

HEHH (con el rostro enrojecido y una hilera visible de dientecillos blancos en la mandíbula inferior) derrama su semen en la boca de una niña de ocho años y el resto en un pañuelo.

HEHH (con el rostro enrojecido y una hilera visible de dientecillos

blancos en la mandíbula inferior) derrama su semen en la boca de una niña de diez años y el resto en un pañuelo.

HEHH (con el rostro enrojecido y una hilera visible de dientecillos blancos en la mandíbula inferior) derrama su semen en la boca de una niña de doce años y el resto en un pañuelo.

Anna Alida:

—¿Qué demonios hacéis en la habitación de arriba? ¿Qué le pasa siempre a esa niña?

HEHH:

—Maldita sea, Aleid, deja de entrometerte…, solo le doy clases de dibujo.

(¡Sí, madre, métete en tus asuntos!)

Pañuelos de caballero de tela blanca o azul, algodón cien por cien, de cuarenta por cuarenta centímetros, con rayas de color gris o añil y un fino dobladillo…, ¿quién los conoce o utiliza todavía? Sin embargo, dicen muchas cosas. Por ejemplo, los romanos ya usaban ese tipo de paños (con nombres como *orarium, sudarium, focale* y *amictus*), el poeta Gayo Catulo los menciona en sus escritos (aunque no indica para qué servían). Sobre el *orarium* se puede encontrar lo siguiente: servilleta, pañuelo (*Vetus Latina*), también prenda de vestir utilizada por el diácono en la Iglesia ortodoxa oriental. Del *sudarium* (sudario o *manipulus*) se sabe que era un paño de fina calidad para secarse el sudor (que a veces servía para proteger a su portador contra las enfermedades contagiosas) o como complemento decorativo que la gente de prestigio llevaba elegantemente en la mano. En concreto, el *sudarium* hace referencia a dos importantes reliquias cristianas: el Sudario de Oviedo (que se conserva en la catedral de Oviedo en el norte de España), un lienzo de 84 × 53 centímetros del que se dice que fue utilizado para cubrir el rostro de Jesucristo después de la Crucifixión y sobre el cual no se puede ver una imagen, sino solo manchas (aunque bajo el microscopio se aprecia mucho más), y el Sudario de la Verónica. Según la tradición, cuando vio a Cristo en la cruz, Verónica se compadeció de él y le ofreció este paño para secarse la sangre y el sudor de la frente, de tal modo que milagrosamente su rostro quedó impreso en el pañuelo. Este lienzo, también llamado el Velo de Verónica, se encuentra en la basílica de San Pedro de Roma junto a la estatua de santa Verónica, aunque hay iglesias en Milán y Jaén que también afirman estar en posesión del lienzo.

Sin embargo, yo conocía sobre todo el sudario de HEHH.

Lo conocía cuando estaba limpio, lo conocía después de ser usado.

Si ya antes no lograba vincular las distintas apariencias de Henri

Elias Henrikus Holbein, ahora también tengo que esforzarme para comprender que todas ellas, en realidad, pertenecían al mismo ser. En esos momentos, me parece casi imposible y se me antoja un error.

He de admitir, no sin asombro, que todo solía suceder de forma muy bien orquestada. HEHH debió de experimentar mucho con mis predecesoras Henne y Toddie, y a través de ellas debió de adquirir muchos conocimientos sobre lo que motiva a los niños. Qué les atrae, o al menos no les asusta, y cómo se puede moldear o alterar su percepción.

A ello hay que añadir que mi percepción de la realidad fue cambiando mucho de los cuatro a los cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once y doce años. Estas diferentes edades ofrecían ya de por sí una experiencia distinta, y además el Minotauro se movía con desenvoltura y descaro entre ellas. En nuestra casa de la Damstraat había asimismo una vida diurna y una nocturna claramente separadas entre las que no existía ninguna conexión. Lo que pasaba de día conservaba sus bordes y no perdía su color luminoso. Aunque algunos de estos colores no se mezclaban con los del salón o la cocina, y otros, que tenían un toque fresco, solo estaban vinculados con las estancias solitarias en las que no entraba Anna Alida. La habitación de la mañana, en la que Henri nos vestía a Libby y a mí, donde nos ponía y nos quitaba las braguitas y hundía su boca y su nariz con fuerza en nuestro monte de Venus y nuestros labios vaginales para soplar «burbujas», y se ponía de mal humor si no nos estábamos quietas. O el cuarto de baño, donde, sin vacilaciones ni formalidades, sus dedos de uñas ovaladas limadas a la perfección nos sacaban las lombrices del ano (solíamos tener lombrices) y si estábamos estreñidas (también nos pasaba a menudo) utilizaba la alcachofa para darles «un empujoncito» a las cacas duras (y no pocas veces sucedía que el túnel donde se encontraban era penetrado por su afilado dedo índice). En el pasillo o en la escalera recibíamos a veces un repentino mordisco en el cuello o un fuerte pellizco en los tendones de la nuca…

No obstante, ninguno de esos momentos tenía algo que ver con los otros indescriptibles (inexpresables) e imponentes momentos «sagrados», que se producían en una «negrura» espesa, sólida y vaciada de toda humanidad en un espacio en el que nos adentraremos enseguida, te ruego tengas paciencia.

Por cierto, también había días que avanzaban a rastras, en los que no sucedía nada especial. Las pausadas tardes de miércoles. Mi madre Anna Alida dormía tumbada en el sofá. Henri Elias estaba en su despacho, Henne y Toddie en sus casas, Kaj con un amigo, Libby con una amiguita en la Kanonstraat (con lo pequeña que era correteaba hacia allí), donde la madre de su amiguita la metía en una tina de zinc

y la lavaba; después volvía empolvada y perfumada con lazos y cintas en el cabello lleno de tirabuzones. Yo me quedaba en silencio, sentada a la mesa del comedor, e intentaba pintar un bosque de verdad con rotuladores fibrosos sobre el papel lleno de pulpa de madera de un cuaderno. Uno de esos bosques de coníferas, pinos y abetos. Sin embargo, con los rotuladores no conseguía nunca captar el misterio y la profundidad envolvente de un auténtico bosque, y dibujar la nieve también resultaba problemático. ¿A qué se debía (esa era una pregunta que me torturaba de verdad) que consiguiera hacer las cosas más oscuras, pero no más claras? Mi madre roncaba un poco, ggrrrr-grggg, llevaba puestos sus pantis, y en las plantas de los pies, que estaban grises del polvo, había semillas pegadas. Cuando HEHH volvía a casa, había animación, expectación, alegría, y enseguida un sentido de la propia importancia. Mientras que mi madre podía mostrarse exasperada conmigo («¡Sal fuera de una puñetera vez! Estoy harta de que estés siempre metida en casa, ¿puede saberse qué te hacen los demás niños?») o ignorarme, mi padre no hacía eso. O al menos, empezó solo mucho después.

Por eso tardé tanto en atreverme a abrir la pesada puerta de la habitación más oscura. Un lugar donde, como en una lóbrega iglesia o catedral en lo alto de una colina, nunca pudo existir otra cosa que no fuera el supremo respeto y la certidumbre de la cercanía de Dios, o en cualquier caso de un ser vinculado directamente a lo más alto (y a lo más bajo).

Sí, lector, ahora tengo que entrar…, verás, la cuestión es que en otro tiempo formé parte de un vasto reino.

* * *

katiqiwa Ka-ti-qi-wah- (*sustantivo, invariable*). Nombre de un universo que surgió a raíz de una fuerte explosión en la atormentada mente de M. M. Holbein, en torno a 1966 o 1967. Posiblemente Toddiewoddie y Henne Fuego ya loconocieran en 1950 o 1951 con el nombre de *Culoqiwa* o *Chochoqiwa.*

Aunque tuviera a mi disposición todas las pieles, carne, sangre, huesos y músculos, todos los metales y herramientas, todos los rotuladores y materiales de lenguas del mundo, aunque fuera una maestra en todos los ámbitos, creo que no sería capaz de hacer un dibujo del Minotauro y de su laberinto. En primer lugar, porque el Minotauro no aceptaba (o no tenía) ninguna imagen; se mostraba solo en la oscuridad. En segundo lugar, porque la vista era un sentido

superfluo e inútil que no se utilizaba durante los encuentros. De todas formas, sucedía algo curioso e incomprensible con los sentidos: se confundían y se enredaban. Ojo y oreja, nariz y boca, lo interior y lo exterior, cuarto y cuerpo, arriba y abajo, los números 1 y 2…

A veces, en esta negrura aparecía el pequeño círculo blanco de la carita de Libby, pálida y con la boca abierta, que era negra; llevaba un camisón de puntas bordadas… O surgía un corderito (una calcomanía sobre la cómoda), o durante un segundo había una luz naranja en forma de gota. Sin embargo, ninguna de esas imágenes o ráfagas presentes por un instante muy breve, que quizá parecían susurrar que todavía había elementos de la vieja vida en el lugar, ninguna de esas fugaces llamaradas y percepciones mías (y que tal vez solo existieran en la parte interior de mis ojos) tenían nada que ver o que decir sobre quién era yo, quiénes éramos, el Minotauro y yo, en este Katiqiwa, en momentos que parecen haber abarcado siglos en un tiempo y un espacio no humanos.

¿Cómo puedo darte acceso a este laberinto en el que vivimos sucesivamente las niñas Holbein, y pedirte que entres cuando yo misma titubeé tanto tiempo y (con toda franqueza) necesité la caída de Henne para hacerlo? ¿Y cómo debo empezar a narrar esta estancia? ¿Con las paredes a través de las cuales se evaporaba el Minotauro a la velocidad de la luz, aunque él fuera *antiluz*? ¿O con la alfombra como un mantel de altar impregnado del olor de nuestra caca y nuestro pipí? ¿Con la lámpara de techo que antes de ir a dormir iluminaba brevemente nuestro dormitorio de niñas? En la pantalla de lino, Pinocho era perseguido (o precedido) por *Cleo*, el grandioso pez de colores, supernaranja, nadando y volando, y detrás se arrastraba el negrísimo gato *Fígaro* sobre sus patas de terciopelo. Aquí, él nos llevaba a la cama, nos arropaba y nos daba el beso de buenas noches (tic de las tijeritas, tic del peine, plof de la pluma) para despertarnos en medio de la noche (el pestillo con el que la habitación estaba cerrada herméticamente se abría con un clic de la puerta), y ponernos, adormiladas, sobre el orinal… (el olor de la Nivea, el olor de Tabac Original, el olor de la orina, a veces una caca empujada que caía en el líquido con un ¡plof!, gotas que salpicaban, la calcomanía de las flores sobre el reborde, el plástico apretado contra las nalgas calientes…). Y Henri desaparecía y se disolvía, y en algún lugar en el impenetrable azabache: una fría corriente de aire, un finísimo resquicio de luz que desaparecía y también se disolvía, y entonces entraba el Minotauro. O quizá no entraba, sino que emergía de la oscuridad que podía cortarse y palparse de tan abarrotada que estaba de átomos y moléculas que la *materia* del Minotauro tenía por fuerza que surgir de esa enorme presión, una presión que, al ser él excesivo, tenía que ser transferida por él a la otra materia.

Porque, verás, esa era la habitación de la que no se podía hablar. Un lugar tan denso y sólido como un órgano, con células tan abundantes, húmedas y palpables que el lenguaje resultaba pobre e inútil. Donde no existían los libros y donde gobernaba el Minotauro, solemne, sabio, completamente solo. Allí, él se encontraba encima y detrás de los muros y corría como el agua sobre el suelo…, allí, sus dedos se extendían sobre las paredes y él penetraba en todo lo que existía. Era aliento, nacimiento, vida y muerte. Para transformarse, solo al alba, en el magistralmente hábil, pero apenas reconocible debido a su secreto brillo nocturno, Henri Elias Henrikus Holbein.

¿Qué puedo decir sobre el respeto que acompañaba a la vida allí, en ese espacio con el papel pintado animado y que se estremecía por los suspiros, los gemidos y los resuellos? Horror y opresión, silencio sepulcral, hebras de lana de la alfombra en los labios, mientras que el Minotauro te cortaba en miles de millones de pedacitos negros, en cada trozo de confeti un segundo de eternidad en el que, durante un instante, privada de verdaderos sentidos, lo observaba con una mirada interior: maravilloso, maravilloso…

Esta madriguera de conejo de Escher dentro de la cual las células intranquilas buscaban conexión y disolución…, *dendritas, neuronas, folículos, átomos*…, donde se articulaba un antiquísimo alfabeto…, *patas, antenas, fragmentos de insecto, patas, antenas*…, y nuestros cuerpos se unían al del Minotauro…, aplastados y desgarrados durante el baile de estrellas centelleantes de células nerviosas convertidas en hebras rojas y verdes por las que corría nuestra sangre, espesa y lenta, como la savia de los árboles: la sangre verde. O sobre algo para lo cual no hay lengua. No a causa de lo enseñado por el Minotauro, sino de los momentos en que la respiración asume el control. Cuando el pobre pene que es el órgano sexual de un ser humano masculino penetra tan profundamente en los segmentos donde allí es reconocido y una noche incluso es bienvenido…, *presión, opresión, negro sanguinolento…, sangre cuajada de apestoso negro en el abdomen pesado y caído*…

Aquí, todos los olores y sonidos vienen de dentro, eres el bum-bum chop-chop de tus propios intestinos, la presión del peso pesado hasta que te conviertes en un planeta denso, todos los elementos comprimidos en uno. Eres el universo que implosiona y empiezas a existir al tiempo que te destruyen. Ya no eres un ser humano, sino un animal, una molécula…, caos, casada con el gran maestro del caos…, y enamorada hasta la médula, tan profundamente enamorada que tú misma te *carboquemas* en esta fragua en la que te refunden en una Alicia gigantesca.

Para a la mañana siguiente resucitar bajo la apariencia de una niña, y ser vestida como una niña por el distinguido HEHH (por ejemplo, con mallas rojas, zapatos de charol y una falda plisada a

cuadros con un alfiler), para ir a la escuela pija donde aprendes a recortar flores con unas tijeritas y a hacer burritos perforando cartón con alfileres sobre una esterilla de fieltro. Y por Semana Santa, cantas el «Hosanna» con la anciana señorita Van Veen, *Van Veen, Van Veen, la seño con ojos que todo lo ven*…, y sollozas fervientemente con ella por la vida y la pasión de nuestro amado, *amado señor* Jesucristo.

¿Comprendes mi duda?

Me pasé eones en esta Katiqiwa y era apasionada y audaz, era muy atrevida. ¡Ah, cuánto deseo a veces volver a ese tiempo en que aún podía soportar cualquier situación! Cuando mi esqueleto humano tintineaba como un reloj (¡*yo* había sobrevivido a mi hermanito, *su* cráneo estaba destrozado, *no* el mío!) y cada despertar era un triunfo.

¿Humillada, decís? ¡Pandilla de idiotas! ¡No me humillaban, sino que me convertían en una reina del sol ardiente como las llamas! A todos los que hablan con desdén de la posición para la cual había sido elegida les grito: «¡Calumnias!», y les escupo: «¡Calumnias!». ¡Vuestro mundo infantil fue miserable y triste, el mío grandioso! Con un solo brazo, yo sacaba a los planetas de su órbita y en mis más profundas entrañas se vaciaba el poderoso Dios que me servía humildemente. A mí, «la amantísima» (como todavía quiero creer a veces). Y al que desee denigrarme con su mezquina compasión, le mostraré mi mayor victoria: Jesús resucitó una sola vez, pues bien, yo con tan solo cinco años lo vencí, y lo hacía cada día de nuevo. Mirad cómo brilla mi alfabeto. ¿Acaso no hago cantar a los pájaros por las mañanas? Sí, mi papá-padre era el Minotauro, el Único Auténtico y Verdadero. ¡Así que no oséis destruirlo!

Seguro, de niña podía desencadenar el incendio mundial, si no lo hacía era porque deseaba contenerme. Aún hoy sigo conteniéndome. Primero tengo que ahogar en mi interior a la criatura sollozante. Esa llorona de las mañanas con su dolor de barriga que era incapaz de ver con qué dones había sido agraciada y qué regalos recibía. ¿Qué hago con ella? Con esa que se chupa el dedo, esa que se mea en la cama y que arranca la pelusa de la manta de lana…, esa niña pálida y regordeta que nunca se ha parecido a mí en nada: ¡Yo, la Poseedora de una Respiración Pausada y Simultánea, la Dotada de Movimiento Armónico, la Sepulcralmente Silenciosa Sombra de la Negrura de la Noche! No hemos de perdonarla, sino que debemos quebrarla, asfixiarla y ahumarla, puesto que es una fuerte decepción, indigna del reino de Katiqiwa. Un craso error y un cero a la izquierda.

Esto escribí hace poco. La tinta azul se desdibujaba por el papel mientras mi mano registraba por mí lo que yo no me atrevía a saber. Lo grandioso, lo imponente que era ese Katiqiwa, y lo pálida que ha sido en comparación mi vida posterior.

¿Lo captas?

Y qué puedo decir de las otras noches en las que me despierto asustada o no duermo en absoluto y en las que todo se vuelve de pronto tan completamente vergonzoso y ridículo. Miserable, grotesco. Una farsa.

Las picardías de nilón, compradas por Anna Alida en trapitos Raké de la Damstraat 44. El orinal con pipí que salpica por encima del borde. Libby y yo, yo y Libby juntas en un mismo dormitorio (una mirando, la otra desintegrándose, o al revés, rataplán, a quién le importa), y Max, que en el cubículo contiguo duerme su sueño adolescente, y el pequeño crucifijo encima de la puerta con el maldito Jesús doliente, ensangrentado, escupiendo sangre, ni siquiera vuelto hacia la pared decentemente, mientras debajo, la silueta se consagra a sus faenas, los ojos miopes y la nariz hundida en la lana de la alfombra para aspirar para siempre el sagrado olor del meado humano. O el aspersor que desde entonces está presente en la Sagrada Vagina también conocida como la tierna y suave vaginita, afortunadamente intacta mientras la otra entrada (siempre hay una entrada en un cuerpo) es examinada a fondo y profundamente.

Entonces se convierte en una película *snuff*. Tan perversa que, en adelante, las palabras y mi ser son la misma cosa obscena.

Sí, a veces deambulo por la oscuridad, con los brazos extendidos, con un deseo miserable, un terrible anhelo, sintiendo que ya no existo; que estoy muerta, *perdida*, moléculas, *perdida*, allí no hay gravidez.

¿Y qué pasa cuando volvemos a estar a solas las dos? Risas homéricas. Nos tendemos, muertas de risa, una pata arrancada o un ala rota; ¿esto es tuyo? Reordenamos animadamente y recomponemos las diferentes piezas. Mochila, calcetines largos, cola de caballo. Gomas para el pelo con bolas rojas, mientras Anna Alida o Henri Elias nos hacen la raya perfectamente recta pasando la punta del peine sobre nuestro cuero cabelludo. Una mano en la cintura que con un breve movimiento nos endereza la parte superior del cuerpo: «Deja de menearte, estate quieta de una vez».

Nos arrastramos hasta el espejo…, ¡no se nos nota nada! ¡Somos inmortales, invulnerables, invencibles! Podemos caminar sobre una sierra dentada sin sentir nada. Somos grandes como una montaña, con mil tetas, mil culos.

¡Es asombroso todo lo que somos capaces de hacer! Se nos da muy bien guardar silencio absoluto, dejar que nos penetren sin decir ni pío y sin soltar un solo gemido. Leales y tenaces como soldaditos de plomo. Eso sí, somos capaces de llorar por un rasguño. Nos comemos las rebanadas de pan blanco con azúcar y no dejamos ni un granito en el plato. No desperdiciamos nada, balanceamos las piernas como siempre, no nos estamos quietas, nos reímos por cualquier bobada.

El terror es una cosa silenciosa que se acerca a rastras. No pregunta nada, no oculta nada. Es plenamente coherente consigo mismo. En compañía de su amiga, pura alegría.

Y aquí estoy, arrastrándome hacia el lugar que hasta el día de hoy despide su perfume de terror de orquídea amarilla, pasionaria y estiércol, en un intento por contemplar lo que fui allí: la última muñeca de la matrioska, con ojitos torcidos como una coma, la muñequita que ya no puede abrirse.

6. EL ALBERGUE DE TODDIEWODDIE

A veces, como por arte de magia, me golpea un vértigo, un mareo como si cayera rodando desde lo alto de una montaña. Y entonces me pregunto si es posible contar esta historia. Mis pensamientos se dispersan hacia los moscardones negros, negro azulado y verde joya que en los cálidos días de verano Memo quemaba después de haberles arrancado las alitas, frut, frut, con ejemplar rapidez (¿cómo demonios lo hacía?).

«Ji, ji, ji, ahora ya no podréis ir a ninguna parte. Ji, ji, ji, ahora ya no podréis salir volando.»

Después les hundía el cono ardiente del cigarrillo en el cuerpo hasta que empezaban a chisporrotear, tras lo cual giraban como minúsculos derviches emitiendo un zumbido nauseabundo.

¡Parad ya, parad ya! ¡Palmadla de una vez por todas, malditas moscas!

Me dirijo a mí misma: «No todo fue pura y continua miseria o abuso infantil. Admite que hubo fiestas y diversión. Veladas alegres en las que Anna Alida, después de haber bebido una copita de más, se dejaba empujar, entre risas, escaleras arriba por HEHH y, mientras le daba puñetazos nerviosos, gritaba que acabaría meándose de la risa. ("Ji, ji, Henri, para ya, basta, que si no me mearé encima.") Tardes en las que salían los olores más deliciosos de la cocina (y el cristal de la puerta se empañaba con un intenso vaho en el que podías escribir tu nombre), por lo que tu precioso corazoncito humano brincaba de oh, hogar-hogar-hogar».

Nada se reduce tan solo a un valle de lágrimas. Incluso un Minotauro tiene momentos en los que, una vez harto, se hurga con un palillo entre los dientes porque allí se le ha metido una hebra de chuleta. En los que se levanta y se estira bostezando para quedarse pensativo delante de la librería y sacar un ejemplar bellamente encuadernado y con cinta de registro y abrirlo en los discursos de Cicerón, «*O tempora, o mores*!». O en los que echa una cabezadita inocente en el sofá con la boca entreabierta. ¡Oíd, esos sonidos de ronquidos muy humanos!…

Además: qué hacer con el hecho de que incluso las circunstancias

extrañas y especiales y las situaciones inusuales pueden provocar aburrimiento e hilaridad. En serio, es un milagro, las cosas que nos parecen corrientes, aburridas o precisamente cómicas cuando somos niños y la mayor parte de nuestra realidad aún está determinada por otros. Este tiempo sabio, medio maduro, medio inmaduro en que estamos abiertos a un mundo que lo abarca todo.

«Infelices, pandilla de egoístas…, os machacaré las cabezas unas con otras y contra la pared —grita HEHH—, os haré polvo; yo os he creado y yo os romperé.» La idea de que quiera machacarnos la cabeza contra las paredes desvencijadas nos hace mucha gracia, y, reprimiendo nuestra risa, nos preguntamos por la viabilidad práctica de sus amenazas o la lógica de sus palabras, mientras confundimos el nudo de temor en nuestros estómagos con la agradable tensión que se puede experimentar viendo una película de terror.

Éramos un montón de escoria. Criaturas insignificantes. Despojos.

Entonces yo no sabía que el propio HEHH debió de sentirse pequeño e insignificante en algún momento, y puede que no me atreviera a saberlo. A fin de cuentas, fue él quien creó el laberinto (ese reflejo fuertemente oscurecido de su mirada y su mundo interior). Tal vez sus contemporáneos lo hubiesen encerrado allí antes. Deseamos que nuestros dioses sean grandes. Poderosos, imposibles de derrocar. ¿Quién nos protegerá si no son gigantes?

En un libro de John Gardner, *On Moral Fiction*, que encargué por algún motivo poco claro en el periodo del *Big Freeze* en la cabaña del bosque (para percatarme mientras leía de que no estaba de acuerdo con el autor en casi nada), había una historia bonita y amarga que compensaba el haberlo comprado y provocó, además, la adquisición de *Edda* de Snorri Sturluson (un libro que me dio muchas alegrías).

«En tiempos pasados se decía que Thor hacía un círculo alrededor de la Tierra Media, para vencer a los enemigos del orden. Thor envejecía año tras año y el círculo que ocupaban los dioses y los humanos era cada vez más pequeño. Wodan, dios de la sabiduría, fue a ver al rey de los troles, lo arrinconó y le preguntó cómo podía triunfar el orden sobre el caos. “Dadme vuestro ojo izquierdo —le dijo el rey de los troles— y os lo diré.” Sin dudarlo, Wodan le entregó su ojo izquierdo. “Ahora, decídmelo.”

»El trol le contestó: “El secreto es: ¡mirad con ambos ojos!”.»

Recuerdo los rituales sagrados de la Navidad, que en el hogar Holbein se prolongaba durante casi un mes entero. A principios de

diciembre vivíamos en un estado de febril tensión. Todo empezaba el 8 de diciembre (el día de la Inmaculada Concepción), cuando HEHH encajaba las tres vidrieras emplomadas, fabricadas por él mismo, entre los marcos de las tres ventanas del mirador: ciervos, la Virgen María con su aureola, una iglesia…, por lo que esta parte de la habitación se convertía en una catedral gótica con bóvedas de crucería, ojivas y arbotantes… Después, un sábado por la tarde, el gigantesco abeto era llevado por la empinada escalera (Max lo empujaba, Henri lo arrastraba, Memo gritaba), y, una vez cortadas las cuerdas, se desplegaba mágicamente y extendía sus ramas flexibles.

Tras pasar un día entero en el rincón del salón, majestuoso y misterioso, con la copa del árbol rozando el techo y aún sin decorar, le colgábamos los adornos. Las bolas (en las que se reflejaban las dos mitades del salón, aunque distintas: más rojas, con más colores y con brillo), las decoraciones de vidrio soplado que HEHH sacaba del papel de seda con ambas manos. Las casitas nevadas pintadas a mano. Piñas azules y verdes. Jilgueros y petirrojos con una pluma moteada, dos pajaritos plateados con colas de nilón blanquísimo sobre un alfiler también plateado y una cigüeña que se llamaba *Pedro* (pues, como nos enseña el cuento de Andersen, todas las cigüeñas se llaman *Pedro*).

Finalmente (para eso íbamos a buscar la escalera de mano), coronábamos el árbol con la elegante punta o ángel, las guirnaldas entre el verde oscuro como carámbanos colgando de las ramas, y el cabello de ángel de finísimo cristal con el que envolvíamos todo el abeto de abajo arriba formando una delicada tela de araña.

Solo el día de Navidad por la tarde se procedía a colocar solemnemente el pesebre. Con cabritas y ovejitas de piedra y con un niño «Jesú» de piedra, que se colocaba a las doce en punto en su cuna de piedra debajo de las ramas de abeto, que propagaban su delicioso aroma de resina por todo el salón, convirtiéndolo en un bosque fragante. A veces, yo sacaba de entre las ramas una de aquellas mágicas bolitas de resina. La frotaba entre mis dedos hasta romperla y al aspirarla me daba la sensación de que flotaba y formaba parte del bosque que por fin habían traído a casa.

Cuando me viene a la mente esta escena, puedo y quiero creer de nuevo que HEHH estaba tan dividido como yo y que, al igual que yo, deseaba esa duplicidad en la que era un padre y un monstruo (y un padre en cuyos brazos podía esconderme del monstruo), y no creo que me sienta mejor sabiendo que eran uno solo.

La niña que cree en los mitos y en la magia añora la vieja dualidad. Y se acuerda asimismo de la alegría vivida libre y verdaderamente, el traslado del alma y el poder atribuir un espíritu a las cosas más pequeñas e insignificantes. Yo quería a Henri Elias Henrikus Holbein, todos nosotros amamos a nuestro dios.

* * *

«Si analizamos los principios del pensamiento sobre los que se fundamenta la magia —escribe sir James George Frazer en su obra canónica de casi mil páginas *La rama dorada*, un libro sobre religión, costumbres y mitología que compré en 1995, justo después de que se publicara mi primera colección de cuentos (que fue alabada por su sentido de lo absurdo)—, sin duda encontraremos que se resuelven en dos: primero, que lo semejante produce lo semejante, o que los efectos semejan a sus causas, y segundo, que las cosas que una vez estuvieron en contacto actúan recíprocamente a distancia, aun después de haber sido cortado todo contacto físico. El primer principio puede llamarse ley de semejanza y el segundo ley de contacto o contagio. Del primero de estos principios, el denominado ley de semejanza, el mago deduce que puede producir el efecto que desee sin más que imitarlo; del segundo principio deduce que todo lo que haga con un objeto material afectará de igual modo a la persona con quien este objeto estuvo en contacto, haya o no formado parte de su propio cuerpo.»

Entonces no me paré a pensarlo, pero estos principios debieron de desempeñar un papel importante en la vida de nuestra familia.

Así, un buen día de agosto del año 1974 (cuando yo tenía once años), mi hermana Toddiewoddie (veintisiete), y segunda hija de Anna Alida, abandonó precipitadamente su vivienda en una de las mencionadas bocacalles de la Damstraat, vestida únicamente con una bata y unas zapatillas, y llevándose a sus dos hijitas (de ocho y cinco años), para refugiarse en la casa de acogida del padre Gerrit Poels, Huize Poels, de Tilburg, que había abierto ya en 1968 como refugio para los «pobres, adictos, confusos y desesperados». La precipitada huida de mi hermana formaba parte de una historia deprimente que quizá podría presentarse mejor como una alegoría, una anécdota o una parábola (que me he aplicado a menudo a mí misma como trampa, reflexión o advertencia) y la crónica (basada en hechos recopilados con dificultad) de una semejanza. Pues mi hermana —la salvaje y libertina Toddie, que según los residentes de nuestra casa parecía siempre «una gata en celo» y no podía evitar «abrirse de piernas», y que, a diferencia de la mucho más civilizada Henne, desde niña era un caso perdido— huía de un hombre.

En la película *La noche del cazador*, un largometraje de 1955 inspirado en hechos reales, el falso predicador Harry Powell (interpretado por un escalofriante Robert Mitchum) conoce en la cárcel a un atracador de bancos condenado a muerte. Para hacerse con el botín de su compañero de celda, entabla una relación con su viuda.

Con las palabras *love* y *hate* tatuadas en los nudillos, golpea y unge a los dos hijos del atracador, se casa con la viuda, a la que luego asesina, y después persigue a los niños.

Pues bien, perdóname mis palabras melodramáticas y anticuadas, pues no tengo otras: un cazador así era también ese hombre. Un ser maléfico y peligroso que, valiéndose de su efímero disfraz de persona honesta, abusó de las hijas de mi hermana. Ese mismo hombre las toqueteó y las sobó en el retrete, y una noche en que mi hermanastra, aquejada de fuertes dolores menstruales, le denegó el acceso a sus suaves y más blandas partes íntimas, él prendió fuego a la ropa de cama, tras lo cual la agarró por los pelos y, obligándola a echar la cabeza hacia atrás, la penetró violentamente. Ese mismo hombre, una mañana en que ella osó contradecirlo (como era habitual), se levantó de la mesa y sin pizca de compasión vertió aceite hirviendo en la pecera que había en el alféizar (por lo que los pececillos que nadaban ágiles e inocentes padecieron una muerte atroz ante los ojos de las pequeñas…).

¿Cómo conoció mi hermana a ese hombre? ¿Dónde lo vio por primera vez? ¿Y qué fue lo que la atrajo de este A. J. M. P., que en 1984 sería condenado a dieciocho años deprisión e internamiento de seguridad, y que a principios de 1972 se instaló en casa de mi hermana, justo después de salir del centro penitenciario de Utrecht que llevaba el mítico nombre de plaza de los Lobos (donde él estaba preso por un delito contra la propiedad)? Cabría decir que hasta hoy sigue siendo un misterio. Al menos, para quien mire a través de una nebulosa. Si alguien le pregunta (aunque creo que soy la única que lo hace), ella contesta siempre: «Oooh, ya no lo recuerdo, no me acuerdo…, fue un tiempo tan terrible…».

Pero, por lo visto, en aquella época mi hermana ya se había hecho a la idea de que no encontraría una pareja que estuviera a la altura inalcanzable de HEHH, padre mío y padrastro suyo, y por ello, siendo una joven madre sin estudios y recién divorciada, había ido a buscar en los estantes más bajos.

Aun así, existía un parecido interior y un vago parecido exterior.

A. (Anton, «Ton», «Toni») J. M. P. tenía unos ojillos muy claros, con pestañas transparentes muy pobladas, y a cierta distancia, si entrecerrabas los ojos, podía pasar por decente. Por ejemplo, siempre llevaba un traje, bien es cierto que era un traje blanco barato, que en aquellos años estaba de moda, con solapas anchas acabadas en punta y pantalón campana, y por debajo camisas ajustadas de color morado, lila y amarillo pálido.

No tenía empleo, pero se pondría a buscar uno en cuanto hubiese solucionado «algunos problemillas en el ámbito privado». Para llenar el vacío intermedio, tomó posesión del hogar de Toddie —que hasta

entonces estaba integrado por tres personas—, y casi de inmediato, desde primeras horas de la mañana hasta últimas de la noche, llenó todos los rincones, orificios y resquicios con su penetrante presencia. Como un pulpo que segregara tinta venenosa con cada movimiento.

La cuestión es, por supuesto, cómo me enteré yo de todo esto.

En primer lugar, porque una Toddie locamente enamorada vino a casa con el tal Toni P. para pasar un rato agradable en torno a la mesa redonda, *pitillo, pitillo, café, pastelitos*… Entonces, de alguna manera, me percaté de que mi madre observaba al flamante amor de mi hermana con gesto intranquilo y ojos entrecerrados. Y que luego se liberaba de su inquietud dando fuertes caladas a sus Caballero doble filtro.

—Henri —la oí decirle después a mi padre (que se había mantenido al margen de la conversación, absorto como estaba en su trabajo de valor artístico, mojando su pincel de pelo de marta en la pintura al óleo para retocar aquí y allá una ceja bellamente curvada o unas pestañas negro carbón, y añadirle una lúnula de perfecto blanco de titanio a la uña de fina punta de una elegante mano, «las manos y los pies son lo más difícil, fíjate y verás que a menudo son una chapuza»)—, ¿qué opinas tú?… No parece indecente…

Sin embargo, para mi madre, las hijas de su primer matrimonio eran su punto débil, su *camada de gatitos*, y su derrota y preocupación.

En segundo lugar, porque, en aquellos años (más o menos desde 1969 hasta la huida de Toddie a la casa de acogida del padre Poels en 1974 y su estancia en el primer refugio holandés para mujeres maltratadas en 1975), desde el momento en que pude recorrer caminando la distancia desde nuestro hogar Holbein hasta el suyo, me pasaba el mayor tiempo posible en su casa. A pesar de lo que iba a suceder después y de aquello de lo que yo sería testigo en aquella vivienda de tres habitaciones de la Bandoengstraat…, en casa de Toddie me sentía acogida. Y si su hogar no era seguro, sí era cálido. Me resulta difícil no utilizar un lenguaje lírico e infantil sobre lo que nos impulsó a mí, a Kaj y más tarde a Libby a ir a su casa. A pesar de los estallidos de violencia de los que Toddie sería víctima. Permíteme empezar contando que ella siempre me aseguraba con rotundidad que yo «no la molestaba en absoluto». Que podía quedarme tanto como quisiera, «por supuestísimo, me encanta tenerte aquí» (y a mi madre Anna Alida le decía por teléfono: «No, no la oigo nunca, esa niña es más silenciosa que un ratón»). Que podía servirme, servirme, servirme hasta hartarme, reventar, eructar, bizquear, hasta más no poder, vaciando la olla de esmalte gris moteado repleta hasta los bordes de pasta de coditos de la marca Honig, con carne picada en lata Smac, la cebolla frita y el puré de tomate doble concentrado, y con cebollitas plop plop, pepinillos crujientes y grandes trozos de zanahoria.

Mientras, ella me miraba desde el otro lado de la mesa y de la gran olla y pronunciaba mi nombre dos o tres veces con admiración. «*Vaya, vaya, tú* sí que comes, ¡a la que me despiste arrasarás con todo!… ¿Quieres otro pepinillo?». Que, de cerca, Toddie olía a vainilla y mantequilla. Que, aunque viviera de las ayudas sociales, de alguna manera ella se las arreglaba para tener siempre comida en abundancia. Que me dejaba comer lo que quisiera de la nevera, sin necesidad de pedirlo, y utilizar todos los perfumes y frascos que había en su tocador. O que podía sentarme en el taburete forrado con una tela de flores (peonías) y hurgar en su joyero con bailarina y música «Muss i denn», en busca de un collar con medallón, un brazalete o unos pendientes. Y dejaba que me paseara con sus zapatos de tacón.

Me quedaba a pasar la noche, dormíamos juntas en su gran cama de matrimonio de contrachapado lacado en negro con borde plateado y entre su vientre y mi espalda había una canaleta de sudor.

En el cuarto de mis sobrinas había un niño llorón de Bragolin colgado de la pared de hormigón. A veces, abría la puerta y me lo quedaba mirando, extrañamente conmovida por la solitaria lágrima sobre la mejilla del gitanito, mucho antes de conocer el significado del concepto «kitsch».

Con cierta compasión recuerdo aquella época en la que creía que aún se podían lanzar advertencias. En 1972, 1973, 1974, Anton, «Ton», «Toni» P. todavía no era un asesino. Y años más tarde, cuando apareció en un debate televisivo sobre el internamiento de seguridad para declarar que necesitaba una castración química, sencillamente porque no podía evitarlo, «*I'm just a poor boy, I need no sympathy, anyone can see, nothing really matters…, nothing really matters to me…*» ya todo había sucedido y «Ton», «Toni» P. ya se había ido desde Utrecht hacia el norte, y (justo después de que Toddiewoddie hubiese huido al refugio para mujeres maltratadas) «Ton», «Toni» P. había conocido en Groninga a su nuevo amor, Hannie, y «Ton», «Toni» P., junto con la tal Hannie, había secuestrado, violado y asesinado a Digna van der Roest, una niña de nueve años…, había envuelto su cuerpo en una bolsa de la basura y la había dejado abandonada, la había arrojado, tirado, a una acequia seca.

Sin embargo, entre conocimiento y comportamiento hay a menudo un abismo, y saber y actuar están vinculados entre sí de otras formas no racionales. Así, después de más de cuatro décadas, hay algo que sigue zumbando en mi interior. Un bucle mental en el que me quedo atrapada con facilidad. Por ejemplo, cuando intento explicarme siendo una niña de once años. ¿Cuántas veces no dije en esa época que las cosas en casa de Toddie *no andaban bien*? ¿Sin prestar oídos a esa otra, segunda voz, infinitamente más despierta y profundamente escondida

en mi interior que me decía que las cosas en *nuestra* casa no andaban bien?… ¿Y por qué acudían a mí, tanto mi madre como Toddie, con sus preocupaciones? ¿Qué esperaban que hiciera? Yo había visto que mi madre no se fiaba del tal Toni P. Había oído cómo lo interrogaba aquella vez que estuvo en nuestro salón y escuchaba cada una de sus respuestas con una sonrisa desdeñosa (mientras echaba el humo de su cigarrillo hacia arriba), y *sé* que tras este tenso encuentro fui la única persona a la que comentó que él había dicho cosas raras. Había hablado de su madre de una manera extraña y anormal. Según ella, en sus palabras resonaba odio y aversión, pese a que fingía estar lleno de amor. También recuerdo que, aunque reprimió de inmediato estas percepciones, en las semanas y meses siguientes mi madre le expuso a mi padre sus descubrimientos como si fueran los resultados de una tesis científica. Quizá esperando que él estuviera dispuesto a examinarlos e investigarlos. O al menos quisiera incluirlos como nota «de algo». (Por ejemplo, en una de sus largas listas de estadísticas; en las hojas cuadriculadas desplegables adheridas a su agenda en las que más tarde apuntaría también mi ciclo menstrual y el de Libby.)

Del mismo modo en que estoy segura de que mi padre, HEHH, no examinó nada de ese material. No confirmó ni desmintió nada, sino que mantuvo una actitud estoica, con asombrosa calma, como si ningún resultado, descubrimiento o hecho presentado con nerviosismo de lo que sucedía a escasos 750 metros de distancia en casa de Toddie (el aceite hirviendo en la pecera, la sábana quemada) pudiera tener la menor importancia. Tal vez opinara realmente que no tenía la menor importancia. En aquel periodo no lo oí decir nunca nada que denotara preocupación por Toddie o por sus hijas. Lo que sí sé es que había *otros* hechos importantes, que tenían prioridad en la jerarquía de las cosas. Y enseguida vuelven a surgir esos comentarios que debieron de salir de alguna boca, pero que después siguieron bailando como espíritus autónomos y que se repetían sin remordimiento ni reparo alguno. Por ejemplo, que Toddie era una perra en celo y que siempre lo había sido. Un «coño con piernas» y que bastaba mirarla para dejarla preñada. Mientras que Henne era mucho más modosa, aunque bastante lagarta. O que las mujeres podían volver locos a los hombres con su lengua viperina y su malicia, y a fuerza de burlarse de ellos, ignorarlos, despreciarlos o humillarlos. Y lo raro es que, aunque detectara desde pequeña lo embarazoso e injusto de estas observaciones, siempre supe que eran *ciertas*. Y que lo peor y más insoportable que les podía pasar al tal «Ton», «Toni» P. con sus trajes sintéticos y a mi padre HEHH era notar que se burlaban de ellos o no se les tomaba del todo en serio, cuando no se les trataba con la debida consideración o al menos con un respeto impregnado de un cauto temor.

Fue por ese motivo por lo que, en una ocasión, un sábado hace mucho tiempo y en un país muy lejano, un pesado cenicero de cristal tallado voló por el cuarto de baño y se estrelló contra los azulejos de la pared, por lo que se rompió una esquirla y el cenicero acabó con un *plof* en el agua, mientras la esquirla se incrustaba verticalmente en la muñeca de una niña de siete años, como la esquirla de cristal que se clavó en el corazón del niño en el cuento «La reina de las nieves». Tras lo cual, un hombre, un hombre que había *resbalado*, que con su cómico resbalón sobre el suelo mojado provocó las risas y risitas de sus tres hijos que estaban en la bañera, vendó el brazo infantil, furioso y callado, con rudos movimientos…

Y una mujer de cincuenta y cinco años, de vez en cuando, por ejemplo cuando deja de escribir y alza la vista, ve esa delgada y fina cicatriz de dos centímetros en su muñeca y recuerda el redoble de su corazón y las vueltas de la gasa alrededor de su brazo que sangraba profusamente…, la venda, fina, blanca y ligera como una pluma…, la sangre roja, clara y preciosa…, el violento «Estate quieta», el olor de Tabac Original, loción para después del afeitado, las pastillas de regaliz marrón oscuro sobre el frasco de cerámica blanca, y las manos y los dedos que se mueven sobre su trasero desnudo y se abren paso entre las nalgas, perforándolas como un sacacorazones. Y el doloroso deseo que sintió surgir entonces con impotencia…

O el descenso silencioso hacia el lugar donde todo y todos se encuentran aún. Mira cómo sale de la tetera de cristal el té ambarino formando una pronunciada curva hacia Toddiewoddie, la «puta asquerosa» con su «coño húmedo». De su garganta salen gritos. Su bata verde mar se abre y ella se la vuelve a cerrar, avergonzada, sobre el vientre que me resulta tan entrañable. Es la época en que Toddie lleva bragas baratas de nilón que ella llama «slips». Con encaje negro y morado, y a veces una bragueta recortada y un lacito en el borde superior. A ambos lados del ombligo —un hoyo misterioso en forma de una coma—, corren dos arroyos finos de blanco plateado. Marcas que le habían dejado sus embarazos. Sí, se había reído de él, por supuesto. Se había mofado. Lo había ridiculizado. La verdad sea dicha. *Las cosas como son.* Yo fui testigo de ello…

Sin embargo, aún no he acabado en lo que respecta al comportamiento tenebroso. Hay algo más que vale la pena mencionar. Al igual que Toddie y que mi madre, yo sabía que ese nuevo inquilino, tan fácil de ofender y que tanta prisa se dio en instalarse, no era de fiar. Y advertí que ellas querían compartir su presentimiento de peligro inminente y que alguien lo confirmara (preferiblemente HEHH). O que intentaban eliminar sus preocupaciones (como se

puede hacer cuando hay mucho ruido y uno mismo arma mucho jaleo y saca todas las tapas, cajas, botes, cucharas, cuchillos y tenedores de los armarios y cajones de la cocina, ¡catapumba!). Y también sabía que había algo más, debajo, detrás…

Estoy segura de que mi madre y Toddiewoddie creían percibir las debilidades de las personas con las que vivían. Como las conocían, pensaban que podían controlarlas. El orgullo que eso les producía superaba todo lo demás. Incluido su viejo sentido de la preservación. Sé que lo mismo podía decirse de mí. A pesar de mi miedo y de mi espanto, no hubo nunca un momento en que no me sintiera más lista y capaz que el tal «Toni» P. Ese tipo que se sentaba a la mesa de la cocina de Toddie (una réplica de la mesa de la casa paterna) e intentaba dominar, pero que era incapaz de acabar una frase como es debido, utilizaba un lenguaje pueril, tenía dedos como morcillas, agarraba el cuchillo y el tenedor con el puño, y se mordía el labio como un niño cuando escribía algo. Ese tipo que no sabía nada, no hacía nada, no arreglaba nada ni creaba nada, pero que a la más mínima provocación tenía un ataque de furia. Me regodeaba llevándome mis libros y distribuyéndolos sobre la pesada mesa del salón, una rueda de carro con un grueso cristal gris. Y encima, los libros *Primer amor* y *Aguas primaverales* de Turguénev, con una cubierta de celofán crujiente, que había sacado de casa a escondidas. Me deleitaba advirtiendo cómo él me observaba, exasperado, desde cierta distancia.

Oh, y también me di cuenta de otra cosa. Verás, yo había visto a Toddiewoddie mofarse del tal Toni. Lo chinchaba. Se reía de su pelo rizado de bebé y cada vez más fino, su incipiente barriguita… (Evidentemente, una persona en su sano juicio se lo tomaría como las mofas que eran y habría reaccionado con indulgencia o con sarcasmo.) Ella *sabía* que el más mínimo toque podía hacerlo explotar. También había sido testigo de cómo ella esparcía las migajas de burla ante él, *a pesar de que* ya sabía por experiencia qué represalias vendrían después. Pese a ello, seguía haciéndolo una y otra vez, e incluso iba un poco más lejos. Ruidosa, vital y en absoluto discreta. Le soltaba que ella con su cerebro de mosquito lo había derrotado jugando a las cartas.Y que un niño podía ver que él había hecho trampa. O que para ser un «genio del mal» lo habían detenido y encarcelado *muy* rápido… Que ya sería rica si hubiese guardado diez céntimos por cada florín que él le había birlado. Lo decía a sabiendas de que había muchas posibilidades de que un puño le golpeara el ojo, un zapato puntiagudo le diera en el costado, y de que no bajaría por su propio pie la escalera, sino impulsada por él, ¡catapumba-pumba-pumba!… Sin embargo, ella no se cortaba ni un pelo.

—Cochino asqueroso —le gritó poco después de pillarlo con sus

hijas en el retrete—. ¡Sucio bastardo, me cago en Dios, háztelo mirar, estás loco!… ¡De verdad que no estás bien de la cabeza! ¡Te falta un tornillo… Algo anda muy mal ahí dentro!

Y él la sacudió a puñetazos y le lanzó la tetera con té hirviendo y le apretó la garganta y luego la folló. Con dureza, prisa y crueldad; su merecido castigo… Después, Toddiewoddie acudió a mí en busca de ayuda, toqueteándose nerviosa la bata. Que si yo podía llamar a la policía, porque ella no se atrevía.

Haberte callado la boca, pensé yo enfadada y triste. No haber sido tan estúpida y tan temeraria. Empecé a comprender que no existía ningún lugar donde vivieran los viejos y sabios, y que tenía que arreglármelas completamente sola. Yo misma tenía que encargarme de desarrollar una idea sobre el mundo en el que vivía.

Sin embargo, había otra cosa que entonces no comprendía y que solo aprendí tras la muerte de Henne. Que por debajo de todo esto residía el triunfo y se podía oír la risa de Toddie…, tal como le sucedía a Jennifer Jason Leigh en la película *Los odiosos ocho* de Quentin Tarantino. ¡Plaf! Otro golpe en su jeta. Menuda pelea, pero ¿era una pelea entre iguales o entre desiguales? Después de ver este wéstern no podía dejar de pensar en él. «Cuando te doy un fuerte codazo en la cara significa cállate —le dice a Daisy Domergue, el verdugo que la ha apresado y que junto con un cazarrecompensas se la lleva en una diligencia al patíbulo—. ¿Entendido?»

Furiosa, con la cabeza gacha y las manos aún en la nariz ensangrentada, Daisy le gruñe que lo ha comprendido. ¿Ves?, asiente el verdugo al cazarrecompensas, que se ríe de buena gana.

Pero entonces Daisy alza la vista, mostrando con orgullo su rostro destrozado. Los regueros de sangre que brotan de su nariz le cubren la boca y la barbilla. El cazarrecompensas la mira y se ríe y ella le devuelve la mirada, casi mortecina…, y entonces hace algo curioso. Le sonríe y le guiña el ojo, brevemente. Y él se asusta, desconcertado. Después, muy lentamente, sin apartar la mirada de él, se lame la sangre de los labios y le vuelve a guiñar un ojo antes de reclinarse en su asiento. Entonces mira por la ventana, absorta en sus pensamientos y su dolor, vuelve a lanzar una mirada al cazarrecompensas y sonríe de nuevo. Una sonrisa omnisciente.

Lo juro: era la sonrisa de Toddie.

En 2015 apareció un libro del periodista holandés Hendrik Jan Korterink, con el título bastante prosaico de *Asesinos en los Países Bajos*, en el que dedica un capítulo a la pareja de criminales Toni y Hannie, cuyo vínculo de amor eterno e indestructible se forjó poco después de que Toddiewoddie se ocultara en el refugio del padre Poels.

Con un lenguaje frío y preciso, Korterink describe los orígenes no especialmente idílicos de Toni (que saldría en libertad el 4 de mayo de 2016) y de su amorcito (que murió en la cárcel). Toni había tenido tres «padres» y había sufrido innumerables maltratos. A su madre se le había retirado la patria potestad. En 1975 conoció a Hannie, cuya trayectoria había sido, si cabe, más trágica, con incesto en la familia. Un dato curioso: el parecido entre la conducta de su padre y el de su marido. En el libro también se abordan las facultades psíquicas de la pareja. La mujer, supuestamente apática y sin emociones, un «bloque de hielo»; Toni, hostil a la autoridad, un auténtico «macarra». Según el tribunal, los acusados eran poco inteligentes, aunque sí plenamente responsables de sus actos, y sentenció que habían cometido el «peor delito sexual».

«A mi marido le gustaba fotografiar a lolitas», habría dicho Hannie en 1984 durante el juicio.

«No, no, no, ella me obligó a hacerlo, si ella no me hubiese incitado, no lo habría hecho jamás. Entonces no habría descubierto nunca que quería ese tipo de jueguecitos», parece ser que replicó sollozando «Ton», «Toni» P. Con esos «jueguecitos» se refería a su necesidad de consumir pornografía infantil, para lo cual su mujer «le había ofrecido incluso a sus propias sobrinas», unos juegos con los que, según sus propias palabras, entró en contacto por primera vez en casa de su mujer.

«¡Oh, despreciable embustero!», grito ahora desde el estrado. Puesto que mentía, claro que sí; las suyas eran lágrimas de cocodrilo.

Y sé de lo que hablo: yo fui una de esas lolitas.

* * *

Un grupo de investigadores estadounidenses lleva años realizando un estudio fascinante. Buscan el secreto detrás de la sustancia química más especial de todas: el olor del miedo. Para ello les resulta de gran utilidad lo que ya se sabe de las hormigas. Estas se comunican principalmente por medio de las feromonas, unas sustancias que segregan para que otras hormigas las detecten a través del gusto o el olfato. A principios de la década de los sesenta, las nuevas técnicas de microanálisis de sustancias químicas naturales hicieron posible detectar incluso una millonésima de gramo, la cantidad que normalmente carga una sola hormiga. Las feromonas de alarma que se liberan de las glándulas mandibulares de las hormigas contienen una mezcla de cetona metil-heptenona y alcohol metil-heptanol, y son muy eficaces. Por ejemplo, la feromona de rastros de la hormiga cortadora de hojas tejana (la *Atta Texana*) es tan potente que los entomólogos estiman que un único miligramo de esta sustancia (apenas un rastro

para los humanos, pero más o menos la cantidad total que puede encontrarse en una colonia) es suficiente para guiar a una hormiga obrera a lo largo de una distancia de 135.000 kilómetros (lo que equivale a más de tres veces la vuelta al mundo).

Supongo, no, en realidad estoy segura de que este tipo de feromona fue lo que me impulsó a irme a casa de Toddie y permanecer allí. Las investigaciones científicas han demostrado que, por lo visto, cuando una persona se convierte en objeto, cuando la obligan a tumbarse, y no se le permite hacer ruido ni decir palabra, desprende un olor. Le acompaña el olor del miedo. O incluso el olor de la rendición, porque ha aprendido que una pronta capitulación es lo mejor.

¿Por qué detestamos tanto a las víctimas y su condición de víctimas? ¿Qué hace que sea tan acusatorio, doloroso y vergonzoso? Kafka describe esta aversión en *La metamorfosis* y en *Un médico rural* (un relato en el cual un médico siente aversión hacia su paciente). El primer escritor japonés moderno, Ryūnosuke Akutagawa, habla de ello en *Los ladrones*, un relato en el que una mujer fallecida a causa de la peste ha sido abandonada en una choza a las afueras de la ciudad para evitar el contagio. Al pasar por allí, el narrador repara en que los perros mordisquean el cadáver, y él se apresura a proseguir su camino, horrorizado. Al regresar, los perros siguen dando mordiscos y él se percata entonces de que la mujer todavía vive… Sin embargo, su situación desesperada no suscita compasión, solo asco. Como si ella fuera responsable de los sentimientos que despierta esta escena en el narrador.

El rasgo distintivo es esa aceptación final y el olor nauseabundo que desprende el miedo.

En nuestro nido, ese olor flotaba espeso y pesado, y esas células de olor nos acompañaban allí donde fuésemos. Y —esto puede confirmarse ahora— hay otros, a los que llamo peces gordos, que reconocen, detectan, olfatean esas células. Por minúscula que sea la cantidad, por mucho que te esfuerces en encubrirlas.

Hasta donde me alcanza la memoria, siempre he comprado perfume…, la cajonera de nogal antigua que hay en mi despacho está repleta de ellos. Coco Chanel, Venezia, Roma, Guerlain L'Heure Bleue y Mitsouko, Ysatis de Givenchy. Nunca es suficiente. Todavía me sucede a veces que me levanto de un salto, salgo al pasillo, bajo la escalera y miro mi cara de terror en el espejo ovalado. Me paso los dedos por el pelo. Se me corta la respiración…

¿Has escondido bien las cosas? ¿Lo has escondido todo bien? Vendrán a escoger lo mejor… Lo hacen siempre. Recuérdalo. Metían sus raíces como dedos en todas las hendiduras-ranuras-rajas y tú eras la ciega y miope gafotas que por las noches rezaba a escondidas

pidiendo tetas. Las criaturas de las tinieblas asienten. Asienten. Vendrán. Pueden avanzar y retroceder en el tiempo. Vendrán a llevarse algo. Todavía no. Un día. Se irán, pero volverán para escoger lo mejor. Algo se llevarán. No quieren decir cuándo ni qué… Pueden oler dónde está, huelen los pedos nerviosos…, pffff, prrrr, fssss. En todas las habitaciones y a años luz de distancia. La neblina de miedo del metano.

Por ello, ahora comprendo a qué se debía mi errático deambular. Se trataba de un intento de fuga, por momentos absurdo, durante el cual seguía un rastro de olor que ya conocía y que —aunque en el caso de Toddiewoddie estuviera mezclado con el aroma de la mortadela frita y los polvos de maquillaje Tosca— era uno que reconocía de inmediato y me resultaba absolutamente familiar. Un aroma que conectaba el refugio de Toddie directamente con su fuente oscura: nuestra casa en la Damstraat. Y en un espacio de tiempo relativamente breve (dos años) evidenció lo que era: la reproducción de lo que, al menos para mí, debió de ser la Idea Platónica, el Original. Porque, por supuesto, yo no tenía la más mínima idea (por muy sabia y adulta que creyera ser entonces) de que también ese original no era mucho más que la repetición de un agujero oscuro en una montaña en la que me encontraba (a veces con cerditas idénticas y otras sin).

Al fin y al cabo, resulta difícil, sobre todo a esa edad, comprenderte y comprender las cosas que te suceden como algo que no te concierne especialmente. Además, hay que repetir las observaciones para poder establecer la verdad. Para poder decir conscientemente: «Esta situación guarda mucho parecido con la que observé antes».

Una niña de cinco años hace la voltereta. Se le ven las braguitas blancas holgadas. Dos ojos empiezan a brillar y una voz ronca dice: «Vaya, ¡qué picarona es la pequeña!».

«En casa tenemos una camada de gatitos, ¿te apetece venir a verlos?», le pregunta una mujer el 7 de junio de 1982 a una niña de nueve años. Ella se sube al portaequipaje de la bicicleta y en la Billitonstraat le dan de beber un jarabe al que le han añadido somníferos pulverizados.

«Quítate las gafas —le dice un fotógrafo a otra que se encuentra delante de la estufa en un piso del centro de la ciudad con su bonito vestido y su pelo castaño recogido en dos colitas—. Mira, así no estás nada mal… Señor y señora Holbein, ¿le dejan que venga a mi casa para que le haga algunas fotos?» (Y después quizá también a su hermanito y a su hermanita…)

«¡Ni hablar!», quiero gritar desde este lado de la historia. También porque sé lo que querrá retratar de verdad en esas fotos, que no tienen

nada que ver con las instantáneas inocentes que irán a parar al álbum familiar. Pero, por supuesto, allí nadie puede oírme. Sí, todo ya sucedió y, desde entonces, las sirenas han permanecido encendidas. Sirenas en el oído, tambores en el corazón…

Y Toddiewoddie abandona su casa en zapatillas.

Toddiewoddie desaparece, se disuelve, ¡puf!

Y la que esto escribe, muy alarmada, aunque por lo pronto sin mucho éxito en su intento por escapar del papel de Casandra, regresa a la casa paterna de los Holbein. Allí se entierra entre los libros y, en el mayor de los secretos y sin dar acceso a nadie, se dedica a investigar las coincidencias y las correlaciones, los reflejos y las sombras de los dos hogares que conoce. Y mientras murmura conjuros y garabatea fórmulas, empieza a idear posibles vías de escape. A buscar máscaras, a afilar cuchillos y espadas y a preparar tijeritas y punzones. Mientras sueña con las cosas fantásticas que hará cuando por fin sea un pez gordo.

Creía que sabía todo lo que había que conocer y que solo me faltaba alcanzar el desconocimiento. Aunque a veces me invadía un enorme cansancio. Como un eremita cubierto por una capa de piel de camello que creía que el resto era solo una cuestión de paciencia. De aguzar la vista y pulir algunas habilidades.

En mi ingenuidad no había contado con las horas de vuelo.

La vida no se distribuye de forma especialmente equilibrada y armónica.

«Húndele la pala en la garganta», dicen que dijo Toni a propósito de Digna. Y también que ella *no paraba* de decir lloriqueando que se quería ir a casa…

En ocasiones sientes una gran desazón. ¿Es posible descender en esa vorágine? ¿En busca de hechos a los que te aferras como a los restos de un naufragio en aguas turbulentas? Los hechos que tienes que soltar. Tu memoria se mueve hacia allí con las náuseas que pueden asaltarte después de comer algodón de azúcar y sentarte en el tiovivo de una feria. La pintura del caballo blanco se desconcha, el unicornio rosa no existe realmente, el oso no tolera llevar un niño sobre su lomo. Todo está bien sujeto con barrotes de hierro, gira y se mueve, pero no avanza. Y en el centro está el hombre que ha vendido las entradas con una sonrisa en los labios. Sabiendo muy bien que hay color que no perdura, placer que nunca ha existido realmente. Las muñecas que en casa cambiaban de sitio: Bella con el cabello dorado de Rapunzel sobre el ropero con espejo en el dormitorio de mis padres; Stella con sus ojos parpadeantes sobre la lavadora; Esther (con su vestido azul de marinero con cuello blanco) y Corrie (con altavoz

«mrrama-mrrama» en su pecho hueco) en el rincón junto a la puerta del cuarto de baño. Para que le resultara posible y fácil a un padre deslizarse por un pasillo…, entrar otra vez en el dormitorio de las niñas… Y resulta que no son tan solo pesadillas o erupciones de una mente débil y confusa, sino hechos que se confirman a partir de fechas, nombres, artículos de prensa, informes de tribunales. De personas vivas. O de muertos que desaparecieron y se descompusieron hace tiempo y que se ocultan bajo el suelo en sus casitas de madera con tejado de piedra o mármol.

Van apareciendo y desfilando uno tras otro. En un estado deplorable, carcomidos, ridículos…, vistos de cerca contrahechos…, ensamblados torpemente. Montados por tipos con fantasías macabras. Hechos y feromonas que alteran tu descanso nocturno y que te dicen que tus días y tus noches nunca estaban cerrados. Que hubo otros —y bebidas tragadas, caramelos masticados, fotos tomadas (de penes y coñitos, de cerditas *piggywinkle* en fila, con el hocico en el culito)— y que, entre todos estos halcones difusos y espantosos («deja las gafas ahí»), HEHH era el más instruido, el más sofisticado y el Humbert más humbertiano.

Y tal vez el único resto del naufragio al que aferrarse en medio de la vorágine.

* * *

Sin embargo, aquí debo hacer un inciso y pedir tu atención debido a una circunstancia que dificulta enormemente el que pueda contar esta historia de forma clara y cronológica. Para un relato cronológico es necesario tener claridad mental. Una habilidad de la que no dispuse durante mucho tiempo.

Anteriormente ya he indicado que HEHH era un maestro del engaño porque era capaz incluso de hacer desaparecer ese engaño como por arte de magia (cuando dije que era un mago, un hechicero, un chamán, lo decía en el sentido más literal: era asombrosa su habilidad para adoptar identidades y apariencias distintas y estar presente en diferentes lugares a la vez); no obstante, lo más especial, su mayor truco, era que también podía hacerme desaparecer y sustituirme por algo que se asemejaba a mí, pero que era distinto… Dado que me resulta prácticamente imposible contar algo sobre la primera vez que puso en práctica ese truco, es mejor que vaya a la última ocasión que sucedió algo así… y regrese a un momento en que de nuevo Henri intentó amordazar mi conciencia. No casualmente, fue una ocasión en que me percaté del truco. Aunque tardé media vida en comprender los cambios sufridos.

El año 1975 resultó ser extraordinario en todos los sentidos. Fue el año en el que la Reina Arriera, con los pulmones negros del humo, cubiertos por dentro de pez y brea, fue ingresada en un sanatorio para enfermos respiratorios. Un edificio blanco a las afueras de la ciudad con muchas ventanas; un armario de cristal entre los árboles, en los bosques de Zeist. Allí permaneció algunos meses. Durante ese tiempo, nosotros quedamos al cuidado de Henri Elias y visitábamos a nuestra madre tan a menudo como podíamos. Puesto que él no tenía coche, íbamos allí en bicicleta o utilizábamos el transporte público, los autocares interurbanos de los Países Bajos Centrales.

Era la segunda vez que mi madre, Anna Alida, se iba a la deriva, y en esa ocasión se alejó más que antes, pues otras ocuparon su lugar. Había un hueco, un vacío en el nido que debía llenarse.

Verás, la cosa es que Henri estaba inconsolable. Realmente inconsolable…

Y hay recuerdos espeluznantes de nosotras, Libby y yo, en el dormitorio azul de nuestros padres, donde nos colocaba según las reglas del tangram. Henri era el cuadrado negro, la que esto escribe el triángulo, apoyada contra él o encima de él, de forma que rematara en una punta afilada, y Libby el trocito redondo (que no encajaba), un poco más allá en el lado de la puerta de la cama nupcial. La bata de satén verde de Anna Alida colgada de un gancho junto al armario de espejo.

Dentro, en el reflejo, para quien se atreviera a mirar: la nueva estructura familiar. Libby con su cabeza rubia y caliente apoyada en la almohada. La boca abierta, la saliva que goteaba sobre la funda, quizá se despertara ocasionalmente y mirara nerviosa a un lado, antes de que se la instara a volver a dormir. La que esto escribe y el Minotauro en una composición mucho más destacada, alineada.

Allí empezaba y se extendía la estepa helada, marcada por los surcos y líneas zigzagueantes de un patinador alocado.

Kaj, a primera hora de la mañana, una criatura cándidamente apática e inaccesible, de una dulzura insoportable. Sus tortugas acuáticas se habían muerto, dijo, flotaban boca arriba en el acuario y él las había lanzado al inodoro (más tarde resultó que estaban hibernando), y el pasillo, interminablemente largo desde ese ángulo y visto desde esa perspectiva, como la serpiente de Midgard de la *Edda*.

Allí y entonces se decidió lo que alguna vez tuvo un comienzo. Se representaron todos los papeles, se mezclaron todas las piezas, se infringieron todas las reglas del tangram. El cuadrado apretado sobre el pequeño triángulo, el círculo exprimido del rectángulo… Y en la planta baja, en la mesa de roble, la que esto escribe aceptó los tres billetes que se le ofrecían: tres veces 25 florines, para el codiciado pantalón Palomino, del color de las bayas aplastadas…

«*Heathcliff, it's me, I'm Cathy…*»

Sea como fuere, Henri dijo que no había motivo para llorar. Además, yo ya tenía doce años. Así que seguramente tenía razón.

No creo que Anna Alida estuviera al corriente de que durante su ausencia yo me había convertido en una ladrona de cuerpos. Mientras ella yacía en su urna de cristal, debajo de las sábanas blancas, con vistas a los bosques, donde, por las mañanas, un enfermero le daba los buenos días con píldoras de todas las formas y colores, y donde Henri la besaba en la mejilla cuando, por las tardes a la hora de las visitas, le traía de contrabando los cigarrillos prohibidos. Marca Caballero, sin filtro.

En la única novela (inédita) que escribió mi padre, *Pinacoteca para un ciego* (encuadernada en cartón azul claro, 300 páginas DIN A4, mecanografiadas, con agujeros perforados para las anillas de metal), el protagonista es Paul, un hombre joven que acaba en los brazos de una mujer mucho mayor. Se trata de un joven rubio, sensible, introvertido, dotado de un gran intelecto y de un excepcional talento para el dibujo. La mujer está ciega, he olvidado qué le privó de la vista, y él pinta cuadros; todo va destinado a ella, en cada lienzo la representa, toda su vida es un gran culto a esta mujer, un intento por arrodillarse ante ella, musa y diosa, para después, cuando ha creado el altar, lejos de la vista del mundo, poder desaparecer en sus brazos como el niño que es devorado por el adulto.

La realidad era más despiadada.

Henri Elias Henrikus Holbein completó esta novela poco después de que Anna Alida regresara del sanatorio, en el verano del año de jubileo de 1975, en el que nos mudamos a los prados verdes de un barrio de las afueras, y nos olvidamos de Toddie. Y en el que Henne se apresuró en buscar una vivienda cerca, la encontró y se fue a vivir allí con su marido y sus hijos, aunque luego solo nos visitaba esporádicamente. Siempre se quedaba sentada en la punta de una silla con el abrigo puesto, lista para volver a marcharse. Tengo una imagen clara de ella con su abrigo blanco de llama con pelusa sobre el flamante sillón del rincón junto a la puerta. Una mole de roble con cojines de tela rojo carmesí sobre la cual serpenteaban unas rosas negras y que hacía conjunto con un sofá de tres plazas. Mi madre, que manifestaba con regularidad la esperanza de poder «hacer borrón y cuenta nueva» en la casa de Nieuwegein, había recibido de mi padre una generosa suma de dinero para la decoración, con la que compró con Max este tresillo que resultó haber formado parte del ajuar de Barba Azul.

7. «SWEETS FOR MY SWEET»

Poco después de toda esa conmoción y de mi pánico personal, vislumbré en mi interior el germen de un razonamiento que en el transcurso de los años se convertiría en una resistente liana y que puede describirse más o menos del siguiente modo: vale, ha sido todo-muy-bonito, pero ahora se ha acabado o está roto y tú deja de quejarte y lamentarte, y esfuérzate por hacer algo con tu vida. Mantén la mirada fija en la línea que separa a los vivos de los muertos, a los despiertos de los dormidos, a los desesperados de los desamparados, y concéntrate en lo que quieres conseguir y adónde quieres llegar. Así, si un día alcanzas tu meta, podrás servirte una copa de vino de color rojo rubí y brindar por haber llegado tan lejos y por haber puesto tanta tierra por medio entre los que se han quedado atrás y tú. Aunque para ello hayas tenido que mentir un poco o un-poco-mucho. A fin de cuentas, es mejor parecer alguien que *siempre* ha bebido vino rojo rubí en una bonita copa de cristal.

Si inesperadamente se diera una situación desagradable (que te recordara a algo), no olvides que hay límites a lo que una persona puede reclamar como desgracia propia y que no puedes llevarte contigo a todo el mundo a ese espacio agradable. El que te hayan dado acceso de momento (¿en qué oscuras condiciones?) al salón de los tapices, no significa que *todos* puedan entrar en él. Quizá consigas dejar un par de zapatos embarrados junto a la puerta. Pero no dos, tres o cuatro pares, y encima de otras personas.

Por eso lo mejor que puedes hacer es aprender a beber vino rojo rubí; sorbito a sorbito, con el meñique levantado con afectación, hasta olvidar…

Es sabido que el vino tinto tiende a ayudar en estos casos. El vino rojo rubí lo hace estupendamente.

Un caballo muerto, quedan dos…
Dos caballos muertos, queda uno…

En aquel mismo periodo, Toddiewoddie fue violada. No hubo denuncia. Nadie quiso apoyarla. Se quedó preñada y renunció al bebé justo después del parto. Todo eso sucedió en el Mayor de los Secretos,

pues en aquel entonces Toddiewoddie ya era Tabú. Nadie hablaba de ella mientras se encontraba en su espantoso estado. No es impensable que en el lugar donde vivía le acercaran la comida con la punta de un palo largo, como se suele hacer con los impuros, y cada noche la envolvieran en sábanas negras. No íbamos a visitarla. Estuvo sola incluso durante el parto. Solo la volví a ver en 1977.

Debió de ser en aquella misma época en torno a nuestra mudanza y la expulsión de Toddie (y mi «congelación») cuando empecé a leer historias de terror y a hacer dibujos bastante preocupantes y macabros, rayando hojas de papel níveo con mucho sentido del detalle y con una plumilla mojada en tinta Ecoline o tinta china. Manos amputadas. Cabezas cortadas. Intestinos que salían de cavidades abdominales formando racimos como guirnaldas de flores…, dedos ensangrentados, cuellos rajados, brazos y piernas sueltos (oh, y debo añadir que los torturados siempre eran mujeres).

«*Prrecioso, prrecioso*», decía el profesor de dibujo en mi primer año en el instituto al que HEHH me acompañaba todos los días, desde nuestra Nueva Arcadia, antes de dar media vuelta y dirigirse al Centro de Análisis de Datos de la Varkenmarkt. Primero cogíamos el interurbano amarillo abarrotado de gente camino del trabajo, que pasaba por los prados y las zonas esteparias de la tierra de nadie que separaba nuestra vivienda de la ciudad. Después, envueltos por el silencio matutino, avanzábamos juntos pasito a pasito por las calles y los canales con sus aguas oscuras hacia el imponente edificio escolar. Allí, el profesor con cara de luna llena, pelo negro, bigote de puntas arqueadas hacia arriba, jersey de cuello alto y chaqueta de terciopelo negro con caspa en los hombros como una réplica hinchada de Salvador Dalí, daba saltitos y soltaba gritos orgásmicos. «Ah» (hip, hip, hip), «¡Mirad qué dibujos!…» (hip, hip, hip), «De verdad que parece el Jardín de las Delicias…».

Sin duda (y seguro que también él se lo imaginó) no me faltaban fuentes de inspiración. ¿Acaso no había visto en los libros de arte (que HEHH compraba en librerías de viejo como De Slegte), con ilustraciones que ahora eran iluminadas por la luz que entraba a raudales por nuestros ventanales, el dibujo de Aubrey Beardsley en el que Salomé sostiene en alto la cabeza de Jokanaán? ¿O *Judit y Holofernes* de Caravaggio? ¿Y *La aparición* de Gustave Moreau, con la aureola alrededor del rostro flotante y solitario de Cristo? o ¿*El sueño* de Gustave Courbet? Dos mujeres desnudas —una morena y otra rubia — abrazadas lujuriosamente en una cama deshecha… ¿Acaso no conocía la escena de la flagelación, también de Beardsley? ¿Así como las mujeres gélidas y no obstante sensuales de Klimt? ¿O las enfermizas de Egon Schiele con su sexo gris mejillón debajo de las

faldas levantadas? Sin embargo, también…, ¿dónde los había visto por primera vez?…, en casa de Toddie o en la oscura habitación de Max… (qué familiar y archiconocido me resultaba todo), los violentos *adult pulp art comics* con títulos tan significativos como *Jacula, Mean-while Back at the Morgue, Oltretomba, Frigidaire, Cannibale*. O simplemente *Terror*! *Horror*!

Erotismo de tortura lleno de pechos cortados servidos en bandejas cual flores de loto. Cuerpos enroscados, muñecas aprisionadas con esposas de hierro o atadas con toscas cuerdas. Y a veces, el alivio de una diosa de la venganza. ¡Vampirella! Con sus botas brillantes, sus majestuosos muslos, su monokini de látex rojo y su agudeza. Procedía del planeta Drakulon, donde todos los ríos eran de sangre. (¡no te lo pierdas! ¡vampirella te está esperando en el interior de esta primera edición de coleccionista!)

Y las lecturas continuaron, oportunas y seductoras…, al fin y al cabo ya estaba plenamente desarrollada. Como mucho me faltaban dos años para pasar a la obra del Marqués de Sade. Y empezó la escritura. Aunque todavía tenía que encontrar las palabras.

Los que me miraban veían sobre todo a una minicortesana que disponía y organizaba…, que se ocupaba de la educación de Libby (se lo enseñaba con gestos: «No la aprietes demasiado con la mano y luego súbela y bájala suavemente») y de desarrollar un espíritu estoico. Y en medio de tanto bullicio, intentaba ignorar la melodía del bum, bum, bum, mientras me iba sola a bares y discotecas disfrazada y maquillada.

En cualquier caso, allí estaba yo: Palas Atenea, nacida de la frente de mi padre y completamente armada.

En 1976 o 1977, poco después de que Max se fuera oficialmente de casa, su cuarto, que prácticamente no había usado y que aún olía a «nuevo», le fue adjudicado a Libby, por lo que ella y yo dormimos separadas por primera vez en años, lo que era todo un reto, y yo pedí un cerrojo para la puerta de mi dormitorio. Mi cama se encontraba justo enfrente de la puerta y, en aquella época, yo apenas dormía. Hacía crucigramas de un modo obsesivo, descifraba criptogramas y resolvía juegos matemáticos. Sin embargo, el Minotauro ya no venía a verme. (Es posible que siguiera un tiempo buscando en las habitaciones desmanteladas de nuestra antigua vivienda y palpara las paredes y los suelos desesperadamente, en busca de la niña objeto de antaño. O que arañara como un poseso el papel pintado.)

Tampoco me siguió a Groninga, donde llegué en 1978 después de abandonar los estudios de secundaria (siendo una artista del hambre; tenía la «enfermedad de moda», la anorexia nerviosa), para instalarme en una pequeña habitación color mostaza e iniciar la segunda parte de

mi vida.

Puede que él estuviera con Libby.

Y así fuimos creciendo y distanciándonos. Henne, Toddie, Libby y yo. Sin lenguaje, sin un vocabulario compartido. Despertándonos sobresaltadas a la misma hora, expectantes, alerta («arranco una astilla de la cama de madera, y apunto con ella la puerta…»), entrelazadas por una acción fantasmal a distancia.

Permíteme volver a cortar las capas del pastel del tiempo en el que se condensa todo lo acontecido; no hay otra forma. Antes ya he explicado que nuestro cosmos Holbein, salvaje e inexpugnable, pero nunca iletrado, incluía diversas lenguas. La lengua «barriobajera», plagada de jerga y con retazos de sinti, romaní y yidis, emergía junto con el lenguaje exacto de las matemáticas (que Simon Stevin llamó en el siglo xvi «*wiskonst*»: literalmente, el arte de lo cierto o seguro), la química y la informática. Junto con el lenguaje de los preceptos, los mandamientos y los decretos papales o holbeinianos («¡Si se lo chivas a tu madre te vas a enterar!», «¡Aquí nadie tiene derecho a querer nada, solo yo!», «Sois tumbas encaladas: limpias por fuera, ¡pero podridas por dentro!»), oíamos el alemán «técnico» o científico, el latín eclesiástico plateado y el francés «aristocrático» de brocado de oro.

A mí me fascinaban esas lenguas. Cómo chocaban, se rozaban y desarmonizaban.

Sin embargo, junto con este alimento lingüístico estaba también el alimento corporal, preparado de forma excepcional por HEHH.

Mientras que Anna Alida nos servía las comidas entre semana a base de verduras, patatas y un trocito de carne (una chuleta o una albóndiga), HEHH elaboraba (los viernes, sábados y domingos) las cremosas natillas, el pudin de gelatina con frutas confitadas, pasas (arrugadas e hinchadas como los cuerpecillos de los moscardones que Memo dejaba en el alféizar) y almendras amargas que pulverizábamos apretándolas contra el paladar. Preparaba pudin de chocolate (que vertía aún caliente en cuencos de cerámica donde cuajaba enseguida, dejando debajo de la capa de color marrón terroso unos misteriosos grumos de cacao) y nata crujiente de azúcar en la batidora (dos batidores en el cuenco, uno para Libby, uno para Kaj y una cuchara de madera para mí). Las compras del viernes traían las bolitas de anís rosas y blancas partidas y enteras de la marca De Ruijter (proveedor de la corte); las enteras con una pepita de anís gris que se te metía entre los dientes. Las virutas de chocolate Venz: el maná salía de la boquilla de aluminio y llovía sobre el pan blanco. Los tarros de mermelada de fresa de Hero, la pasta de chocolate con avellanas de

Nutella y los paquetes de mantequilla…

Y cuando los holbeiners fuimos aún más ricos —hacía tiempo que habíamos sustituido la pobreza extrema de nuestros predecesores por la reconocible riqueza de la clase media expresada en alimentos—, llegó el pan de pasas con mazapán para los domingos (las primeras rebanadas aún sin el corazón de pasta de almendras y azúcar), y macedonia de frutas para acompañar a las aves o la *roulade* (siempre de piel oscura y crujiente, y untada de jarabe o espolvoreada con azúcar moreno antes de entrar en el horno).

Sí, cada dos días había carne sobre la mesa. Con salsa espesa y *exquisitos* dulces. A todos nos encantaban las delicias, que iban destinadas sobre todo a nuestra madre. No obstante, una vez que ella había elegido, se nos permitía probarlas.

Eran delicias dulcificantes, calmantes. También las robábamos.

Kaj entraba a hurtadillas en la cocina. Cogía los cuencos con el preciado contenido y se los apretaba contra el pecho mientras subía las escaleras con cautela.

Sin duda, en nuestra familia estábamos locos por el azúcar.

Tal vez se entienda entonces cuánta fuerza de voluntad se necesitaba para rechazar todo eso y devolver el plato a la cocina.

Como hice yo un año después de instalarnos en nuestra nueva vivienda.

Como hizo Henne.

Hasta hoy no sé si el final de Henne fue capitulación o venganza. Un *fuck you*! al mundo, como si le levantara el dedo. O la caída de una planta reseca que es tan ligera que el viento se la lleva volando delante de tus propios ojos. Aunque conozco la «conclusión» o el «resultado final» de su vida, precisamente eso me convirtió en un sabueso. El dejarse morir lentamente de hambre, su negativa a ser ingresada en un hospital y el aislamiento que se impuso durante años seguidos con su calamitoso hijo, que tenía la misma sonrisa enigmática que la Mona Lisa, o el bufón Juan de Calabazas de Velázquez. En el funeral de su madre, sostenía una Barbie de pelo negro en la mano.

Aquello formaba parte de una anécdota vinculada a una de las pocas cosas que sé de la infancia de Henne. Un día de 1958, HEHH volvió del trabajo y anunció que pronto vendría a vivir una nueva niña a casa. No una niña cualquiera, no, sino una niña muy guapa y esbelta con una melena azabache, un rostro precioso, con una nariz fina y gruesas cejas negras. Dormiría en su propio cuarto y, a partir de entonces, Henne y Toddie tendrían que compartirlo todo con ella. Toddie mostró poco interés por la noticia. Sin embargo, aquel anuncio

debió de crispar a Henne, que se pasó semanas enteras comiendo y durmiendo mal. En marzo de 1959 llegó el momento de que la niña se mudara. Henri no les permitió quedarse en casa para recibirla: tenían que ir a la escuela y solo la verían después de clases. Cuando regresaron —Henne estaba tan nerviosa que sentía náuseas—, Henri las examinó detenidamente. Encima del gran televisor había un soporte de cobre con la primera Barbie de Mattel, de rasgos elegantes y hieráticos y cabello negro de nilón.

A Henri le gustaba contar aquella historia sobre los celos de Henne. Se enorgullecía de ser el autor de esa farsa en la que ella, tal como debió él de imaginarse, había representado a la perfección su papel de niña consumida por los celos.

¿Cuándo empezó Henne a teñirse el pelo de negro azabache? Lo siguió haciendo y lo negó hasta su muerte. Apenas la conozco de otra forma que con una cabellera negra como el carbón hasta las nalgas. Solo le dio un tijerazo cuando casi todos los niños del barrio se ponían a cantar «Ahí está la bruja-bruja» cuando la veían salir a la calle.

Después de que nuestra madre, Anna Alida, que había sido la última testigo del hogar de Henne, falleciera en 2005, mi hermana y su hijo, nuestro sobrino, se convirtieron en los moradores de un lugar secreto. El oscuro templo en ruinas de los enfermos, discapacitados y necesitados. Un sitio sombreado que quedaba totalmente al margen de la vida económica y de los procesos de producción y consumo de la ciudad. Solo Memo la visitaba de vez en cuando, y daba vueltas a su alrededor como un médico preocupado, preguntándole: «Oye, Henne, ¿de verdad comes suficiente? ¿Te cuidas bien?».

Me contaron que, tras su muerte, descubrieron que su casa era un basurero, unos establos de Augías. Ya hacía un tiempo que Henne no limpiaba ni fregaba. Y su hijo-y-sobrino-nuestro, que vivía con ella, era de los que creían que no había que interferir en las tareas domésticas de la mujer. Solo había orden en su frigorífico, donde una solitaria lamparita no iluminaba más que estantes vacíos.

En su último año de vida, HEHH se iba de vez en cuando en bicicleta a casa de Henne, para tomarse un café. Seguro que ella se lo servía amablemente, con dos terrones de azúcar. A veces me pregunto si ella se daba cuenta de que se había convertido en una cerilla consumida. Ya sabes, una de esas que se ha quedado totalmente negra y quebradiza. ¿De qué sirven ya? De nada en absoluto. De niña yo volvía a meter esos palillos deformados en la cajita de Säkerhets Tändstickor con la imagen de una golondrina con sus alas deshilachadas. Henri odiaba eso. Sin embargo, a aquella tierna edad yo no podía tirar algo así sin más y, presa de un temor al abandono

tan incomprensible como hilarante para mi entorno, incluso me despedía de mis excrementos. «¡Adiós caquita, adióóós!» ¿Qué sería de mis cacas? ¿Quién iba a ocuparse de ellas? Más tarde me volví despreocupada y descuidada, y me olvidé de todo.

Estúpidos excrementos. Estúpidas cerillas.

En ocasiones me pregunto qué pasaría si otra persona que no fuera yo contara esta historia. Por ejemplo, Max o Kaj. Verás, la cuestión es que cada vez soy más consciente de que mi vida es finita, al igual que la de otros, y de que tengo prisa; es como si pudiera ver cómo se acerca el final a través de las nubes de polvo. Siempre he sido lenta a la hora de entender otras vidas, aunque pueblen mis sueños y se me aparezcan como fantasmas mientras escribo. Solo entonces me doy cuenta de que he recordado lo que parecía haber olvidado de día cuando no escribía.

Sí, Henne Fuego, allí estás en la cocina de la Damstraat, vieja y a la vez dolorosamente moderna, como yo misma soy vieja y a la vez dolorosamente moderna. Nos preparas el pan. «¿Quién lo quiere con mantequilla?» Le echas una mano a nuestra madre. Llevas el coche (eres la primera mujer Holbein con carné de conducir). Conduces tocando alegremente la bocina, apretando el claxon, tut, tut.

«Digan lo que digan, siempre fui una buena hija», dices. Una frase que no logro quitarme de la cabeza como una cursi cantinela.

Una canción de Grótti esforzada y servil.

¿Qué es la lealtad? ¿Qué es la fidelidad? Algunos dicen que es una unión moral. Un aferrarse a un vínculo, un lazo o una obligación, en el que la perspectiva de ser excluido equivale al rechazo más dramático e impensable: el destierro.

En remembranzas fantasmales y angustiosas (porque se encuentran entre las dulces y tiernas), veo a mi padre con el pantalón arrugado y la camisa manchada de pintura al lado de Max y Kaj mientras hacen cosas de chicos. Un petardo rojo, bien hundido y escondido en una caca de perro o atado a una botella. Un cohete fabricado con un tubo de cartón lleno de pólvora. Un pequeño ascensor metálico de color ocre sujeto a cables de hierro que cuelgan hasta la ferretería de la otra acera (donde vive el mejor amigo de Kaj).

Veo cómo sonríe HEHH, su rostro se ilumina, está realmente allí.

El bienvenido, el invitado.

Sé que había días, los miércoles por la noche en verano o los jueves de otoño (recuerdo las tostadas con fresas…, las puertas del

«llano» abiertas, y nosotros, que mirábamos el juego de luces y sombras sobre las paredes…, las tiendas, iluminadas y abiertas porque ese día cerraban tarde, y la expectación de Anna Alida, Toddie y Henne), en los que yo casi creía y *quería* creer que todo era perfecto, que podría haber sido perfecto. Max y Kaj entretenidos en su mesa de trabajo, fabricando su «electrickery», los batidores de nata sobre la encimera… y viviendo en la mejor de las épocas, la mejor de las familias…

Y entonces sé que la memoria (*Mnemósine*) y el pensamiento y el recuerdo (*Hugin* y *Munin*) son crueles.

Quizá yo misma sea cruel.

Recuerdo los últimos intentos de acercamiento de HEHH a nuestra madre. Ella ya no lo soportaba. Si él le ponía la mano sobre el hombro, ella se estremecía y un escalofrío recorría su cuerpo.

También me acuerdo de una ocasión en que mi padre intentó unirse a la comunidad especial que formábamos los más pequeños, contándonos chistes tontos. El de un hombre que quería aprender a montar en camello y al que le daba instrucciones un habitante del desierto: para conseguir que el animal echara a trotar, tenía que decir «Puf» y para que se detuviera tenía que decir «Una gallina no es una piña». Y cómo nuestro padre alargó hasta la saciedad ese chiste tan simplón que todos habíamos oído ya una vez (cruzando cientos de kilómetros de Sahara sobre un camello que seguía trotando y trotando, pasando por Marruecos, Mauritania, Egipto, nubes de polvo, un calor abrasador), antes de contarnos por fin que el jinete vislumbra aterrorizado el barranco, pero no tiene la menor idea de qué palabras debe pronunciar para detenerlo. Para acabar (lanzándonos una mirada imperativa y resplandeciente, su público obstinado) con la esperada frase que llegaba muy tarde: «¡Una gallina no es una piña!» justo antes del barranco. Y el jinete, que entonces se saca el pañuelo y se seca la frente con un suspiro de alivio, «¡Puf, puf!», y el camello, que echa a trotar al oír los «pufs» y se precipita al vacío.

A esas alturas del chiste, Kaj y Libby ya se habían largado. Y yo me había retirado mentalmente sin apartar los ojos del trapito de algodón arrugado con el que HEHH se estaba secando la frente ilustrativamente (y que había escapado de forma tan asombrosa a las leyes del tiempo y del espacio).

Quizá sea esa la causa de este titubeo, este ritmo que modero al acercarme a la vieja habitación. Pues allí es donde se aloja el venerable Minotauro. Está ocupado resolviendo un rompecabezas, un acertijo, un problema matemático. Después de un tiempo, se percata de que lo estoy mirando y se vuelve. Tiene la mirada turbia.

«Ah —dice—. Eres tú, pequeña», y yo siento su soledad y quiero sentarme a su lado, porque quiero ayudarlo a solucionar el enigma. Y enrollo el hilo y escondo el ovillo.

A los bosques, a los bosques…, ojalá pudiera adentrarme en ellos para pasear y ver cómo la tierra se extiende suavemente ante mí, interminable, interminable, solo para permitirme pasear por el bosque. Creo que podría crecer en él y que podría llegar a ser tan alta como los árboles, para caminar con ellos a su paso lento, que es tan vertical como horizontal. Creo que en el bosque podría respirar. Y no me refiero a La Selva. (Mis bosques te permiten ver el mar, mis bosques escalan y cubren montañas, mis bosques se mueven.) El bosque y yo avanzaríamos juntos, al mismo ritmo, y yo le acariciaría el pelaje rugoso de su lomo como el de un enorme animal. Una bestia elegante y salvaje que es excepcionalmente intensa. Yo sería una hija del bosque, pero ¿por qué solo una hija? Sería el propio bosque y escucharía los latidos de nuestro corazón compartido, y cada anillo de crecimiento de cada árbol sería exactamente un latido de este gigantesco corazón.

* * *

Una vez, cuando tenía alrededor de veintidós años, vi al Minotauro caminando —debía de ser en la época en que Libby también se había ido de casa—. Él había salido de su laberinto y se paseaba por la playa solo y apartado, sin hablar y sin esperar en ningún momento el contacto humano. A cada paso, borraba sus huellas con la cola, tras lo cual, los hoyos que había creado se llenaban de agua. Su cola tenía la fuerza de un buey, y su cabeza se levantaba oscura sobre sus hombros musculosos. Ofrecía un aspecto de completo desamparo. Sus labios inhumanos no producían sonido alguno, solo fórmulas. La criatura, inteligente y perspicaz, parecía darse cuenta de que no era del todo humana.

Era un martes, el día más solitario de la semana.

En dos ocasiones planté cara a mi padre. La primera fue con mi apariencia juvenil de chica de trece años. Me puse de pie frente a él en su despacho del Varkenmarkt (donde él estaba sentado a su escritorio como de costumbre) y pronuncié mi «*Noli me tangere*». Padre, no vuelva a tocarme, porque he estado con un hombre.

La segunda vez tenía veintiséis años. Estudiaba literatura comparada, hacía poco que era madre soltera y daba clases en un centro de formación para adultos. Yo sufría por mi modo de ser y por

mi comportamiento, y me asustaban y acosaban las pesadillas antes mencionadas, que —puesto que ya llevaba unos años comiendo con normalidad— se reproducían en mi cerebro como setas salidas de un micelio venenoso. Aumentando su frecuencia consiguieron hacerse con el control de mi vida cotidiana y se colaban en mis actividades. Eran imágenes alucinantes. Las miraba con los ojos muy abiertos como si fuera Alex de *La naranja mecánica*, cuando impartía clases a mis alumnos huidos de la guerra y la persecución. O cuando preparaba un estofado para mi hija y para mí en mi piso. O cuando me adormilaba en el sofá, que había cubierto con un gran fular de cachemira (¡qué agradable y confortable!), y, en mi regazo, los libros de estudio abiertos con los márgenes llenos de notas para el artículo que debía escribir sobre la obra de teatro *Lear* de Edward Bond: «Escucha, Cordelia. Tienes dos enemigos: las mentiras y la verdad», y de subrayados y tachaduras…

Ciertamente estaba fascinada, pero también sentía aversión y temor por lo que me presentaba mi cabeza sin previo aviso. ¡Y con cuántos detalles inútiles y terribles! Una corriente de violencia multicolor. Nítida y a menudo (al igual que la obra de Sade) ridículamente imposible. Pomposa, absurda, con demasiados giros, contorsiones, lubricante y flemas. Caballos sin pellejo que transpiraban sangre y líquido linfático y galopaban por calles vacías. Órganos destrozados que se escabullían como medusas bajo mis pies. Salas de operación iluminadas con luces cegadoras donde los brazos de los cirujanos desaparecían hasta las axilas dentro de los pacientes maniatados…

Socorro, socorro, ya no estoy en mi sano juicio.

Esa segunda vez debió de ser en 1990. El Muro de Berlín ya había caído, pero Nelson Mandela todavía no había sido liberado. Entonces llamé, convoqué, emplacé a HEHH. «Quiero hablarte de algo.»

Una hora más tarde estábamos junto a los arbustos que hay poco después de la entrada de Cityplaza, el palpitante corazón comercial de Nieuwegein. Unos arbustos de un verde tan intenso que me permitía ver cada una de sus hojas, como si hubiesen sido pintadas por Pyke Koch, uno de los realistas mágicos tan admirados por HEHH. Una de esas representaciones sin profundidad; lo que está en primer término tiene los mismos contornos duros y está pintado con la misma precisión que lo que se halla en segundo plano, por lo que los sucesos no están separados en la distancia y, por lo tanto, tampoco en el tiempo o en el espacio. Él se aferraba al manillar de su bicicleta cuando dijo no tener recuerdo alguno de lo que le estaba contando. Su memoria era muy mala, me dijo, como un queso lleno de agujeros. Entonces ya era un hombre mayor. Asmático. Vi las manos salpicadas

de manchas mientras escuchaba su respiración superficial y miraba su pantalón gris demasiado holgado. Es posible que durante esos minutos que permanecimos allí, yo asintiera y le sonriera, antes de que él se alejara sobre su bicicleta negra de vuelta a casa, con mi madre.

Yo me quedé.

Me había dado el libro de Andersen.

Cuando nuestra realidad es diametralmente opuesta a nuestra esperanza, disponemos de diversas estrategias. Además de la percepción selectiva, también podemos cambiar nuestras anteriores convicciones. Inconscientemente hacemos lo mismo que hace un abogado cuando ejerce su oficio: recopilar pruebas y presentarlas de tal manera que apoyen de la mejor forma posible el lado deseado del caso. Una versión construida y selectiva de los hechos que coincida lo mejor posible con la realidad deseada. De hecho, lo que hacemos es reescribir la historia. La mentira nos conviene, pues soluciona algo para nosotros, lo liquida.

Hay pruebas de que mi padre era un hombre honorable.

* * *

Ahora que ya he avanzado tanto en este viaje cuyo objetivo es subir a bordo todo lo que en el transcurso de los años se ha ido separando y arrojando como censurable e indeseable, quizá merezca la pena detenerse brevemente en la muerte de Henri Elias Henrikus Holbein y lo que sucedió después. La muerte de HEHH se produjo en cuestión de minutos a primeras horas de una soleada mañana de octubre de 2001, el año de las Torres Gemelas. Anna Alida llamó y dijo con una voz llena de incredulidad que mi padre acababa de desplomarse en sus brazos sin demasiado ruido. «Papá ha muerto», así lo dijo. Aquel día, ambos tenían previsto venir a comer a casa con Oleg y conmigo y estábamos a punto de ir al mercado, con una larga lista de la compra en la mano (carne de ternera para asar, guisantes frescos, patatas, y huevos, azúcar, leche y harina para los panqueques de postre). Hacía solo un mes que los dos aviones se habían hundido en las torres. Sin embargo, Henri Elias estaba viejo y demasiado ausente para pillar mucho de lo que sucedía o para que le afectara. Pasaba la mayor parte de sus días durmiendo en el sofá, y ningún 11 de septiembre, y en realidad ningún otro suceso, podía cambiar eso. Esto irritaba sobremanera a nuestra madre, Anna Alida, que (estuviera él despierto o dormido) subía cada vez más el tono de voz hablando de sus planes para después del divorcio (luego, pronto, rápido), como si los años intermedios no se hubiesen vivido realmente, y los guardaran y

almacenaran en algún lugar para ella. Al igual que yo, aquel radiante día de octubre, Henne se apresuró a ir al apartamento para jubilados donde Max, Libby, Kaj y yo los habíamos ayudado a mudarse un año antes. En aquel entonces, Henne tenía más o menos la misma edad que yo cuando ella murió. Y recuerdo muy bien la atención y el interés que pusimos las hijas Holbein (salvo Toddie, que no apareció) en el cuidado del cuerpo que yacía ante nosotras sobre la cama como en un sarcófago (las manos impecables, el borde dorado de la alianza, los genitales expuestos, como frutas extrañas, el rostro que era tan impenetrable como una piedra).

No dijimos gran cosa. ¿Me pasas la toalla, queda agua limpia, una manopla? ¿No deberíamos afeitarlo? Es posible que el muerto soltara alguna ventosidad. Tampoco dijimos nada al respecto mientras lo lavábamos, frotábamos y secábamos. Yacía en su ataúd rodeado de peluches, dibujos enrollados y cartas de sus nietos metidas en sobres de colores.

A veces sueño que voy al cementerio y las desentierro con mis propias manos.

Por cierto, se me ocurre otra cosa en relación con su fallecimiento. Es imposible que por nuestra parte hubiese solo devoción. ¿Por qué, si no, no lo metimos bajo tierra y lo dejamos en casa sin una buena refrigeración hasta que la punta de su nariz (un elemento característico de su cara) empezara a ennegrecer mientras su cuerpo se descomponía entre los animales de peluche? ¿Por qué estábamos inclinadas sobre él como orquídeas que se marchitan, alargándose, curvadas, serpenteantes y retorcidas, pervertidas? Sí, nuestro amor tenía una dimensión enfermiza y fue fruto de un apego demasiado grande. Sin embargo, eso no explica por qué lo espiábamos y observábamos con curiosidad a través de una rendija más allá de los límites de la muerte.

Era nuestro dios, que se estaba pudriendo durante aquellas (¡seis!) noches de velatorio. Nuestro dios, que se convertía en carne marchita que quería desprenderse de los huesos. No hubo resurrección ni renacimiento. Ni un triunfo ni una victoria, sino una nauseabunda repulsión mientras escuchábamos el grito de terror de las células, su miedo a la descomposición, al espacio inmenso y horrible entre los átomos. La conciencia (sin pensar, pues pensar ya es imposible) de que ya no *existe* un «yo» que lo abarque todo. Y el breve destello, sentido a la vez por todas las células hasta su núcleo, de que este yo artificial ha sido una construcción cultural.

Mauriac, Diderot, Delacroix, Baudelaire, todo fórmulas…, ¿dónde estáis ahora, dónde?…

Sí, un enorme pánico e incluso rabia en las células, incluso en las

nuestras, puesto que todas ellas se originan a partir de las células. *Omnis cellula e cellula*.

Y tristeza. Que sube muy arriba, hasta el cielo. Por Henri, que preparaba buenas sopas y que tenía unas manos bonitas. Que hubiese querido ser artista.

Ah, pero ¿a qué viene este gimoteo sobre una infancia dotada de impresiones tan fuertes? ¿Creemos los animales humanos que somos tan especiales? Siempre hablamos de la época de nuestros inicios. ¿De dónde sacamos la fatídica idea de que nuestros primeros años en esta tierra deberían estar llenos de felicidad, calor y ternura? ¿No nos basta con existir? Pregúntele a una persona cualquiera sobre su infancia y se abrirán las compuertas. ¡Increíble lo que saldrá! Los animales no son así. Las plantas, ni una palabra. Los insectos se convierten en crisálidas y luego se quitan la piel de encima sin rechistar. Ninguna cigarra se queja de los siete o catorce años que pasa bajo la tierra negra. Sale al aire libre, alborozada y chirriando, dispuesta a reproducirse. Todos cazan, galopan, se lamen el pelaje, disfrutan del sol, espantan las moscas con la cola, incluso vuelven a tener una camada colgada de los pezones. Quizá regresen (pero son criaturas grandes y lentas) una vez más al lugar donde hay un montoncito de huesos blanqueados, se detengan y mujan en manada. Vuelven a avanzar. Evolucionan, se desarrollan, se convierten en anomalía, en algo especial. Incrementan su capacidad de supervivencia, se propagan, construyen fuertes, defensas. Forman parte del gran pandemonio. Un pedazo de diversidad magnífico, único e inigualable, aunque muy exterminable: zzzing-zang-zzummm…

Sí, puede que haya animales locos, chiflados, desquiciados, fantasiosos y perezosos. El humano es un animal de costumbres, con un comportamiento inveterado. Por ejemplo, alguien pone una mano en la parte baja de una espalda o sobre el monte de Venus y las piernas se separan obedientemente. También monótono, con los consabidos gritos, exclamaciones, suspiros… A veces no se oye la diferencia y es que no hay diferencia… entre rajitas, coñitos, traseritos, boquitas… Todo puede soportarse, eso también lo saben los animalitos humanos, y eso es lo más insoportable de todo: la recurrente sonrisa, una especie de paz y resignación. El dulce soborno. Mars, Snicker, chocolate de Verkade. HEHH pone las monedas, céntimos y florines, en fila delante de ti sobre el escritorio de metal y, poco después, los dientes de leche ya perforados por las caries se hunden con glotonería en las gruesas capas de chocolate con avellanas, pasas y caramelo: mmmmmmmm-mmm.

Y, a pesar de todo, durante esa etapa de sordo crecimiento también conocimos el consuelo y el placer de lo especial, de lo ordinario. En

los meses de invierno, una botella de agua caliente dentro de su funda de lana que hacíamos girar con las plantas de los pies ardientes, la ropa de cama de franela, la luz del sol que ilumina de rojo anaranjado la punta de los dedos. El crujido de la expectación (¡flores de escarcha!, ¡flores de escarcha en los cristales!). Un velo de encaje blanco que se arrastra silencioso sobre una capa de nieve. Gotas de sangre que brotan después de arrancarse las cutículas. Deliciosas costras negras para rascarse. (La voz de Libby: «¿Me ayudas a hacer ropita para mi muñeca recortable?».) Una manta adicional debajo de la cual te quedas dormida.

Hoy en día, después de una cena que tal vez haya sido demasiado pesada y abundante, mientras te palpas el cuerpo desnudo debajo de la sábana, surge la idea de: hay que ver, ya hay canas en el vello púbico rizado, ¿cómo es posible?

Y al despertarte oyes cantar al mirlo. ¿Ha llegado la hora de la venganza o de la reconciliación?

Acabas siempre suplicando y haciendo un trato con el Dios rechazado. «Jesusito, si dejas que Oleg siga viviendo muchos, muchísimos años y no nos separas, para que no tenga que recorrer sola las estepas de mi futura existencia y me baste con extender la mano para encontrarlo a mi lado en la cama…, siempre que pueda hundir mis nalgas en su vientre para que siga la reacción de Pávlov de sus dedos que me cosquillean y me acarician tranquilizadoramente (he aquí a la paciente y su cuidador) y permites, Jesusito, que él viva lo suficiente para poder presionar una almohada sobre el rostro, si es realmente necesario, lo juro, *solo* en caso de que vuelva definitivamente el miedo infantil (un miedo que no desaparece porque a través de los conductos de la memoria es lanzado sobre el fondo del viejo pozo; ¡increíble, menudo pozo!); entonces, siempre que eso sea posible, Jesusito, creeré en ti. Y te alabaré y te ensalzaré. De forma melodramática, recatada (en tono agudo o gruñendo como un animal que trajina entre el denso follaje…), como la Planta Divinamente Vegetativa e Indeciblemente Misericordiosa.»

Además: no te gustan las víctimas. Santo Dios, ¿acaso las víctimas no son pesadas y terriblemente aburridas? ¿Con sus jeremiadas…, sus extraños rituales de expulsión y sus viejos temores que nunca desaparecen del todo? Dan ganas de gritarles: sal y vive. Coge una escoba, una pala, un cuchillo, unas tijeras. Reúne algo de capital, puesto que acabarás muerta como todos los demás. Diviértete, baila, ve de fiesta, métete una vela de cera entre las nalgas. Cómete un risotto preparado con esmero. Inclínate ante el pene de tu marido, el pobre no tiene la culpa.

Cuida de algo o de alguien. Vete y ama. Alimenta a tu mascota,

perro o gato. Al fin y al cabo, ellos no tienen pulgares oponibles para poder abrir solos una lata. Lee un libro, escribe una carta. O acércate en silencio al armario chino verde esmeralda y saca las tijeritas curvas con las que fantaseas sobre el tijeretazo…, aunque con ellas hagas trizas el sueño seguro en el que has querido esconderte: era un hombre bueno, un hombre viejo, un hombre amable, atento, en absoluto como el Minotauro que te penetró con su picha caliente (métela, métela, pon la cerdita encima y caliéntala por dentro).

Anna Alida: «Niña, qué forma de andar tan curiosa».

«Caminas raro», gritan en el patio de la escuela, y es cierto. *En efecto*, tienes unos andares ridículos. Las nalgas apretadas, tip, tip, tip, de puntillas…, tu forma de moverte resulta cómica. Cuando tienes miedo o estás excitada (en ese acoplamiento solitario) la portezuela nocturna se abre por obediente costumbre.

Y te conviertes en una mancha apestosa.

Sin embargo, más que preocuparte sobre toda esta vergüenza, estás irritada, y te ocupas de la estética. ¿Qué puedes y debes hacer si te has vuelto tan común, ordinaria y banal como una maldita víctima? ¿Dónde está entonces la maldita gloria? El caso es que sigues teniendo ideas y sueños. De una huida a lo grande. Y deseos. De sacudir las nubes, como Thor u Odín, hasta que caiga la lluvia. De hacer algo que sea real y a la vez menos real. Una historia. Tu reino por una historia verdadera y decente. Una que sea totalmente imaginada e inventada. Pero no como te imaginaron e inventaron a ti, convertida en la fantasía ajena. ¿Cómo escapar de este monstruoso engendro, ese perro-gato que se muerde eternamente la cola?

Piensas en convertirte en una asesina.

Piensas en convertirte en una necrófila. ¿En serio? Sí, de verdad, ¿por qué no? Los muertos necesitan tanto o quizá más calor y amor que los vivos. En primer lugar, no te asustas fácilmente y las cosas no suelen darte asco o parecerte repugnantes. Te han sometido a un buen adiestramiento. Hace tiempo que te tragaste tu orgullo y es raro que algo te parezca apestoso. Por supuesto, reconoces el olor de la putrefacción, pero tiene un componente cálido, casi maternal. Por ejemplo (adiestrada de esta manera lenta), te ves yendo al cementerio para abrir los ataúdes y ocupar un lugar entre los padres ya sosegados y tranquilos. Para tumbarte junto a ellos ahora que están calientes y cubiertos de tierra, y hacerles compañía en sus momentos de necesidad, mientras se hallan en pleno proceso de descomposición. Incluso podrías tocarles el vientre, los brazos, las piernas, moverles las cabezas para que estuvieran más cómodos. Puedes considerar ese tipo de cosas, imaginarlas; suenan como el sonido de una nana…

Podrías yacer con ellos (un ratito), claro que sí.

Podrías leerles un cuento, contarles historias, recitarles poemas. Podrías ver una película con ellos. Proyectarles un largometraje. Podrías quererlos de nuevo y enseñarles a amar. Ahora, ellos estarían muy callados. Puede que tranquilos como unos niños.

Y en la hierba sobre vosotros se oyen canturreos, zumbidos y murmullos.

Sí, Henri Elias Henrikus Holbein ocupaba los territorios de Henne Fuego, Toddiewoddie, Libby y yo misma. Un acto que puede considerarse como una ofensa de cierto peso. (Sin embargo, ¿cómo vengar semejante ofensa en un mundo que, como he dicho, no soporta la ira de las mujeres?)

Quizá sea preferible conservarlo todo para la casa de Toddiewoddie. Su refugio. Solo allí nos es posible ser las Grayas o Moiras, como nos llaman los griegos, y compartir nuestro único ojo, oreja y diente. Para celebrar el aquelarre y la fiesta de nuestra cólera sin reparos.

Cólera como una canción de rocas que se derriten. Cólera violenta y medicinal. Amarilla, dorada y naranja, que sale burbujeando como la lava.

Abundante, gloriosa, escultural.

8. AQUELARRE («GRAND GUIGNOL»)

Por fin nos hemos reunido, juntas sumamos más de ciento setenta años.

La primera toma pastillas, la segunda hace torres con la ceniza de sus cigarrillos y se queja de su vello púbico, que «se ha vuelto hirsuto como el pelaje de un perro», la tercera escoge con cuidado sus vinos.

—¿Otra copa?

—Adelante.

—¿Un pitillo?

—¡Un pitillo!

—Tengo palpitaciones, ¿me pasas una de esas pastillas amarillas?

Bien, ¿qué hacemos con HEHH?, preguntan riéndose las hermanas. Venga, ¿quién quiere ser la primera en confesarlo?

—¡Oh, escupir sobre su tumba y saltar sobre su lápida!

¡Eso ya lo hemos *hecho*, ya ha *sucedido*, ya está *hecho*!

¿Quién ha sido?, ¿quién ha dicho esto? ¿Es Libby, nuestra hermanita pequeña Libby, que los días después de la muerte de Henri miraba con tanta atención cómo su órgano olfativo se teñía de azul negro? (Ahora debe de estar realmente muerto, pero por si acaso esperemos un poco más…)Bien, ¿quién es la siguiente? Ajá, es la que esto escribe. Bueno, a esa loca no le queda mucha razón en la azotea. Fijaos cómo saca la punta de la lengua, reluciente de placer (por primera vez en días, semanas, quizá incluso años) al pensar en el plan, la idea de poder cortarlo a pedazos; miembro por miembro, extremidad por extremidad (con un cúter, y oír cada vez el delicioso clic al sacar una nueva cuchilla, afilada y brillante como un pececillo de plata), para poder cortarlo y zas, zas y zas, cada vez más fino y delgado…, hasta que del tal HEHH no quede nada más que algunas jugosas tiras de carne. Espera, no, nada de cúteres, piensa en la elegancia y la sofisticación femeninas. ¡Mejor con unas tijeritas para las uñas! Sí, recortemos una preciosa flor de carne de Henri y convirtámoslo en algo totalmente distinto…, empezando por los pétalos…, la lengua y los genitales no son necesariamente las partes que deben mutilarse, basta con desplazarlas y arrancarlas de la tierra donde crecen. Convirtámoslo en otro tipo de lecho de flores,

hundamos el escroto dentro y convirtamos la lengua en unas bonitas colgaduras. Habrá que colocarlo todo con cuidado y esmero (no tiene por qué ser perfecto, sino como los pétalos de verdad) alrededor del tronco o del pistilo que —dependiendo de la luz, el calor y la atención — descansa o crece en el centro…, *quizá me dé por insuflarle vida, como hacía antes*… (esto último susurrado). Mmmm, y después seguir recortando lo que queda con el objetivo de hacer una obra de arte orgánica que encaje en el entorno y resulte un poco atractiva y agradable a la vista…, ese es mi deseo. Amén…

Sin embargo, ¿basta con eso? ¿Es suficiente? No, no es en absoluto la seguridad que necesitan las brujas. A fin de cuentas, sigue siendo una composición, se puede adivinar aún una forma humana o la intención de convertirse en carne humana, con el fluido de hemoglobina dentro que impulsa a la acción: tocar, empujar, agacharse, resoplar, chillar, masticar, gruñir, actuar y tomar todo tipo de decisiones. Por ello, la deconstrucción debe ser mucho más sofisticada y absoluta. Lo mejor es desmigajarlo, despedazarlo o deshilacharlo del todo, hasta que no quede más que papilla o puré. Que ya no se mueva y solo pueda ser puesto en movimiento por otro.

¿Están satisfechas las brujas? Por desgracia, todavía no es suficiente. Ellas preferirían destrozar y desgarrar hasta que destrozar y desgarrar dejaran de ser acciones ejecutables y ya no quedara ni rastro de estructura. Pero ¿entonces qué? ¿Qué tienen que hacer con esa nube, esa pulpa de material genético? Oh, Dios mío, Señor, Alá, Odín, Jesucristo y Zeus, ¿adónde deben llevarla, y en qué lugar deben esconderla para estar ab-so-lu-ta-men-te seguras de que nada pueda resurgir de esa pulpa?

No, no es posible. Sin embargo, *ese* (escuchad los susurros, observad las muecas en sus rostros) es nuestro deseo.

—Amén.

—Amén.

—Amén.

Aunque nunca me harto de comer la pasta de coditos de Toddiewoddie, esta vez me sabe realmente a gloria, ahora que su habitación se llena con nuestros rugidos de leonas.

—¿Quedamos esta noche? No, no puedo. Tengo una cita con mi padre.

Jajaja. Jajaja.

(Con acento de La Haya:)

—Oíd, oíd, ¿os pasaba también a vosotras? Que los domingos papá con su cipote bien untado de Nivea… Sí, claro, pero nunca los martes. No, qué va, los martes debía de estar cansado. Seguro que sí, los

martes estaba demasiado cansado para eso.

Jajaja. Jajaja.

Toddie ha utilizado carne enlatada Smac, como antes, puré de tomate doble concentrado y cebollitas Hero. Sobre el aparador, delante de un retrato de Henne Fuego, humea una velita (de lavanda). En esa foto tiene treinta y dos años. La otra, horrible, en la que ya se la ve demacrada, está en el cajón superior, envuelta en pañuelos de papel. («Por favor, guárdala, Toddie, por favor…, no vuelvas a enseñarla nunca más.»)

Toddie rellena las copas. Tiene setenta años, y sigue conservando gran parte de su impetuosa sexualidad. Después de su tercera copa de vino, la que esto escribe empieza a cantar, alborozada, una canción sensiblera.

(*Incesto*, el musical:)
«Yyyyy…, están mancilladas de por vida,
maltratadas por su propio padre, ¡oh!
Su alma inocente hecha trizas,
su cándido corazón partido,
—¡oh!»

Bueno, resulta difícil describir o rememorar el intenso placer que experimentamos las Grayas o Moiras con nuestro juego de brujas y nuestra estancia en el piso de dos habitaciones de Toddie. Un placer que se ve aumentado (y a la vez limitado) porque jugamos en su choza de Baba Yagá, donde nadie puede vernos y donde nuestra saliva puede fluir libremente.

Aunque (mentalmente) hayamos destruido por completo a HEHH («¡*Yo* soy el que manda aquí, yo soy el jefe!», «Ji, ji, ji, ahora somos *nosotras* las que mandamos, *nosotras* somos las jefas»), y aunque Toddie y Libby se revuelquen de risa por los suelos cuando afirmas que su casa —es decir, la casa de Toddiewoddie cuando vivía en ella aquel psicópata de Toni P.— sigue siendo en tu recuerdo el hogar más cálido y más seguro —en comparación con la otra, naturalmente—, un lugar más agradable, más encantador, pero sobre todo más claro, porque allí, de día, al menos podías llevar tus gafas, a pesar de ello surge la idea de que tal vez no sea suficiente y que debamos repetir de nuevo la ejecución.

Ooooh, ¿qué queremos?…, pero ¿qué queremos?

—Yo me pido… un tío bueno…, aquí en la galería solo vivo entre zombis. (Toddie)

—Yo quiero algo de dinero en el banco, ¡e irme algún día de vacaciones, maldita sea! (Libby)

Y sesenta mil agujas para clavarlas debajo de las uñas de los dedos de HEHH. Una sábana de hierro, para rehogarlo a fuego lento…

Sin embargo, ¿es necesario hablar todo el rato de él, es realmente necesario?

Un hombre tan pequeño.

Un hombre tan normal.

Un hombre tan *muerto*.

Huelga decir que tenemos algunos «problemas con papá».

Por cierto, ya que hablamos de ello y él es el tema de conversación, ¿qué es eso de largarse a la francesa y quedarse cómodamente tumbado en un hoyo de tierra? ¿No va siendo hora de despertar al señorito? ¡Sí, ahora las brujas tienen algo que decir! ¡Ahora las chicas Holbein quieren tomarse un respiro!

(…)

Servimos la segunda botella de vino, mientras ya sacamos la tercera. Por fin hemos reunido suficiente valor. En la intimidad de la choza secreta levantada sobre patas de gallina se pone en su sitio al cadáver en descomposición de HEHH. ¡La muerte no es excusa! Toddie se encarga del reloj y ajusta el temporizador. Libby coloca el cuerpo en posición. Ofrece un aspecto desagradable, pero no es fácil impactar a estas mujeres. Ya hace décadas que le rindieron todos los honores. Sacan los gusanos y las lombrices a golpecitos del cuerpo, enderezan los huesos. Que el muerto hable por sí solo. (Necesitará un abogado, un abogado defensor. Quizá quiera hacerlo uno de los hermanos, Max o Kaj, si es que les dejamos asistir a semejante escena.) Menos mal que se trata solamente de una descripción, esto significa nada de olor, solo la tranquilizadora distancia de las palabras escritas. Pues os lo digo con total franqueza: los muertos no cuidan en absoluto de su higiene personal, no se ocupan de sus olores corporales. ¡Y eso —me apresuro a decir— a pesar del empeño que, en vida, HEHH ponía en este sentido! Siempre un pañuelo a mano. Siempre aseado, con el pelo cortado, y afeitado. Limpio hasta en el último rincón y orificio.

Empieza el interrogatorio… *Quid pro quo*, algo a cambio de algo. ¡Tiene derecho a defenderse! Preparamos el reloj de arena. Le ahorraremos la cegadora luz del día, los muertos no la necesitan.

¡Habla!

Pero: la lengua del muerto está gris, enmohecida e hinchada, y apenas se entiende lo que farfulla… ¡Qué mierda de dicción!… («¡Incorrecto! Se equivoca de palabras, es totalmente ininteligible, necesita un logopeda con tanto castañeteo de dientes, ¿o es que no lleva puesta la dentadura?») No, no merece la pena. Ni el tiempo de escucha de nuestro único oído, ni la vista de nuestro único ojo (por

cierto, ¿quién lo tiene?), ni el rumiar pensativo de nuestro único diente. Y pensar que en su día él fue un maestro tan elocuente y decidido, cada una de sus palabras era un guijarro frío, la tortura china de la gota sobre la frente. (¡Estupendo, que escuche! Ahora somos nosotras las que tenemos la palabra.)

Lo que viene a continuación: ¡cuánta amargura, cuántas obscenidades, cuánta cólera!

(…)

No, te lo aseguro, perdidos están los que no pueden perdonar. Perdidos están los que ni siquiera pueden soltar un cadáver. Al final, todo delito se vuelve contra los ofendidos y heridos. No queda mucha dulzura o amabilidad en estas brujas. (Y eso que eran unas niñas tan bonitas y cariñosas, unas libélulas tan dulces y delicadas, ¿qué ha quedado de eso ahora?)

Mira esa carne pálida y temblorosa, ¿acaso no pertenecía a su padre? ¿Y acaso este acto incriminatorio de su desenfrenada venganza no es atroz? ¿Acaso estas tres miserables hermanas, una de las cuales soy yo, no son una abominación? ¡Qué poco cariño y dulzura hay en nosotras! ¡Somos como un juego de cuchillos, como tres tijeras! ¡Ese tono!

Venga, que empiece la defensa, con la lista de sus buenas obras. (Pues mira, esto y aquello, y así y asá, tal cual.)

Kaj, nuestro hermano pequeño, llora.

—¡También tenía cosas buenas!

Entonces, la niña con el hueco entre los dientes da de pronto un paso al frente y niega con la cabeza, sobre su mejilla corre una lágrima.

¡No era así, no sucedió en absoluto así!…

Se pone a cantar una nana, una canción de cuna…

Por un momento nos hemos distraído.

¿Y luego qué? Caos en el pequeño apartamento. La víctima intenta escapar, quiere taparse los genitales (vergüenza, vergüenza):

—Dejadme *irr, ooooh, dejaaaadmeeee irr*…

Lo ha quitado todo de la mesa, mientras nos resoplaba agresivamente, bufando como un gato erizado, con la piel repleta de ampollas, granos y úlceras.

¿Oído, ojo y diente? ¿Nuestro ojo? Lo perseguimos chillando y palpando a nuestro alrededor.

—Cogedlo, agarradlo. Detenedlo.

El aquelarre. Tenemos que repetirlo pronto, el año que viene, oh, el año que viene *seguro*. (Toddie: «Entonces iremos a tu casa y volveremos a pasar juntas todo el día, comeremos tus albóndigas. Al

menos, yo me las comeré, quizá sean las últimas pelotas que me coma».) Después volvemos a casa en el carro de escobas y allí nos disfrazamos de escritora, artista, ama de casa, madre soltera, anciana con una modesta pensión. ¿Gatos? También hay gatos. Allí está el gato *Jevgeni*, peludo, descolorido, curtido. Y allí, por el pequeño jardín de la modesta casita de dique de Libby, se escabulle el gato *Grijsje*.

(Toddie: «Yo tengo mi conejito, también tengo que pensar en él, también necesita cuidados».)

Sí, parecemos satisfechas con nuestra venganza. No obstante, esa satisfacción es breve. Es un momento fugaz.

Porque había un antes. Hay un antes que permanece.

En un principio, el Minotauro era amamantado por su madre. Solo más tarde se le empezó a dar carne humana y, cuando se lo consideró demasiado peligroso para su entorno, fue encerrado en un laberinto especialmente diseñado para él por Dédalo. Todo el que entraba en él quedaba atrapado, decían, y no encontraba la salida sin ayuda.

* * *

Deprisa, deprisa, ya no se puede posponer más…

A finales de 2015 y principios de 2016, después de nuestra larga y agitada estancia en la guarida invernal, cuando la caída de Henne me obligó a iniciar esta investigación sobre nuestro pasado compartido, pero a la vez incomunicable en la casa Holbein, un pasado que se me apareció de forma brusca (perdí todas mis ganas de vivir y me sentía apartada del mundo), no tenía la menor idea de lo compleja y exigente que sería la tarea que me había impuesto a mí misma. No puedo negar que mientras escribía me sentí a menudo nerviosa y atemorizada. Y a veces todavía ahora. Las experiencias descritas por mí habían entumecido mis sentidos, pero al despertar los agudizaron mucho. Sobre todo, mi oído. Durante un tiempo, oía todas las cosas que sucedían en el cielo y en la tierra; y también algunas cosas del infierno:

—Papá, papá, ven a buscar al monstruo que me espera en la oscuridad, se esconde en el armario, se desliza por la pared.

—¡Los monstruos no existen, cariño, solo las personas de verdad y su imaginación desenfrenada!

Además, tenía miedo de que pensaran que me había vuelto loca. Sin embargo, más me atemorizaba que nadie lo pensara, por lo que no me quedarían más escapatorias. Ahora sé que había un hechizo que he añorado algunas veces, porque me protegía contra la realidad.

No niego que me costó mucho tiempo y esfuerzo poder pensar en los Holbein como en una enfermedad y poder describir nuestra familia

como un sistema corrompido. A fin de cuentas, ello exigía que me estudiara también a mí misma, y de este modo me convertí en mi propia placa de Petri. (Ahora sé que soy una persona bastante cooperativa.)

Además, mi deseo tácito (de escritora) es ganar la medalla a la honestidad para nuestra familia. Presentar nuestra historia de tal manera que podamos mostrarnos como las orgullosas poseedoras de excelentes cualidades. Pero si nos describen desde el exterior, enseguida llama la atención una incongruencia. Una contradicción y vacilación interior. ¿Y por qué?, podría preguntarse alguien que no nos conozca. ¿Acaso no estamos dotadas de talentos e inquietudes? ¿Acaso no tenemos amplios intereses? Por la astronomía, la física, la biología. Por el griego y el latín, tanto como por las matemáticas (incluidas el álgebra y la geometría), por la física, el bello arte del ajedrez, la literatura, la cocina, la pintura, el dibujo… ¿No tenemos un espíritu práctico y técnico, y grandes capacidades en muchos terrenos? ¿No inventamos canciones infantiles (*Soy un piojo feliz, vivo en una cabeza llena de pelo infantil, allí me busco la vida*; ¡soy un piojo *feli-iz*!)? ¿No poseemos talento para la improvisación, y el humor negro, y acaso no sabemos reírnos de nosotras mismas? Esta estirpe también ha conocido la abundancia. ¿A qué viene entonces eso de menear las piernas y tamborilear, eso de bajar los ojos rápidamente, taparse la boca con las manos, dientes podridos, eso de vagar por las noches o no poder conciliar el sueño? ¿Esas caras pálidas, esos gritos y eso de guardar inesperadamente un silencio mortal? ¿Por qué nos meneamos con tanto nerviosismo y tanta torpeza, y en compañías selectas casi ni nos atrevemos a movernos? ¿O a qué viene esa necesidad de soltar palabrotas de repente, como si tuviésemos el síndrome de Gilles de la Tourette? («¡Entonces hice pedazos a esa perra, a esa zorrita!» «Aaaay, me pica el culo, me molesta la raja.» «¿Quieres queso de ombligo, crema de cerumen?» «Bah, perra asquerosa, ¿es que no viste en la tele el *sketch* de los de *Jiskefet* mamándosela a san Nicolás? ¡Chúpamela hasta el fondo!»)

¿Por qué nos rebajamos de esta manera y por qué casi veneramos la privación? (Libby: «No, yo no necesito nada, nunca lo he necesitado. Puedo salir adelante con menos, con nada».) (Toddie: «Oh, no lo sé, soy demasiado tonta».) Conocemos la crueldad, ¿a qué vienen entonces esas miradas cargadas de sentimiento? Observamos, sin inmutarnos, los sesos que estallan en las películas de zombis o los destrozos causados por el impacto de una bomba, pero no soportamos la visión de niños jugando, o de animales enfermos o heridos con pelaje o plumas, o de flores que se marchitan.

Veo con creciente nitidez quiénes somos. Somos las herederas de un mundo lleno de camuflaje y (auto)engaño. Supongo que fue todo

este engaño vivido lo que durante un tiempo me impidió tomar la palabra. Así, en 2017 estaba tumbada en el suelo, inmovilizada a causa de una hernia, mientras esta historia me sacudía y corroía por dentro y me destrozaba los nervios y reptaba por mi espina dorsal como una rata.

¿Qué podía hacer? A fin de cuentas, todo parecía traición o imposible…

Pensé en mi hermano Max, el introvertido cerrajero de nuestra infancia. Catorce, quince, dieciséis años…, en «el llano» de la Damstraat mirando las estrellas y la luna con su telescopio (en un intento por comprender el misterio del universo, que es un enigma igual de grande que nosotros mismos). «¿Quieres mirar tú también?», pregunta sosteniendo en alto a su hermana de cuatro-cinco-seis años. Después de girar y ajustar la lente aparece la luna, como un cráneo gigantesco en el cielo nocturno; un milagro de un frío gris blanco.

Era un chico guapo, guapo como Alain Delon. Retraído. Callado. El brillante mozo de cuadra, encerrado en su cobertizo. El escudero que tocaba la guitarra como nadie. El muchacho que hacía dibujos fantásticos en carboncillo. De jóvenes preciosas con pechos redondos, caderas estrechas y melenas largas que ondeaban en el agua: ondinas.

Muchos años más tarde (cuando ya hace tiempo que se dispararon todas las flechas del arco tensado temblorosamente), él sigue esperando a veces, en noches de perfecto silencio, ese momento especial en el que nos pueda enseñar a Oleg y a mí, la que esto escribe, lo que normalmente permanece invisible. Los anillos de Saturno, las lunas de Júpiter. Y a través de un rasgón del cielo nocturno se entrevé su cuarto de adolescente con un póster de Salvador Dalí. *La tentación de san Antonio*. Unos elefantes con finas patas de insecto cargan con una carroza en cuya ventana se ve un torso femenino y resoplan a través del espacio y el tiempo. Sobre su cama hay libros de bolsillo de ciencia ficción con las esquinas dobladas, de Isaac Asimov (*Yo, robot*) y Brian Aldiss (*Invernáculo*). Sobre su pequeño escritorio (justo debajo de la trampilla que conecta su cuartucho viciado con la habitación de las niñas) hay un libro abierto con fotos borrosas de una solitaria luna en blanco y negro, con sus grietas y cráteres, sus simas y montañas.

Pensé en Toddie:

«El mundo es un lugar duro y hostil, te lo aseguro. Vivimos en un mundo muy egoísta donde todo es yo, yo, y nadie más que yo. ¿Sabes?, no esperaba nada y no lo necesitaba en absoluto, pero mi yerno me dijo: Toddie, hoy es tu cumpleaños. Cumples setenta. Son muchos años. Hoy es tu cumpleaños y tu televisor está roto, venga,

vamos a hacerte un regalo, ¡salimos en busca de una sorpresa! Y va y conduce en coche hasta MediaMarkt y me deja que elija un televisor, no nos pasemos, pienso yo, no voy a coger uno muy caro, este no está mal, este es bonito, le digo, y él me dice: ¿ese, eliges ese? Tú misma, pero también puedes elegir uno más grande en el que quepa todo, y yo pienso: ¡ahí va!, ahora me van a hacer un regalo de verdad, estoy pasmada, y elijo uno bonito, no demasiado complicado con todos esos botones, no lo necesito, pero él me dice: venga, busca bien…, y lo paga y dice: ya está, feliz cumpleaños, un televisor nuevo para los dos; y luego volvemos a casa y él me da su vieja tele.

»Sí, a veces me pregunto si el mundo siempre ha sido tan frío, quizá sí. Cállate, dicen, cierra la boca, se atrapan más moscas con miel que con hiel. ¿Qué pasa si yo ya no quiero?

»¡La vida no vale nada, ni un céntimo!

»El día que nació aquel pequeño yo llevaba un vestido azul marino; un vestido azul marino con una chaquetita azul. Te cubren con una tienda de campaña, sacan al niño, y tú no ves nada.

»Pero ahora está con una familia buena y como Dios manda, y yo le puse el nombre.

»Ah, ¿sabes lo que me hace llorar a menudo? Se me rompe el corazón cuando pienso en ello… Era en 2014, Henne se había emperifollado y se había puesto un bonito vestido para la boda de su primogénito, y su ex, el puto Niko con su nueva novia con ese careto, la dejó sentada sola durante toda la noche y no bailó con ella ni una sola vez, pese a que era la madre de sus hijos y él había estado casado con ella veinticinco años, y encima se burlaron de ella, porque no se había afeitado las piernas.

»No, no creo que las cosas mejoren. Creo que el ser humano es malo y perverso».

Y pienso en Libby, que en 2016 cogió sus cuadernos de primaria y sus diarios que cerraba con llave (y que, no obstante, tenían tachones que Henri Elias Henrikus Holbein había hecho con rotulador: *¡Mal! ¡Error ortográfico! ¡No escribas así!*) y los lanzó a la hoguera en su jardín. Apoyados contra la valla estaban expuestos los cuadros de nuestro viejo maestro y también acabaron siendo pasto de las llamas. Aquel mismo día, Max, que tras su divorcio se mudó a Nieuwegein y ahora vive a tiro de piedra de Libby, la ayudó (con los ojos recién operados y llorosos: «No, no es nada, solo una mota de polvo») con manos temblorosas a cortarlos en pedazos con un serrucho (en su periodo de pobreza, HEHH los había pintado sobre tablero aglomerado). Adelante…, echadlos a las brasas.

A Memo (que por supuesto tiene su propio nombre; uno que se

parece al de un pequeño depredador mustélido, *Mustela furo*, que también se domestica y se tiene como animal de compañía): «Oíd, ¿puedo preguntaros algo? Tenéis que contestarme sinceramente: ¿echáis alguna vez de menos a papá y a mamá?».

Y a Kaj, que era tan desdichado el día en que Toddie, Libby y yo le pusimos al corriente de nuestra vida oculta al otro lado del espejo.

Cada vez me retumbaba en la cabeza: ¿qué haces? Estás destruyendo la casa.

Sin embargo, no todo era tan malo…

Tenía a mi hija preciosa, la niña grande crecida.

Tenía a Oleg, compañero de viaje y camarada, que me daba consuelo, y un día sombrío de noviembre (cuando yo misma necesitaba inspiración) salvó una patata de la ebullición.

«A esta no la mataremos, porque parece una persona, mira, aquí están sus ojos, su nariz y su boca, mira cómo sonríe ¡e incluso tiene ombligo!» Y era cierto, si entornabas un poco los ojos.

Ah, qué aventuras tan fantásticas vivió ese tubérculo al que pusimos por nombre Jasper. Hay que ver lo bien que crecían sus retoños como pequeños brazos alzados al cielo, por arriba y por debajo de los bracitos de cerilla que le clavamos en el cuerpo (desprovisto de extremidades). Oleg le dio un lugar en el asilvestrado naranjo enano. Allí esperaba a la sombra de las hojas debajo de las pequeñas frutas a que yo me lo llevara para mis sesiones fotográficas. (Jasper, borracho junto a una petaca de slivovice. Detrás del pequeño FIAT de juguete con ataúd de alerce: un recuerdo del programa de televisión *El ataúd*. Jasper al lado de una cacerola con agua hirviendo. Caracterizado de artista sadomasoquista, con collar de perlas, cuero y una máscara negra. De viaje por el *Philip's Atlas of the World* —edición completa—. ¡Escucha las aves tropicales, la cacatúa de colores! Apoyado en una foto del Cristo de Caravaggio —*Cena de Emaús*—, «en la bañera» —un cuenco de porcelana en el que guardo un elástico y algunos botones—. Jasper con un bolígrafo sobre su brazo de fósforo, y, por último, vestido de astronauta en un traje espacial de papel de aluminio delante de una reproducción de la Pequeña Nube de Magallanes.)

Cuando se volvió blando y arrugado, Oleg lo metió en la tierra de una maceta de nuestro balcón. En verano se produjo el milagro y comimos patatas (Señor, bendice estos alimentos y ten misericordia de Jasper, que fue el más bondadoso y dulce de todos los tubérculos).

Y a menudo, por las noches está su mano…, cuando él te toca y te acaricia, atravesando tu espalda…, cuando lo hace, mmmmmm, te calmas…

O cuando juega con sus dedos, que marchan como soldaditos orgullosos, deambulan, de vez en cuando se detienen, reflexionan, dudan…, para luego volver a avanzar hacia los suaves montes de color púrpura sanguíneo, se pierden en el vello, atrapados, descienden y penetran, husmeando con curiosidad por ese lugar que es como la madriguera de un conejo (*down the rabbit hole*), se zambullen, suben y bajan, mmmmmm, como la oscuridad llega el éxtasis, ve más profundo, sé más tremendo, dame más fuerte, asegúrate de que no quede espacio para otra cosa, mmmmmm, hasta que el pene, la polla, el pito, la verga, la cola, el nabo, el cazador de terciopelo, el armiño, el *kurat* explota en una gloriosa erupción minivolcánica de semen y fluido. Lo sientes fluir por tus muslos, glu-glu (*don't worry, ooh, ooh ooh ooh oo-ooh ooh oo-ooh…, don't worry, be happy*…). Palpas los cantos rodados de su columna vertebral…, cuánta paz yace a tu lado.

Y mientras escribo esto (con diminutas punzadas del viejo dolor de espalda que me atraviesan), y me pregunto quién querrá conocer estos sucesos que son tan personales, tan vinculados a un tiempo y a un lugar, me echo a reír.

Y me digo: no te hagas ilusiones con la idea de que esta historia sea en sentido alguno excepcional o única. Por curiosos, sucios o idiosincráticos que puedan ser los detalles específicos…, vuestra historia forma parte de una convención. Aunque sea de una especie marchita y hoy ya no queden muchas familias como esta. Es decir, que formáis parte de una tribu casi extinta. Los últimos de los mohicanos. O una especie animal rara, como el leopardo de las nieves o el narval blanco.

Después vuelvo a reírme. Porque es tan ridículo. Y hay tanta gente necia y perdida.

Hace cerca de un año soñé que mi padre se había convertido en un cuervo y que nosotros, Kaj, Libby, Max y yo, nos lo llevábamos al bosque. (¿Cómo es posible si ya lo inhumamos en 2001? Te lo aseguro: se había convertido en un cuervo y lo llevamos al bosque.)

Aquella noche no dormimos. Los árboles con sus copas formaban un portal que cruzamos cargando con él. Había un silencio sepulcral. Los animales del bosque se retiraban en sus matorrales. Los pájaros se escondían entre el follaje de los árboles y en las rendijas de los troncos huecos. Solo el que prestara oídos a los sonidos más débiles podía captar una vibración. Él tenía el pecho tibio. El pico, afilado y puntiagudo (tallado por gigantes), de un marfil fino y antiquísimo. Entre sus plumas pululaban las hormigas rey. Emitían un resplandor púrpura a la luz del alba.

Allí, junto al borde del bosque, lo dejamos en el barro.

Allí, su espíritu largo y fino se dispersó sobre el agua.

Desde entonces es como si la hoja de un helecho se hubiese abierto

muy lentamente en mi interior: propagando un dolor exquisito porque todo esto sucede en la profundidad de mis entrañas. Un helecho verde, recio y flexible que lo toca todo dentro de mí y que ahora se desenrolla y suelta sus esporas centenarias, mientras yo me inclino hacia el hoy.

Hay crecimiento y hay movimiento.

Sí, espléndido cerebro reptiliano, ¿recuerdas cómo empezó nuestra vida en la tierra ardiente? ¿El choque, la colaboración de las células? ¿Su lascivo coito, cómo se partieron, dividieron y multiplicaron?… ¿Lo oscuros y verdes que eran los enormes helechos como paraguas gigantescos? ¿Lo grandes, hechizantes y aterradores que eran los insectos con sus esqueletos externos, con los colores iridiscentes de metales y minerales que aún estaban por descubrir? ¿Lo azules, transparentes y trémulas, con mucho ruido y zumbido, que eran las alas de las libélulas gigantes?

Estos sonidos de un mundo en el que todo se limita a existir y no piensa sobre esa existencia, en el que cada signo es igual a sí mismo. Donde no hay sabor dulce, ácido o amargo. Y la única diferencia que hay es la del bit, el 0 y el 1. El 1 significa: alimentando la vida, y el 0: no alimentando la vida. Donde el fuego arde debajo del hielo, y el agua es caliente, tibia, verde y turbia, y los peces que se deslizan en ella anhelan ya surcar el aire. Donde podemos sentir correr nuestra sangre, tanto si es fría como si es caliente…, y donde nada es metáfora, sino que todo existe a la vez, tanto dentro como fuera del tiempo, donde caer es lo mismo que volar.

Los planetas no nacen, llegan a la existencia con un violento estallido.

BIBLIOGRAFÍA

Ryūnosuke Akutagawa, *Rashomon*. Ámsterdam: L. J. Veen, 2007.

J. G. Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*. Traducción de Elizabeth y Tadeo I. Campuzano. México, Madrid, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1944.

Johann Wolfgang Goethe, *Fausto*. Traducción y adaptación de Maritza Izquierdo. Madrid: Editorial Verbum, 2020.

Hendrik Jan Korterink, *Moordenaars in Nederland* [Asesinos en los Países Bajos]. Ámsterdam: Bertram + de Leeuw, 2015.

Vladimir Nabokov, *Curso de literatura europea*. Traducción de Francisco Torres Oliver. Barcelona: Editorial Bruguera, 1983.

Snorri Sturluson, *Textos mitológicos de las Eddas*, Madrid: Miraguano Ediciones, 2016.

Árbol genealógico

Henri Elias Henrikus Holbein (1914-2001) ⚭ **1942 Primera esposa**

- 1 (1943)
- 2 (1944)
- 3 (1945)
- 4 (1946)
- 5 (1948)

Anna Alida Steiner (1925-2005) ⚭ **1945 Primer marido**

- Henne («Henne Fuego») (1946-2015)
- Toddie («Toddiewoddie») (1947)

Henri Elias Henrikus Holbein ⚭ **1950 Anna Alida Steiner**

- F («Memo») (1951)
- Max (1952)
- Tobias («Toby») (1956-1962)
- MM («La que esto escribe») (1962)
- Kaj (1963)
- Libby (1967)

MANON UPHOFF

(Utrecht, 1962) es una escritora, guionista y artista visual holandesa. Debutó en 1995 con la colección de cuentos *Begeerte*, libro nominado al Premio de Literatura AKO. Su primera novela, *Gemis* (1997), fue nominada al Premio Libris de Literatura. Su última obra, *Caer es como volar*, también fue finalista del Premio Libris, obtuvo el Premio Charlotte Köhler y fue elegida como la mejor novela holandesa de 2019 por la prestigiosa revista *Humo* y por la mítica librería Athenaeum de Ámsterdam.

Nunca quiso contar esta historia, pero no hubo escapatoria. La muerte de su hermana mayor tras años de desnutrición y aislamiento hizo aflorar en Manon Uphoff los recuerdos de una infancia aterradora, transcurrida bajo la férula de un padre tiránico y abusador, pero dotado de un perverso carisma. Henri Elias Henrikus Holbein es un hombre sensible —«artista aficionado, seminarista frustrado, creyente y (ex)convicto»— que inicia a sus hijas en el mundo del arte y la ciencia. Pero también es un monstruo, el lujurioso Minotauro que visita el lecho de las niñas y las encierra en un laberinto sin salida: las baña, las alimenta, sigue sus ciclos menstruales y lee sus diarios secretos mientras su esposa, ausente en su «palacio de nicotina», fuma un cigarrillo tras otro. Como brujas que aguardan su propia noche de Walpurgis, las hermanas sueñan con la venganza y recurren a la risa mientras esperan el momento de la redención.

En esta obra inclasificable, finalista del prestigioso Premio Libris a la mejor novela holandesa, Uphoff se aleja de la crónica autobiográfica al uso para crear un universo simbólico y poético que conecta los traumas del pasado con la mitología griega, los cuentos de hadas y la ciencia. Gracias a una imaginación verbal alquímica, Manon Uphoff es capaz de extraer belleza de un pasado

insoportablemente doloroso.

«Manon Uphoff ha logrado encontrar el lenguaje para una historia que era casi imposible de contar.»
De Volkskrant

NOTAS

[1] «Riders on the storm», canción de The Doors. (*N. de la T.*)

[2] Nombre original de Gollum, personaje de Tolkien. (*N. de la T.*)

[3] «Agárralas por el coño», comentario de Donald Trump a Billy Bush. (*N. de la T.*)

[4] «Cultura masculina.» (*N. de la T.*)